

La Esfera

Año XII

Núm. 615



«Retrato de la Infanta doña Catalina Micaela», cuadro de Sánchez Coello
(MUSEO DEL PRADO)

Precio: Una peseta

LEA USTED

LA NOVELA SEMANAL

REVISTA LITERARIA

que publica todos los sábados una novela original é inédita de los primeros autores españoles é hispanoamericanos.

Precio del número: 30 CÉNTIMOS



LEA USTED ESTA SEMANA

AVES DE PASO

FOR

LUCIANO ZUCCOLI.—Traducción de R. CANSINOS-ASSENS

UNDERWOOD



Campeón oficial de las máquinas de escribir
GUILLERMO TRUNIGER
(S. A.)

Apartado 298.-BARCELONA.-Balnes, 7
Sucursal en Madrid: ALCALA, 39

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

MAQUINARIA DE UNA FÁBRICA DE HARINAS
CON MOLTURACIÓN DE 15.000 KILOS

SE VENDE

Dirigirse á D. José Briaies Ron
San Antonio. — Camino de Churriana. — MÁLAGA

Crème Simon



Tendréis siempre un color puro y diáfano, una piel suave y fina empleando la

CRÈME SIMON

PARIS

Preparada con productos puros, de perfume agradable, resulta insustituible en el tocador de toda mujer que celosa de su belleza, quiere conservar la frescura y transparencia de la piel.

POLVOS y JABÓN

DIAZ FOTOGRAFÍA
:: DE ARTE ::
FERNANDO VI, 5, MADRID

ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO e INTESTINOS

DOLOR DE ESTÓMAGO
DISPEPSIA
ACEDIAS Y VÓMITOS
INAPETENCIA
FLATULENCIAS

DIARREAS EN NIÑOS
y Adultos que, a veces, alternan con
ESTREÑIMIENTO
DILATACIÓN Y ÚLCERA
del Estómago
DISENTERIA

OBRA COMO ANTISÉPTICO DEL APARATO DIGESTIVO curando las diarreas de los niños incluso en la época del destete y dentición. Es inofensivo y de gusto agradable. Ensáyese una botella y se notará pronto que el enfermo come más, digiere mejor y se nutre, curándose de seguir con su uso.

33 AÑOS DE ÉXITOS CONSTANTES 5 pesetas botella, con medicación para unos ocho días

Venta: Serrano, 30, Farmacia, MADRID y principales del mundo

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

NUEVA CERA PARA LOS CUTIS MARCHITOS

Ha de resultar de gran interés para todas las señoras la noticia del descubrimiento de una nueva y maravillosa cera que transforma radicalmente el aspecto del cutis. Esta moderna preparación modifica fácilmente y de un modo natural la epidermis marchita y envejecida, comunicándole un aspecto hermoso, suave y con todos los encantos de la juventud.



Aplicada esta Cera todas las noches, penetra directamente en los poros de la epidermis exterior, áspera y envejecida, ablandándola y disgregándola de tal forma, que al día siguiente por la mañana basta lavarla con agua para que la piel muerta caiga gradualmente en fragmentos pequeños é invisibles. Paulatinamente y con el transcurso de los días aparece una nueva epidermis, cada vez más lisa, clara y hermosa, hasta que finalmente adquiere toda la frescura juvenil con un color uniforme y delicado.

Esta nueva cera se denomina «Cera Aseptine» y puede obtenerse en todas las perfumerías, farmacias y centros de específicos, con la garantía de alcanzar un resultado plenamente satisfactorio ó de devolver íntegramente el importe del coste en caso negativo.

TUBO DE MUESTRA PARA ENSAYO. Para que Ud. pueda apreciar por sí misma todo el valor de la «Cera Aseptine», remita 50 céntimos en sellos de Correo á los Laboratorios Viñas, Sección número 30 B, Claris, 71, Barcelona, y se le enviará inmediatamente una muestra para ensayo.



“El Caballero Audaz”

El dolor de los carícos

Los cuervos sobre el Amor

La virgen desnuda
Desamor
De pecado en pecado
El pozo de las pasiones
La bien pagada
Emocionario
La sin ventura
El divino pecado
Con el pie en el corazon
San Sebastián

Hombre de amor
Un hombre extraño
Una cualquiera
Horas cortesanias
El jefe político
... A besos y á muerte
Los desterrados
¡Una pasión en París!
Lo que sé por mí

(Diez volúmenes de interesantísimas intervius)

EN TODAS LAS LIBRERÍAS
:: DE ESPAÑA Y AMÉRICA ::

REPRESENTANTES
IMPORTADORES
COMERCIANTES:

¿Queréis ampliar vuestros negocios y estar siempre al corriente de las últimas creaciones de la industria norteamericana? Pidan hoy mismo un ejemplar de muestra de la hermosa Revista

“El Exportador Americano”

á los agentes en España
contra envío por giro
postal de tres pesetas

“PUBLICITAS”

MADRID BARCELONA
Gran Vía, 13 R. San Pedro, 11, pral.
Apartado 911 Apartado 228



INDUSTRIAS FORB S A
TRAVESERA 316 BARCELONA

AGENCIA GRAFICA

REPORTAJE GRÁFICO
DE
ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase
de periódicos y revistas
de España y Extranjero

Pida condiciones

AGENCIA GRÁFICA

Apartado 571

MADRID

ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

OLIVETTI

LA SUPER-MAQUINA
DE ESCRIBIR



PLAZA DE LA LEALTAD 2
Reparación de toda clase
de máquinas de escribir.

HOTEL UNIVERSO

Y

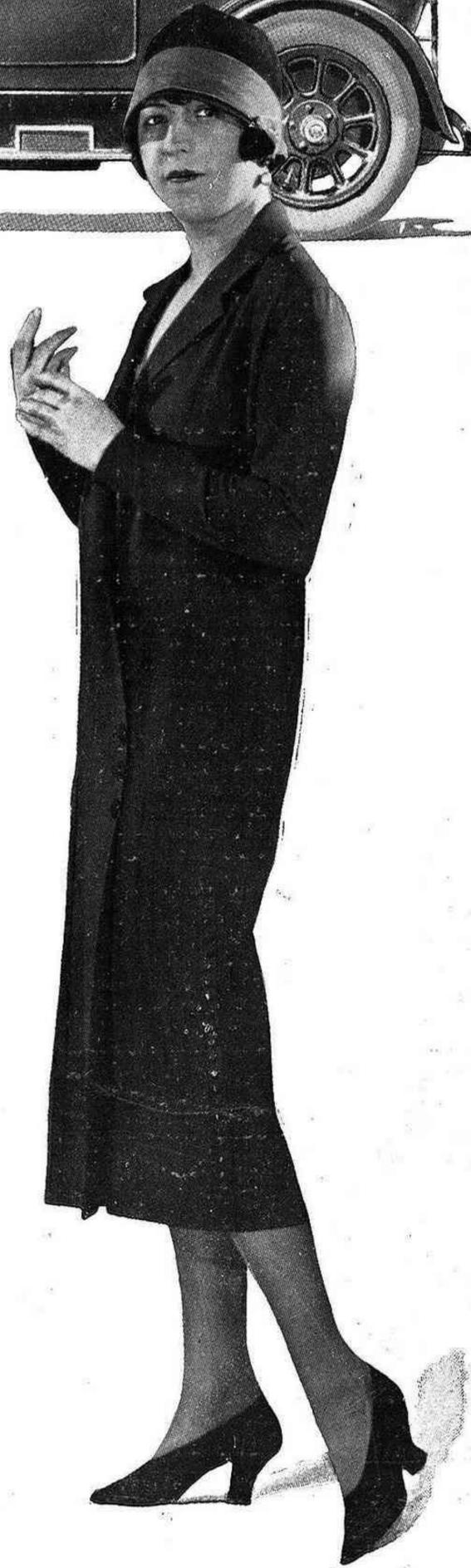
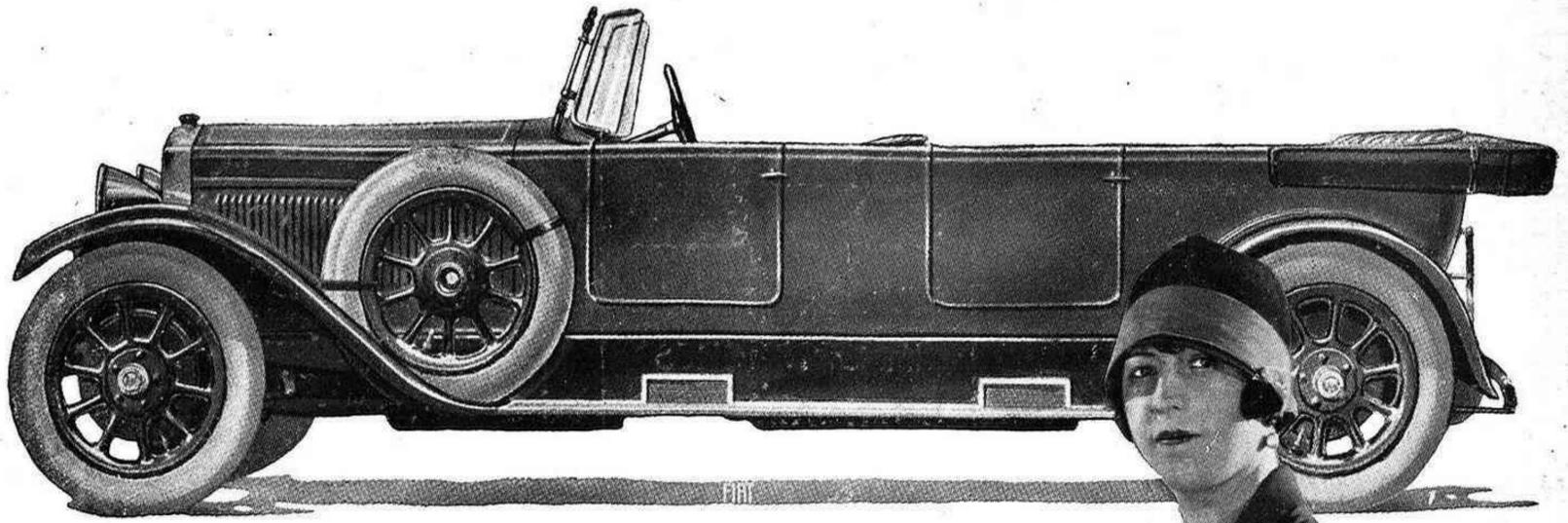
CUATRO NACIONES

ZARAGOZA

“Confort” moderno : Agua corriente
fría y caliente : Ascensor eléctrico
Calefacción á vapor : Habitaciones
----- con baño : Autobús -----

PRECIOS MODERADOS

Tos, Catarros, Bronquitis. Curación pronta y segura
con **BENZODINA** Poderoso antiséptico de
las vías respiratorias



Torpedo FIAT

Modelo 519

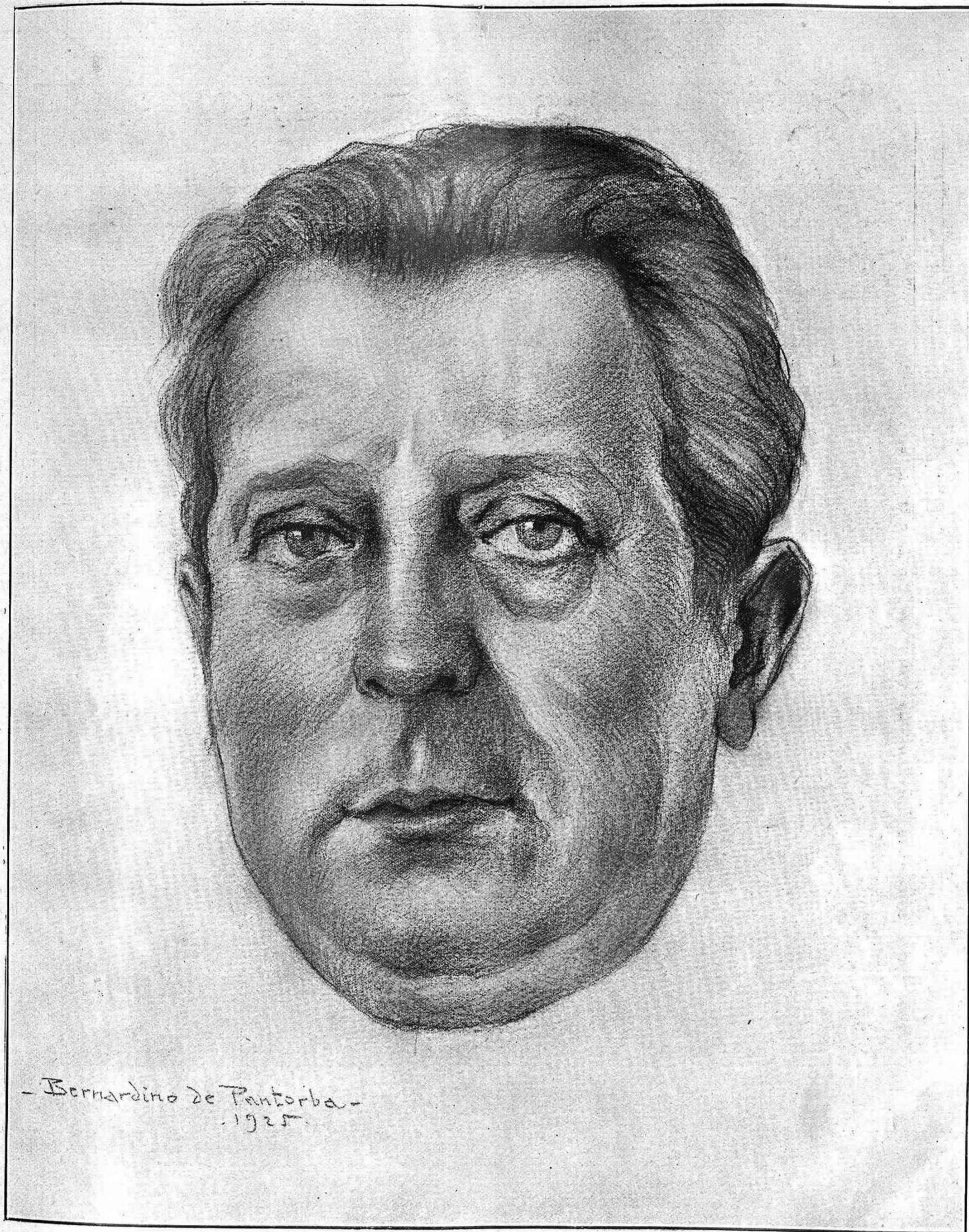
AGENCIA PARA ESPAÑA



HISPANIA, S. A.

GRAN VÍA, 19

MADRID



- Bernardino de Pantorba -
1925.

ROSTROS ESPAÑOLES

FRANCISCO MORANO

Artista del más noblemente rancio abolengo español es Francisco Morano, el gran actor que ha encarnado en nuestros escenarios las creaciones teatrales que simbolizan los arquetipos de la raza. Por su prestancia, por su flexibilidad, por la naturalidad serena de su arte, por su constante afán renovador y su cultura moderna, Francisco Morano es sin disputa uno de los más prestigiosos actores actuales y una de las figuras culminantes entre las que ha tenido el teatro en España

DIBUJO DE BERNARDINO DE PANTORBA

C
R
Ó
N
I
C
A
D
E
«
L
A
E
S
F
E
R
A
»



D
E
T
O
D
O
Y
D
E
T
O
D
A
S
P
A
R
T
I
E
S

Wall Street, la célebre calle de New-York, evocadora del tipo americano de la ciudad futura

LOS ASPECTOS DE LA CIUDAD NUEVA

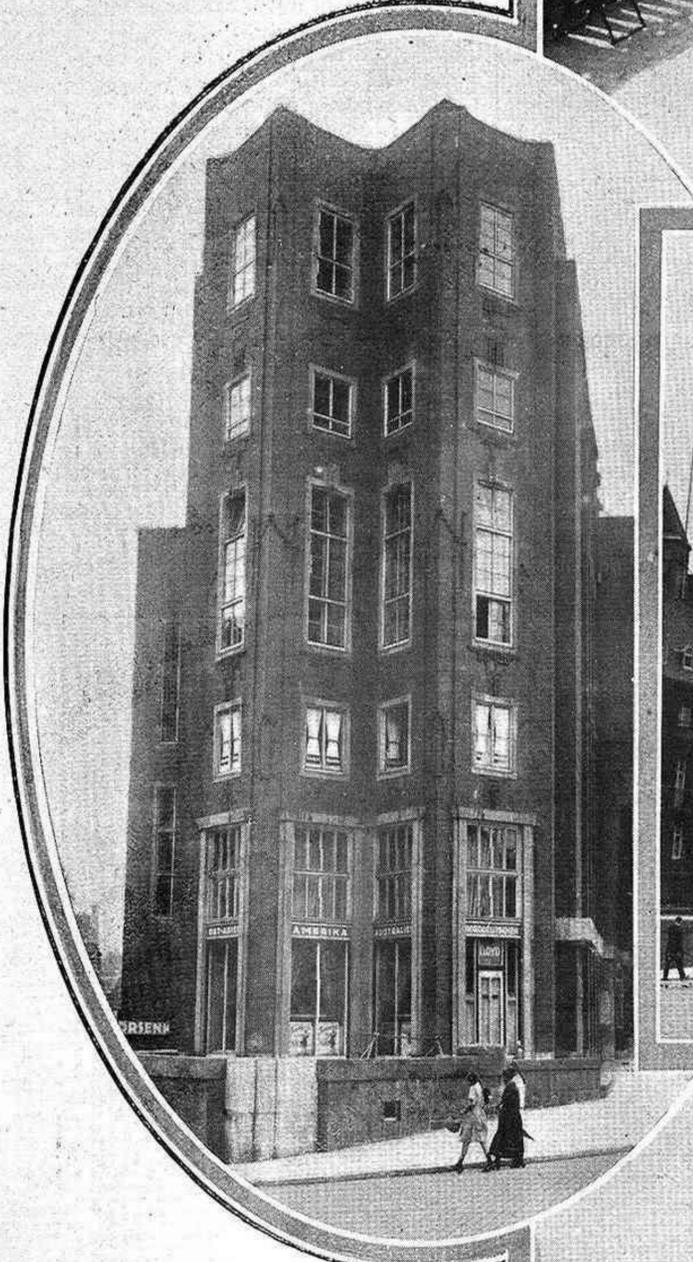
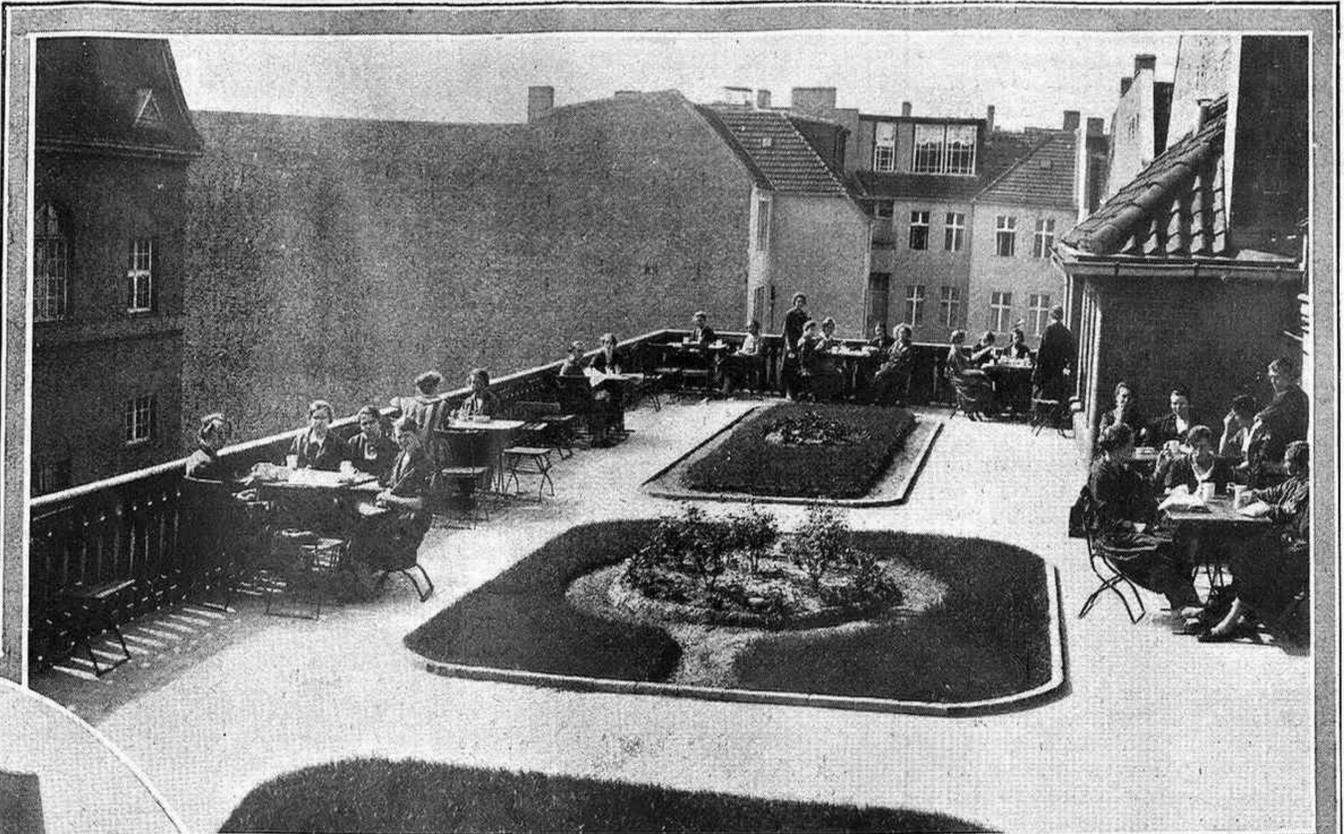
CÓMO será la ciudad nueva, la gran ciudad del año dos mil?...
¿Cúmulo monstruoso de «rascacielos», con un pueblo bajo cada techo y un incesante crecer en el sentido de la altura, ó por lo contrario, y anuladas las distancias con las comunicaciones aéreas y subterráneas, inmensa extensión poblada de casas particulares, independientes, rodeadas de jardines, que invadirán el campo asimilándole á la ciudad y convirtiéndole en complemento y dependencia de ella?...
Hacia la primera fórmula, de hormiguero humano, evolucionan algunas ciudades de los Esta-

dos Unidos, como New-York. Hacia el segundo aspecto de la metrópoli racional—dilatada hasta confundirse con la campiña y semejante á ella en la dignidad que otorga á cada ser humano su «lugar al sol», reservándole un trozo de tierra y un trozo de cielo—se orientan en su progreso las ciudades alemanas.
El «rascacielos», el edificio de cuarenta ó cincuenta pisos, y aun el más modesto de quince ó veinte, no son sino manifestaciones anormales: resultados en la América del Norte de esa enfermedad nacional que es la manía de lo *greatest in the world*, de lo «mayor del mundo».
El «rascacielos» podría comprenderse únicamente en una isla donde la necesidad ó la moda haci-

naran una población diez veces superior en número á la que estaría en justa proporción con la superficie habitable. Pero en lugar donde sobra espacio y en torno del cual se ofrecen solares primero y campos después, hasta el horizonte, construir un rascacielos es alzar un monumento á la paradoja y dar á lo ridículo carácter de enfermedad.
Las nuevas casas de Berlín están pensadas con criterio opuesto. En ellas se busca el máximo bienestar con detalles, muy modernos, como el de las fachadas constituidas por una serie de planes que forman ángulos, para recibir mayor cantidad de luz, y las terrazas-jardines que ofrecen, sin tener que ir á buscarlos en la calle, lugares de esparcimiento; pero se vuelve, por lo demás, á los tipos

de construcción sencilla y á la casa familiar, en suma.

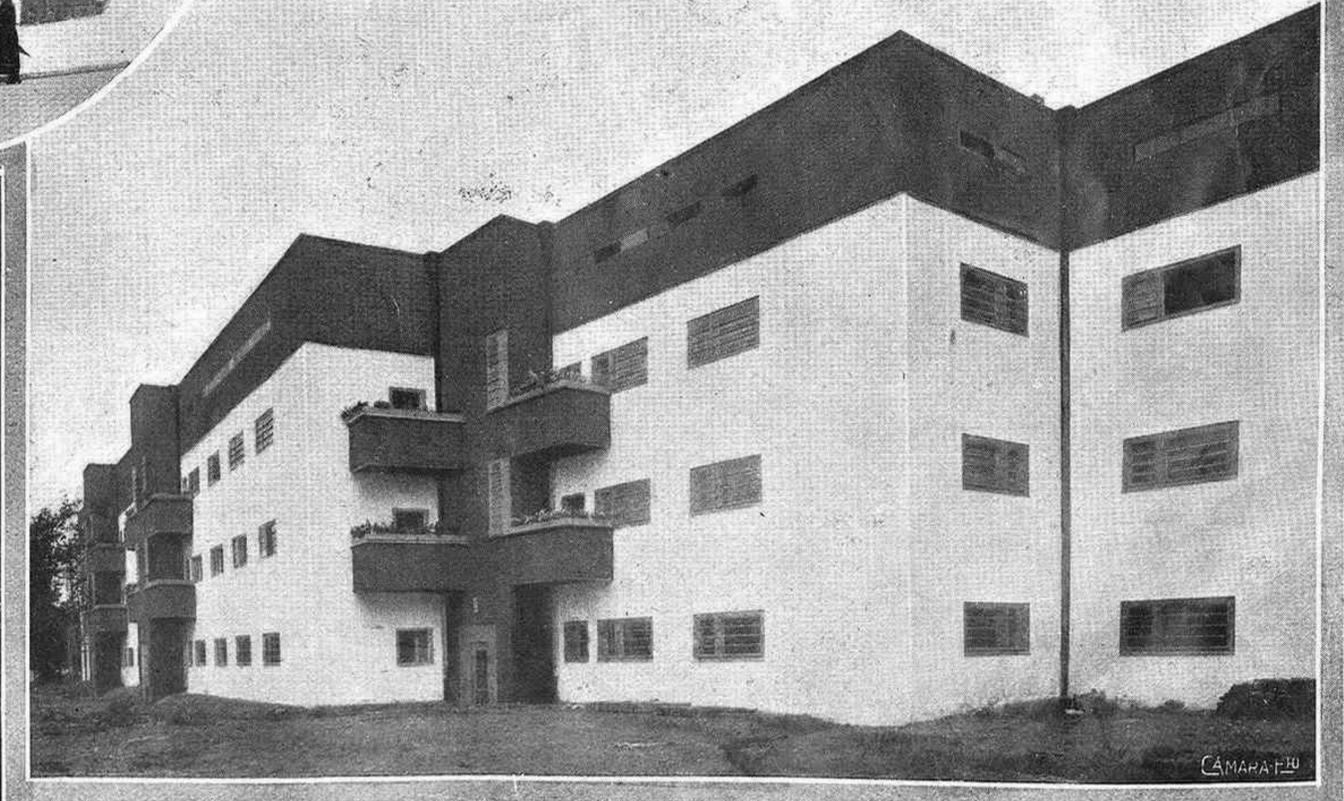
El porvenir será éste, indudablemente, y allá por el año dos mil, en los albores de la civilización nueva que ha de suceder á la nuestra, agonizante ya, la fuerza, hoy centrípeta, de la ciudad, se habrá convertido en centrífuga; la gran metrópoli dejará de ser vórtice devorador de naciones, y se transformará en centro de irradiación, que extenderá su vida hacia los campos... Entonces la existencia será fácil otra vez y habrá quedado atrás, como una sombra, nuestra época de barbarie, nuestra época de milagros científicos y de feudalismo comercial, nuestra época de ondas que recogen una canción á mil kilómetros de distancia, pero que no evitan que á pocos metros de nosotros sigan muriendo las pobres gentes de hambre...



LA TESIS ALEMANA EN LOCARNO

A la hora de entrar en prensa esta crónica se han reunido en Locarno por enésima vez los representantes de los pueblos que fueron aliados y enemigos durante la guerra que hemos convenido en llamar «grande», midiéndola por la indignidad de sus orígenes y el salvajismo de sus procedimientos.

Se busca de nuevo el camino de la paz: el camino que desde hace seis años tratan de ocultar los traficantes del mundo entero: los vampiros y los chacales del agio. Y en este otro ensayo de reconciliación, de vida europea sensata y armónica, dos hombres llevan la voz cantante: el señor Painlevé, abogado de Francia, y el canciller Von Luther, abogado de Alemania. Hemos dicho «abogados»; esto significa que aún hay pleito. El señor Painlevé ha manifestado su criterio en Nimes en un discurso público. El canciller Von Luther ha expuesto su tesis ante los corresponsales de la Prensa mundial en Locarno.



Algunas imágenes de las nuevas casas alemanas, planeadas en orientación diametralmente opuesta á la que inspiran los "rascacielos" y sugeridoras de lo que será tal vez la ciudad del porvenir FOTS. AGENCIA GRÁFICA

El señor Painlevé, maestro en la paradoja, nos anuncia, por su parte, el más audaz intento de pacificación á que se haya atrevido nadie, desde el armisticio hasta la fecha... Y eso, á pesar de los rencores seculares... Y eso, porque el eterno ideal francés es la liberación y la reconciliación de los pueblos... Hablando así, el señor Painlevé sufre una de sus ya famosas distracciones: olvida la Historia de Francia... Y olvida el Senegal, y el Tonkin, y Túnez, y Argelia, y Marruecos... Olvida también, y quizá ignora, todos los horrores de la opresión polaca en Silesia, al amparo de la bandera francesa... E ignora seguramente las cosas que de seis años á esta parte han ocurrido á orillas del Rin... Pero algo es algo, y el señor Painlevé tiene, por lo menos, el propósito «audaz» de la reconciliación...

—A ella venimos con la mejor voluntad— responde el canciller Von Luther—; pero no estamos dispuestos á sufrir un trato de excepción, y sólo discutiremos de igual á igual...

¿De igual á igual?... También el canciller alemán olvida que su país, vencido y desarmado, se halla entre los dos pueblos más fuertes militarmente de Europa: entre los dos pueblos que para conservar ó para crearse esa fuerza insana van camino de la bancarrota, en tanto que Alemania, libre de ruinosos armamentos y del parasitismo de millones de soldados, ha podido en cinco años salir de la miseria legada por la guerra y hallar de nuevo la prosperidad...

El mariscal Lyautey, Residente general de Francia en Marruecos, dimisionario



El canciller Von Luther, representante de Alemania en la Conferencia de Locarno

EL MARISCAL SE VA Y EL MINISTRO LLEGA

El mariscal Lyautey ha dimitido su cargo de Residente General de Francia en Marruecos. Parece ser que le sucederá en tal puesto un funcionario civil, el señor Steeg, ministro actual de la Justicia, en el gabinete Painlevé.

LA SOMBRA DE LEÓN BOURGEOIS

Descansa ya bajo la tierra Leon Bourgeois, el obrero de La Haya, el jurista iniciador de la organización internacional para el arbitraje obligatorio, el precursor, en suma, de esa Sociedad de las Naciones cuya existencia no ha podido hasta ahora emanciparse de las grandes tuteladas financieras contrarias á todo ideal.

Bourgeois soñó con la justicia internacional y con la igualdad de todos los hombres, blancos ó negros, cristianos ó musulmanes, civilizados ó salvajes, ante el derecho...

Pero á la hora de las realizaciones, del pleito de Silesia y de otros pleitos semejantes, Bourgeois tuvo que acomodarse á las exigencias realistas de los intereses creados ó en vías de creación.

«Leon Bourgeois fué—ha dicho sir Eric Drummond— algo más que un gran francés: fué un gran europeo...»

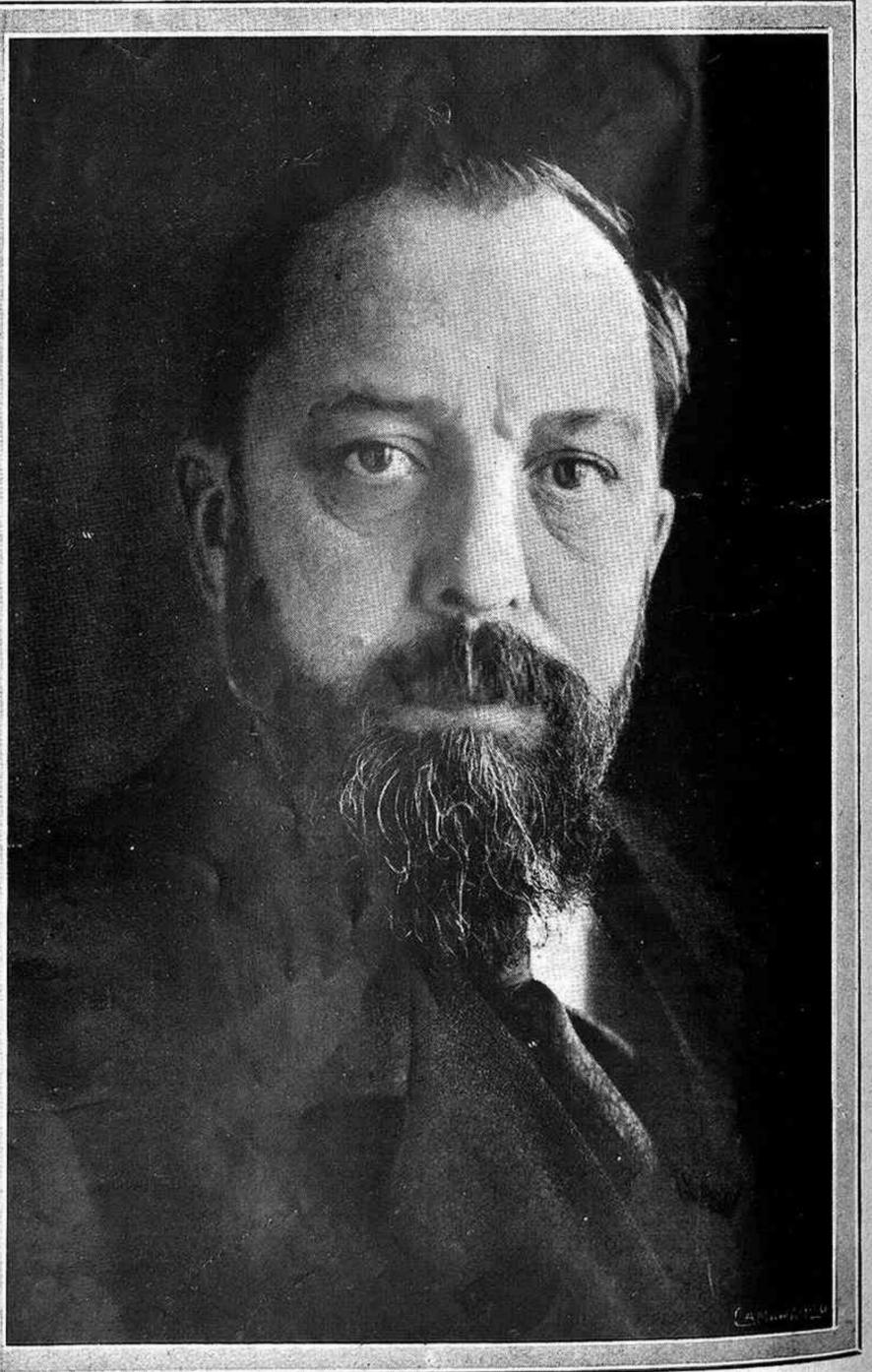
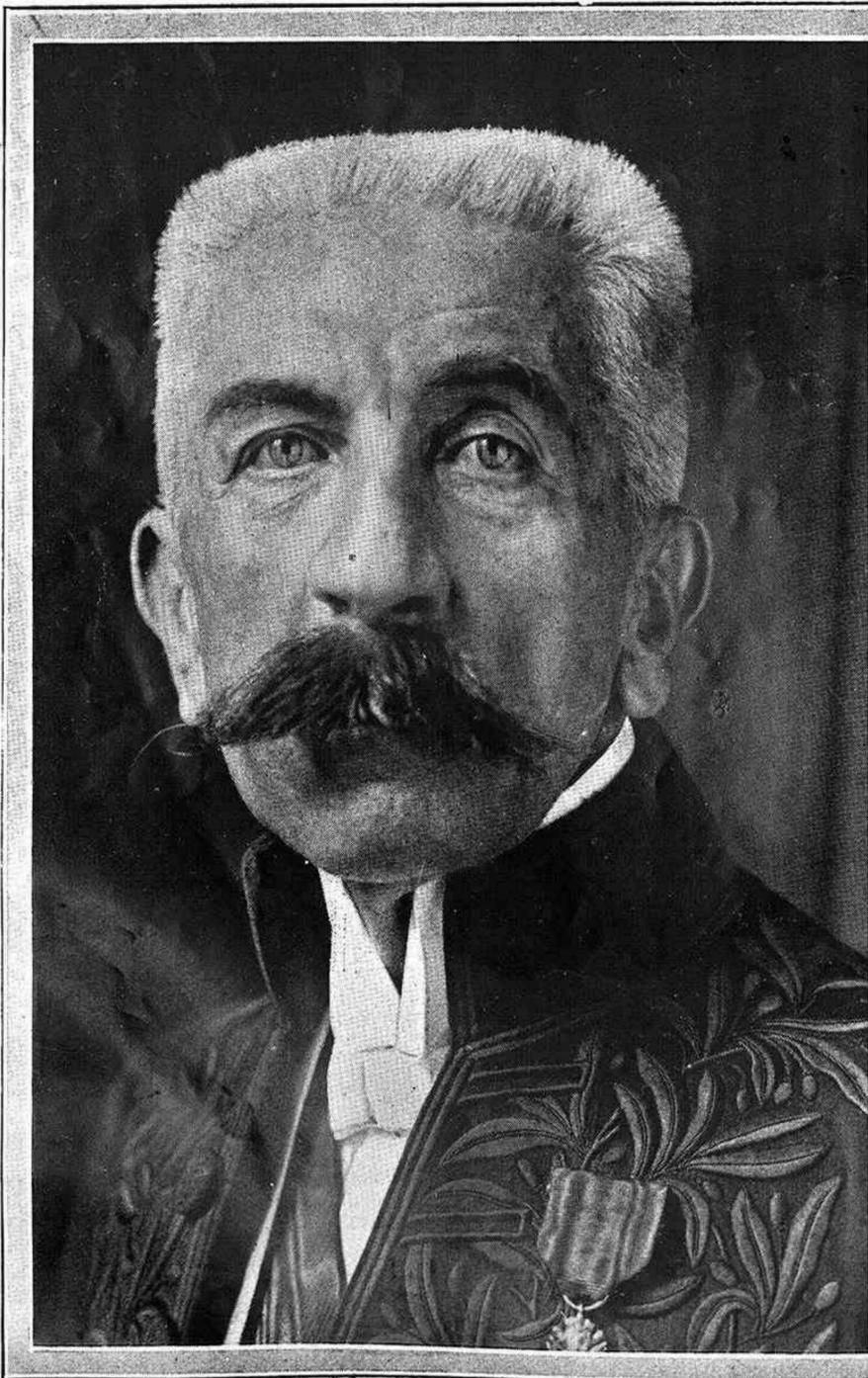
¡En efecto, fué un gran europeo, de la Europa tan pequeña, tan ruin!

LAS ALAS JAPONESAS

Han llegado á París los aviones japoneses que alzaron el vuelo

El ministro de la Justicia, M. Steeg, nuevo Residente general de Francia en Marruecos.

FCTS. LINARES



lo en Tokio. El Oriente devuelve al Occidente las visitas de Pelletier Doisy y de Pinedo...

Algunas de las hoffmann-girls que tomaron parte en un campeonato de atletismo femenino celebrado en París

El Oriente devuelve al Occidente la visita de los modernos conquistadores...

Abé y Kawatchi, los pilotos que han recorrido para tal corteja trece mil trescientos kilómetros en setenta y cinco horas de vuelo y diez y ocho etapas, han tomado tierra en el puerto aéreo del Bourget, con sus aparatos intactos.

«¡Visita por visita; alarde por alarde; fuerza por fuerza!...», quería decir la sonrisa de los aviadores orientales... Y en su gesto heroico está todo el progreso inverosímil del Oriente que despierta de un sueño de siglos, y que en plazo menor que el de una vida humana pudo alcanzar al Occidente y decirle, con orgullo inefable: «¡Heme aquí, á tu altura, junto á ti si lo quieres, y si no frente á ti!...»

«HOFFMANN-GIRLS»

Gertrudis Hoffmann ha creado un nuevo tipo de mujer: la girl militarizada, la artista sometida voluntariamente á una disciplina de legión.

Los aviadores japoneses del "raid" Tokio-París, al llegar al puerto aéreo de Bourget

Las «Hoffmann Girls» constituyen en la escena la encarnación más bella del ritmo que hasta ahora pudo admirarse en el mundo...

Y el ritmo continúa, fuera de la escena, para las espléndidas muchachas del batallón sagrado.

Viven como danzan, en un perfecto sincronismo de los actos, de las actitudes, de los gestos...

Dorothy, Edith, Mary, Florence, Lilian, Rebecca, Gloria..., las doce ó quince legionarias, han olvidado su personalidad y hasta su nombre... Girl es cada una de ellas... Girls son todas ellas. «Girl», dice Gertrudis Hoffmann cuando se dirige á cualquiera de sus artistas... Y basta la imperiosa llamada colectiva «¡Girls!» para que el batallón entero se forme en línea, y las doce ó quince mujeres sean, con su belleza varia y su arte único, una maravillosa cifra de todo el encanto de la Mujer...

ANTONIO G. DE LINARES

El Gobierno francés en los funerales de Bourgeois. En la silueta, el último retrato hecho al gran jurista

FOTS. LINARES





Grupo de los monjes tibetanos que han visitado recientemente París, despertando gran curiosidad por sus extraños atavíos y sus instrumentos rituales

RECIENTEMENTE ha gustado París la presencia insólita de unos hombres extraordinarios. Eran estos hombres seis lamas del Thibet venidos del monasterio de Gyantse, donde viven entre la sombra de la meditación y de las contemplaciones místicas cuatro mil monjes búdicos. Pertenecen todos á la Orden de los Bonetes Amarillos. En efecto; se cubren la cabeza con unas extrañas mitras de este color, cuya diversidad de formas da á conocer jerarquías diversas á los bien informados.

Los seis lamas recorrieron París ante una expectante curiosidad. Dejaronse ver dondequiera. Una noche fueron á un cinematógrafo de los bulevares. Otra noche á un circo, género de espectáculo que hubo de despertar la admiración posible en unos hombres poco propicios á tales gestos. Remontaron una tarde los trescientos metros de la Torre Eiffel. Hubieron de viajar sobre la tierra, sobre las aguas y á través de los aires. Es decir, que nuestra civilización occidental se ofreció á ellos del modo más amplio. No obstante, los seis lamas del Thibet no dieron señal alguna de asombro. Eran positivamente hombres de vida interior, para los que las más deslumbradoras conquistas de la inteligencia no valen el placer del más elemental de los poderes ocultos. Ga Na Suta Tchombo, el jefe de los lamas, se limitó á decir un día:

«Sabéis mucho los hombres blancos. Vivís mejor que nosotros. Pero desde la cumbre de mi espíritu es posible que pueda yo hablaros de vosotros más acertadamente que vosotros de mí. Y os anuncio esta verdad: Es preciso deis fin á toda guerra. La guerra es la agonía de las civilizaciones. Mientras subsista el espíritu de la guerra seguirá enfermo el corazón del mundo. Sabéis mucho los hombres blancos... Vuestros aeroplanos hienden el aire como las águilas. Pero no volarán jamás tan fuera del mundo que encuentren la región de los dioses.»

Unos cuantos hombres pertenecientes á la familia teosófica son los únicos que en París han podido penetrar á los lamas levemente y ponerse en contacto espiritual con ellos. La Teosofía cuenta en París con una residencia que favorece y estimula todas las actividades del espíritu. Se alzan sus muros en el repliegue de un *square* ensombrecido. Su fachada, su suntuosa fachada, es semejante á las de las iglesias. Sobre su pórtico se ofrece á la curiosidad de París, y labrada en los sillares, una colosal estrella teosófica. Una amplia escalinata da acceso á los pórticos. Un tibio aroma de recogimiento y de austeridad envuelve aquel rincón.

Estos siete lamas fueron requeridos por los teósofos más significados para que en el seno de aquellas estancias y al abrigo de toda curiosidad indiscreta celebrasen una ceremonia búdica con arreglo al rito de los monasterios del Thibet. Ga Na Suta Tchombo halló el ambiente propicio y se dispuso á complacer á los teósofos de París. Y un día sobre el suelo vestido de tapices y de almohadones tuvo lugar el rezo. Por vez primera se celebró en París una ceremonia del culto de Buda ante un pequeño grupo de gentes occidentales. Los lamas fueron portadores de los extraños objetos del culto. Tambores y timbales y campanillas y vasos para el agua sagrada, con la que hubieron de rociar á los asistentes mojando en ella unas plumas de pavo real, para sacudirlas sobre las cabezas. Y los trompos de plata. Dos gigantescos trompos de dos metros que mugen y trenan y sobrecogen para conjurar á los buenos espíritus á que preserven la ceremonia de toda influencia impura.

Los siete monjes búdicos, con las palmas de las manos unidas á la altura del rostro, hubieron de comenzar la ceremonia. Sus cánticos oscuros, de tono menor y monocordes; el cascabeleo espaciado de las campanillas; la actitud hierática con que el oficiante extiende las plumas de pavo real humedecidas en agua sagrada, para bendecir á la asamblea, y otros ritos tales son equivalentes á los de cierta Iglesia militante. El obscuro misterio de esta semejanza es un motivo más de conturbación para quienes sienten inquietud en el espíritu. La Iglesia en cuestión y los conservadores de la religión búdica no tuvieron jamás contacto alguno. Y no obstante coinciden los ritos y las ceremonias externas de un modo inexplicable. He aquí que en las órbitas del ritual es más difícil la explicación que en otros aspectos físicos. El hallazgo en América de fósiles prehistóricos de la fauna de Europa nos explica la realidad evidente de la Atlántida y de la Lemuria que antes de su desaparición bajo las aguas del mar unieron todos los rincones del mundo sobre las superficies de las tierras desaparecidas. Pero estas ceremonias coincidentes no pueden explicarse sino como tributo impuesto á los hombres por el Dios desconocido para dar un día testimonio de sus leyes, cuyo origen único se ha manifestado entre los hombres más distantes y más ajenos entre sí.

Las plegarias de los lamas iban dirigidas á Ava-

lokiteshavara el Boddahisattva, en cuyas manos florece el loto. Avalokiteshavara hubo de recibir aquellas preces «dirigidas hacia el espíritu de unión con todas las cosas, porque toda plegaria es ineficaz si no se encierra en ella un deseo de armonía entre todos los seres», según el testimonio de Ga Na Suta Tchombo, que una vez terminada la ceremonia bendijo las imágenes de Buda colocadas antes en el emplazamiento de la ceremonia.

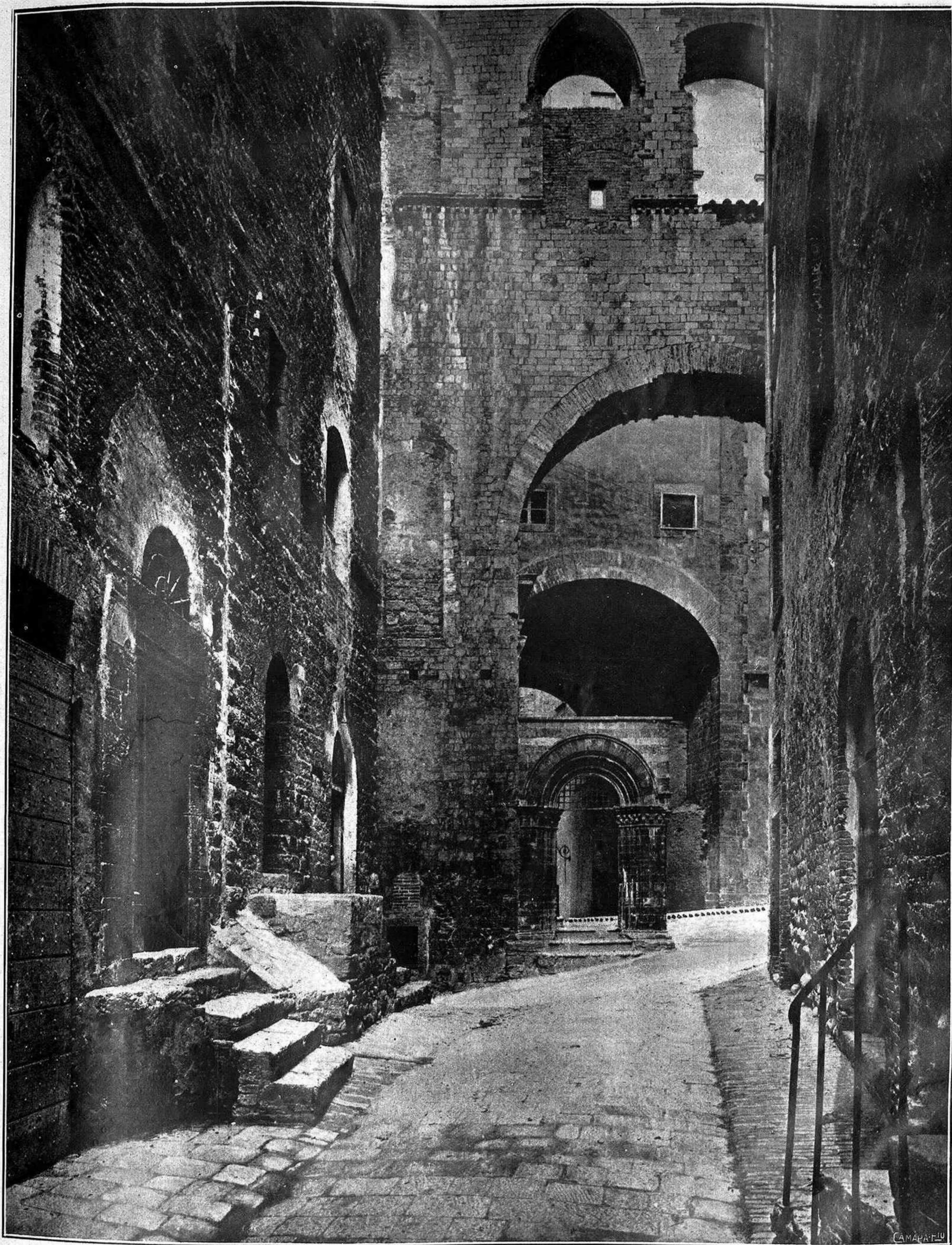
La religión búdica es la más antigua de las que conserva el mundo. Existe, en efecto, desde hace veinticinco siglos, durante los cuales no pereció jamás á nombre suyo ningún ser viviente.

A estos siete lamas les acompañaron en su viaje por Europa otros dos hombres muy interesantes también. Uno era Tün Aroub, pintor asiático que acaso busque una influencia occidental para sus obras futuras si en Occidente halla vibraciones nuevas. El otro era Lak Ta Tcho Te, guía de los expedicionarios ingleses al monte Everest, al que los tibetanos denominan *La Diosa Madre del Mundo*, en cuya aventura sucumbieron en los abismos de las nieves eternas Mallory é Irvin, desaparecidos de manera misteriosa como al empuje de los brujos que defienden al monte de toda violación próximos á la cumbre.

Ga Na Suta Tchombo cumplió en este viaje el fin de su vida en el mundo. Antes de abandonar su monasterio hubo de permanecer durante cinco años cautivo en su celda de la meditación purificadora. A su regreso sólo había permanecido dos semanas entre los monjes sus hermanos. El tiempo preciso para darles cuenta de su misión y poner el gobierno en manos del lama que le sucederá en su jerarquía. Luego volverá á encerrarse en una celda, de la que no ha de volver á salir sino conducido por la muerte. Ga Na Suta Tchombo cuenta solamente cuarenta y tres años. Se acoge, pues, al renunciamento en la cumbre de la vida. París ha visto cruzar sus calles á estos hombres sin penetrar el misterio alucinante de su existencia y de su destino. Y, sin embargo, estos siete viajeros que llegaban de la ciudad remota del Gyantse eran humanas luces de la hoguera que encendida en Oriente desde hace muchos siglos alumbraba como un faro inmortal la senda que da principio donde acaban todas las del mundo.

CEFERINO R. AVECILLA

DE LA ITALIA ARTÍSTICA Y PINTORESCA



El antiguo "Palazzo del Popolo" y la "Maesta delle Volte" en Perusa, dos bellos recuerdos de la Italia medieval, que van á ser dentro de poco profanados por la circulación de una línea de tranvías eléctricos. El palacio municipal fué edificado en los comienzos del siglo XIV, y está considerado como uno de los monumentos más interesantes de la arquitectura de dicha época



La Catedral

EMPIEZA á tener parodistas aquel indio—egregio poeta, sin duda—que perdió el juicio queriendo guardar en una botella un rayo de sol. Actualmente el profesor A. M. Low, de Londres, busca la manera de encerrar el ruido. Sirviéndose de un procedimiento análogo al empleado en la fotografía de sonidos, ha logrado disminuir considerablemente el estrépito asordador que llena los túneles del Metropolitano. Luego — según una información del *Daily Herald* — procurará asimismo debilitar el fragor de los autobuses, los silbidos desgarradores con que las sirenas de las fábricas llaman á sus obreros, el aborascado tableteo de los trenes y en general todo ese continuo y enloquecedor trepidar de las grandes urbes.

Únicamente los espíritus superficiales hallan mayor placer en las sensaciones que en la meditación callada. Los sentidos son las cinco ventanas de que las almas disponen para asomarse al mundo y distraerse cuando se aburren demasiado consigo mismas, y aquellas que sólo quieren ver y oír lo que sucede á su alrededor, en lugar de mirar hacia su propia conciencia, se parecen á esas mujeres frívolas que como si nada tu-



Calle de Cuarteles

viesen que hacer dentro de su casa, se pasan los días estérilmente asomadas al balcón.

A fuer de hombre de intensa vida interior, el doctor Low adora el silencio, convencido de que son el dios Silencio y la musa Quietud los más incansables procreadores de la Ciencia y del Arte. Newton, á no estar soló aquella tarde, no hubiese visto caer la manzana...

«El ruido—dice Low—es la pesadilla de la civilización moderna.»

Si el sabio profesor, en vez de habitar en Londres, la brumosa, hubiese vivido en La Habana, de fijo que lo que pudiéramos llamar «el problema del ruido» habría interesado su atención estudiviosa mucho antes.

La Habana, efectivamente, con sus diez y ocho mil automóviles «de alquiler»—no hablo aquí de los particulares ni de los carros de mudanzas, ni de los tranvías, ni de los ómnibus—, es la ciudad más ruidosa del mundo.

Ni en los «boulevares» de París, donde el trasiego de vehículos es tan denso que los peatones difícilmente pueden cruzar de una acera á otra; ni en la admirable Quinta Avenida, de New York; ni en el Paseo de la Reforma, de México; ni en las Ramblas barce-

lonesas, noche y día rebotantes de gente; ni aun en la calle Alcalá, de Madrid, en una tarde de toros y de sol, hay tanto ruido como en cualquier rincón habanero.

Este silencio relativo — ¡oh, muy relativo, harto lo sabemos!—de la inmensa cosmópolis yanqui y de las mejores urbes europeas, podría referirse á la mayor anchura de las rúas, á la considerable altitud y reservada disposición de los edificios, y muy principalmente también á la idiosincrasia de los habitantes. En las vías espaciosas los ruidos se suavizan y pierden su lancinante estridencia. Las casas, además, apercebidas contra el frío, se defienden victoriosamente de la garrulería callejera; las ventanas son pequeñas y cierran bien, y el desapacible alboroto forastero adquiere blanduras de rumor en los «interiores» alfombrados; habitaciones discretas, bajas de techo, con puertas revestidas de cortinajes severos y muebles de damasco, de terciopelo ó de yute; muebles abrigadores y sin resonancias, moblajes meditativos, de los que parece emanar una fragancia de recogimiento. En París hay bohardillas tan calladas, tan distantes de todo humano rebullicio que creyéraselas suspendidas en el espacio. Añádase á esto el acento apagado que caracteriza el hablar de los pueblos septentrionales; y no por tibieza sentimental—como imaginan algunos «ensayistas» de baratillo—, sino por obra de una educación discreta, y asimismo por imperativos climatológicos, pues al cabo todo el temperamento de los individuos, como la historia de las naciones, no pasan de ser resultados, aspectos ó capítulos de la geografía. Los habitantes de las ciudades frías podrán platicar y reír animadamente; pero no experimentan la necesidad de gritar; la nieve y la niebla, que apagan los ruidos, les enseñan desde niños á conversar con los labios medio cerrados; los cocheros no se increpan de pescante á pescante, y las bocinas de los automóviles suenan únicamente cuando hace falta. Hay momentos en que en Broadway, la arteria más comercial de New-York, rebotante de peatones y de vehículos innumerables, todo es silencio.

Lo contrario exactamente ocurre en La Habana. El millón escaso de personas que componen la capital llamada con justicia «la perla de los trópicos», á pesar de no poner nunca una actividad extraordinaria en sus negocios, parecen moverse más y levantar más ruido que los seis millones de habitantes de Londres.

¿Por qué?...

El responsable único de ese culto desapoderado que los cubanos tienen al bullicio debe de ser el Sol.

La Habana—la ciudad más española de América, á despecho del cruce de razas—brinda al viajero rincones señeros y callados exquisitos; sirvan de ejemplo la plaza con soportales de la Catedral, semejante á un zoco marroquí; el Arco de Belén, hermano de aquellos que cubren de misterio los pasadizos románticos de Tetuán y de Alcázarquivir, y la solitaria calle de Cuarteles, en cuya esquina principal, y al pie de una azotea cuajada de flores, una fuente de la época colonial llora un dolor de siglos...



Arco de Belén, un rincón de los más bellos de la época colonial

Pero el alma verdadera de la urbe es vocinglera, estridente, ensordecedora. No padecer en La Habana de los oídos ni de los nervios representa una afirmación inconcusa de resistencia cerebral. Recordemos el estrépito delirante de las inmediaciones de la Aduana y de Correos, la muchedumbre de vehículos que obstruyen las angostas calles de la Amargura, de Mercaderes, de la Lamparilla, del Inquisidor..., y que alcanzándose y estorbándose unos á otros piden «paso» á la vez; los millares de automóviles que congestionan á todas horas la clásica calle del Obispo—hoy denominada, raro contrasentido, de Pi y Margall—y que por su limpieza, la riqueza de sus comercios y los toldos que la ensombrecen durante el verano rivalizaría, á no ser por los coches que la llenan de escándalo y de vulgaridad, con la muy celebrada calle de las Sierpes, de Sevilla; el tráfigo atronador del Paseo del Prado, de O'Reilly y de San Rafael, de Consulado y de Neptuno, de San José y de Amistad... Y si conseguimos concentrar bien nuestra memoria, nos parecerá distinguir de nuevo el ajeteo interminable—ajeteo para el cual la noche no existe—de esa ciudad, perezosa y ardiente, en la que acaso por ser los servicios de automóvil excesivamente baratos, casi nadie va á pie.

Los vecinos de otras ciudades caminan, aunque tengan prisa; en La Habana no se camina; se rueda.

Desde muy temprano—allí la vida despierta á las ocho—los automóviles empiezan á circular y cuesta trabajo descubrir uno que no vaya ocupado.

A poco de comenzar el tráfico, las calles están intransitables. Los motoristas se saludan ó se insultan á gritos, y las bocinas de todos los coches suenan unánimes, y unas son broncas, como amenazas, y otras agudas, como alaridos; los recios batintines de los tranvías

no cesan de repicar; los pesadísimos carretones de transportes retumban sobre el adoquinado, y por doquier voces estentóreas, risas, denuestos, pregones...

Y esta furibunda algarabía invade las casas, la mayoría de ellas de dos pisos, penetra libérrimamente por las ventanas, que son grandes á causa del calor, resuena fragorosamente en las habitaciones sin esteras y de alto puntal—habitaciones que con sus muebles de rejilla están como vacías—y se adentran hasta los cuartos más íntimos.

Por esto hago responsable al Sol de ese amor al ruido que hay en La Habana. De una parte la luz, que acelera la conducción de los sonidos, y de otra el calor, el terrible calor tropical, que abre de par en par los balcones y las puertas, y hace de cada estancia un tornavoz.

Cierro los ojos para mejor mirar dentro de mí...; y La Habana se me aparece turbulenta, bella y polícroma como un desfile militar, como un lingote de oro golpeado por un martillo y cubierto de sol. La Habana es un Jazz-Band...

EDUARDO ZAMACOIS



Antigua calle del Obispo, hoy de Pi y Margall

CAMARAFILU

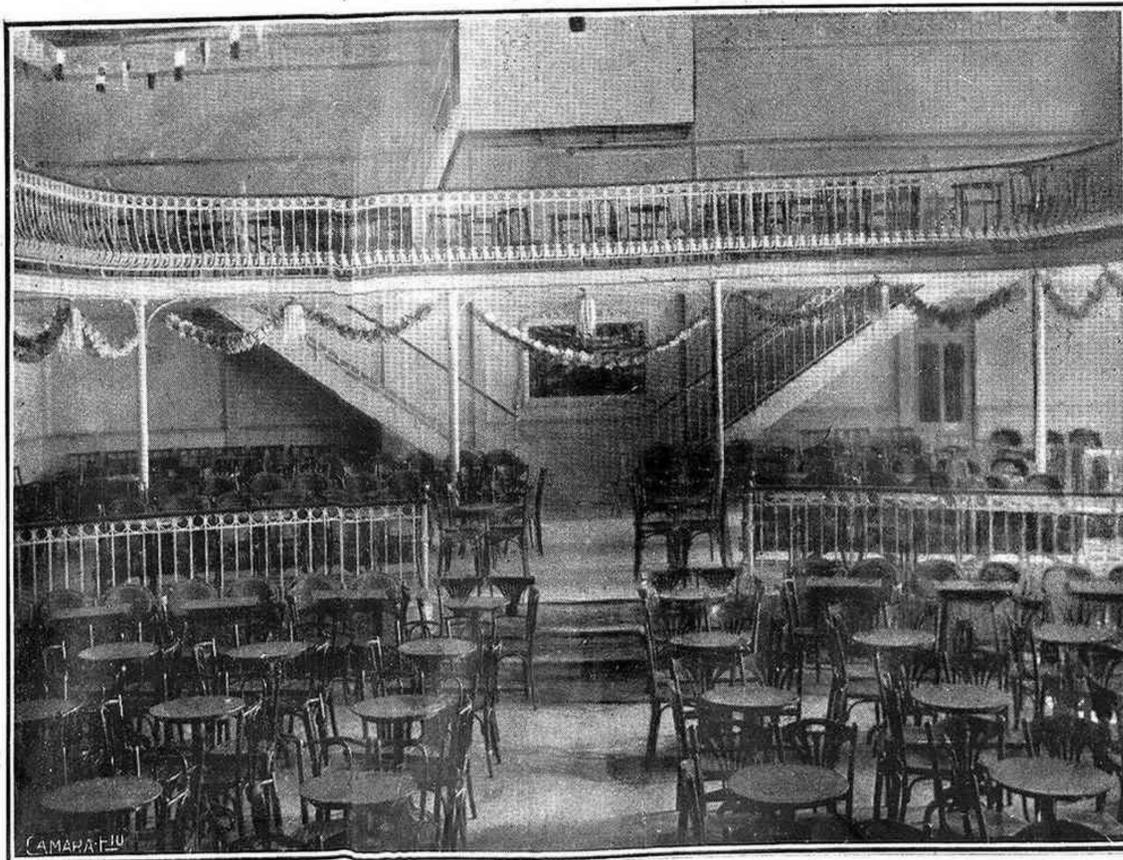


La jaula forrada de lujosas telas oculta celosamente el misterio de la nueva esposa

FOT. BLANCO

ESTRECHA y torcida la callejuela, sin enlosado, empedrada de guijarros agudos. Tupidas por una celosía espesa las ventanas; herméticamente cerradas las pequeñas puertas de las casas moras. Todo envuelto en silencio, como una supervivencia rara de una ciudad en la que sus moradores ya no existen. Así es el barrio indígena en Tánger. Y nada delata en él la vida apresurada y agitada del Zoco Chico, muy próximo. Nada nos anuncia en el barrio moro aquellas apasionadas competiciones que pugnan en el Zoco Chico por señalar una superioridad determinada en alguna de las razas que se disputan la soberanía en la pequeña ciudad de Marruecos. Francia y España, las dos hermanas, las dos rivales—que eso es en definitiva todo vínculo entre potencias—, encontrarán siempre en sus tratos el estorbo de sus súbditos. Lo que Francia y España acuerden, como lo que contraten Italia y Austria, ó Grecia y Turquía, tropezará siempre con los deseos de los franceses, de los españoles, de los italianos, de los austriacos, de los turcos y de los griegos. El patriotismo popular va más allá en sus ambiciones

que el patriotismo de los Estados. Los españoles de Tánger—por esto—no admiten para la ciudad otro destino que el de rendirse á la soberanía española. Los franceses sueñan con un Tánger francés. Esto es lo que quiebra el espíritu del barrio moro al asomarse las calles estrechas y torcidas á ese centro, á esa pista, á ese ring que es el Zoco Chico.



Y muy próximo á la ciudad musulmana, el reino de Mademoiselle Mimí, la francesa del "cabaret"

Cafés, Bancos, Compañías de navegación, restaurantes, hoteles, grandes comercios, almacenes de novedades, esto es el Zoco Chico, esto es la competición, la lucha que se ventila en el Zoco Chico.

A un lado de esta plaza quedan los *cabarets*, los *kursaales*, los casinos; al otro las mezquitas, las casas morunas, los *bacalitos* y los *cafelitos*.

Y esto es lo extraordinario. Dentro de la ciudad lo viejo y lo nuevo han acertado á establecerse sin violencias. Tánger parece así una ciudad partida en dos.

Para un turista es interesante presenciar un cortejo nupcial moro en Tánger, donde se conservan todavía en muchos aspectos las costumbres viejas. Una boda, una ce-



Estrecha y torcida la callejuela del barrio moro, sin enlosado, empedrada de guijarros agudos

remonia matrimonial, es curiosísima, al menos en lo que puede percibirse exteriormente.

La nueva esposa sale de casa de sus padres para dirigirse á la del esposo. Sale vestida con todas sus galas de fiesta y acompañada de sus familiares y amigos..., pero dentro de una jaula celosamente cubierta, llevada á lomos de una caballería... Nadie contemplará el rostro ni siquiera los ojos de la recién casada, ni la figura confusamente acusada en las mujeres de su raza bajo los velos. La jaula forrada de lujosas telas la oculta á los ojos de los pasantes... Pero el encanto misterioso de las costumbres árabes se muestra en toda su grata sugestión. No importa que el cortejo cruce ante edificios de traza americana; no importa que alguna mula de la comitiva pueda espantarse al ruido de la *Klaxon* de un *Roll* que pasa... Aquella caravana, en la que brillan al fuerte sol de Oriente las sedas multicolores y los velos blancos, parece que perfuma las calles tangerinas con sándalo y con kif...

El treinta y cinco, negro, tiene nervioso y excitado á mister Hatchisson y á David Belbás, un inglés y un hebreo que ven hundirse en la caja de la ruleta los billetes de libras ingleses y los españoles de pesetas.

Mademoiselle, junto á ellos, consume un paquete de «Abdullas».

Mademoiselle... Nada tan extraño, tan ana-

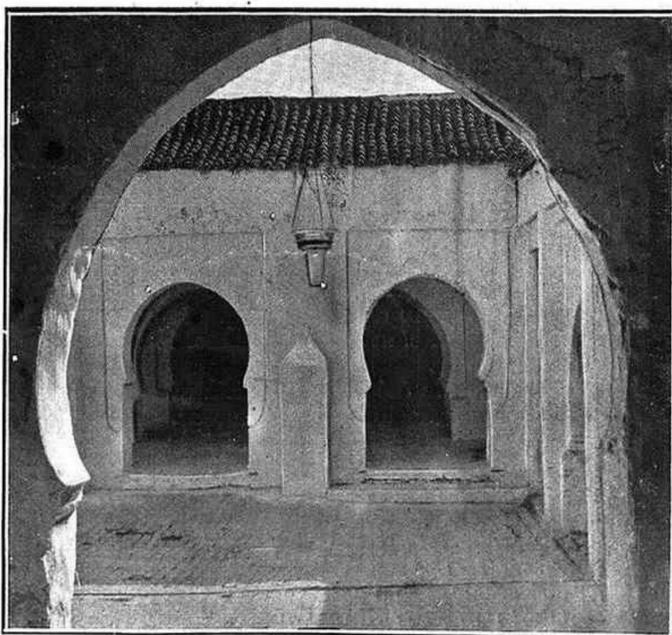
crónico en Tánger como encontrar en una de sus callejuelas el agudo perfil, cruel, y la mirada ingenua y pícara y la silueta viciosa é infantil de una mademoiselle... Pero ella vive bien en Tánger. El dinero antiguo de los contrabandistas, el dinero sórdido de los mercaderes hebreos, el dinero de los marroquíes... Todo el dinero de Tánger, cuyo origen, en tantos casos, está oculto entre desconocidos dramas, hace vivir cómodamente, tranquilamente, á mademoiselle. ¿Española, francesa, italiana? Mademoiselle nada más...

Mademoiselle entra en el Kursaal á las diez de la noche un poco emocionada por aquella voz y aquella figura soberbiamente arrogante del mendigo moro de la cuesta de la playa.

Sigue con interés las jugadas del *baccara* y de la ruleta, para mostrarse amable con quien gane más de quinientos francos... Baila en el *cabaret*... Bebe *whiskey*... Y turba luego con su risa y sus besos, en la madrugada, el solemne silencio de las calles por las que sólo pasa el noble canto del muezín en la torre de la mezquita.

Moraima y Mimí Pinsón. Europa y Africa. Los grandes barcos, los grandes paquetes en la bahía y el primitivo embarcadero de tablas en el puerto. El fulgor del *monocle* de los sajones y el tosco sayal de los rifeños. Eso es Tánger... Y fraternalmente se lo reparten Moraima y Mimí.

José ROMERO CUESTA



Patio interior de una mezquita

Don Emilio Valero, hijo único superviviente del que fué famoso actor D. José, ha solicitado de las Sociedades de Escritores y Artistas y de Actores Españoles apoyo para el logro de la sepultura ilustre á que tiene derecho su padre.

En escrito, dictado por la ternura filial, evoca los méritos de su progenitor para que sus restos tengan eterno reposo en el panteón de Hombres Ilustres, enclavado en el Cementerio de San Justo, junto á los de D. Rafael Calvo y D. Antonio Vico.

La demanda rinde actualidad á la figura de aquel gran artista injustamente olvidado. Vamos, pues, á evocar algo de una de las vidas más interesantes de los españoles de la última centuria.

La historia de D. José Valero va unida á la del teatro español del siglo XIX. Nacido en 1808, comienza á actuar á los diez años, y no cesa hasta los ochenta y tres, en que muere. Es la más larga y gloriosa de los actores españoles.

Puede afirmarse que fué el heredero en la escena de Isidoro Máiquez, pues cuando el apodado Talma español moría en el destierro, víctima por sus ideas liberales de las iras de Fernando VII, surgía como artista esplendoroso José Valero.

Madrid y la corte fernandina lo acogen con entusiasmo, y el propio tirano le dispensa uno de los pocos actos de justicia que en su vida otorgó. Vale la pena recordarlo, ya que no fué sólo una merced otorgada al agraciado, sino también á la clase á que pertenecía.

Por los años próximos á 1830 eran famosos en Madrid los bailes aristocráticos de los Salones Solís. Valero, creyendo que no rezaban con él los prejuicios sociales entonces existentes, se presentó una noche en dicha fiesta; la noble concurrencia lo estimó como un agravio, y un oficial guardia de Corps lo invitó á abandonar el local. Acudió el agraviado en queja al Rey, y éste dispuso que el corregidor de la Corte, acompañado de algunos palatinos, lo presentase en nombre del Monarca en los salones de donde había sido expulsado. Además exoneró al militar que lo vejara. De esta suerte dignificó á Valero y, con él, á los actores todos.

Sus valores como artista fueron de acuerdo siempre con sus prendas morales. Nadie antes que él ganó tanto dinero, pues llegó á cobrar 6.000 duros por temporada y tener cuatro beneficios, y nadie tampoco prodigó como él su dinero en obras de auxilio á los desgraciados. Para la fundación del Hospital de la Princesa donó 8.000 duros, recaudados en funciones celebradas para tal fin; y cuando Isabel II le ofreció una merced, pidióle que se le reservase una cama en dicho establecimiento. Cerca anduvo de ocuparla.

Durante más de treinta años caminó del brazo de la fama; inauguró los teatros de San Fernando, de Sevilla, y de Novedades, de Madrid, y dió vida á las obras de los neorrománticos Martínez de la Rosa, duque de Rivas, Hartzembuch, Ventura de la Vega, la Gómez de Avellaneda, más tarde á algunas tragedias y dramas de Rubí, García Gutiérrez,

etc., y sobre todo á los melodramas traducidos del francés y del italiano entonces tan en boga.

Enalteció la escena presentando con desacostumbrada propiedad las obras. Hubo una, *El padre de los pobres*, representada en el Circo de Madrid, que, á pesar de que las funciones se computaron por llenos, perdió dinero.

Culminó su carrera al ser llamado por el conde de San Luis para inaugurar el Teatro Español, creado por aquel ministro con el propósito de darle la misma organización que ya tenía la Comedia Francesa, proyecto, como se ve, viejo y aún en vías de logro.

Con ser muy interesante su vida en España, lo fué más en América, donde hizo tres largos viajes fecundos en honras y laureles, y siempre, excepto el último, también en provecho.

De esta etapa de su carrera vamos á recoger algunas anécdotas.

En 1866 se encontraba actuando en Méjico, República presidida á la sazón por D. Benito Juárez, carácter indomable, corazón de hierro, á cuyo rostro no asomaban jamás los movimientos de su alma. Valero había llegado á ganar su afecto en fuerza de despertar su admiración.

Representaba Valero cierta noche *La campana de la Almudaina*, y, por los visitantes que fueron á su cuarto á saludarle, supo que pocas horas después iba á ser fusilado un capitán insurgente, y que no habían obtenido éxito las muchas gestiones hechas cerca de Juárez para conseguir el indulto. Impulsado el gran actor por un arranque sublime, sin quitarse el traje medieval que vestía, salió del escenario, cruzó el teatro, fuese al palco que ocupaba D. Benito, arrodillóse á sus pies, le cogió las manos y llorando y con frases que la piedad hacía elocuentes, le pidió la vida del reo.

Sorprendido el Presidente, sólo acertaba á contestarle con palabras de calma, hasta que al fin le levantó del suelo y le acompañó á la puerta del palco, que minutos después abandonó á su vez para reunir el Consejo de ministros y acordar, tres horas más tarde, el indulto, que comunicó á Valero enviándole una tarjeta con estas líneas: «Vaya usted á ver á su ahijado á las cárceles militares.»

Aquella noche logró Valero el éxito más grande de su vida, pues el público, al conocer su hermoso rasgo, conmovido profundamente, lo aclamó con frenesí, saltó al escenario, lo besó, y actor y espectadores confundieron sus lágrimas.

Como curiosa, he aquí otra anécdota de su estancia en Méjico:

Invitó el propio Juárez á comer en Palacio á Valero y á su esposa, la actriz doña Salvadora Cairón, señora tan bella y bondadosa como ligera de carácter y poco discreta. Trató el Presidente, durante la comida, con gran afecto y familiaridad al matrimonio, y ello dió pie, sin duda, á que la señora, olvidando quién era el anfitrión, le preguntara de repente:

—Diga usted, D. Benito, ¿por qué, siendo tan bueno, fusiló usted al emperador Maximiliano?

Quedó aterrado Valero; palideció Juárez, miró con dureza á la Cairón, hizo un gesto de cólera; pero calmóse en seguida y, sin contestar á la imprudente, dirigió á su esposa estas palabras:

—Valero: ¿qué función nos da esta noche?

Del segundo viaje á América del gran actor, efectuado después de algunos años de estancia en España, es digno de recordación otro hecho enaltecedor:

Encontrábase en Valparaíso, después de haber recorrido en triunfo casi todas las Repúblicas hispanoamericanas. Celebró en aquella capital chilena su beneficio, y fué tan grande el entusiasmo del público, que á la salida del teatro sus admiradores organizaron una manifestación, y con músicas, vivas y aplausos, alumbrando el camino con hachones de viento y tirando del carruaje que le conducía, cuyos caballos habían desenganchado, lo llevaron á su alojamiento.

Al siguiente día fué invitado oficialmente á una Exposición Internacional de productos. Notó Valero que el pabellón de España no figuraba entre los de las demás naciones, y hubo de manifestar su contrariedad por esta falta. El Presidente y los ministros que le acompañaban pretextaron que no había bandera porque no figuraban productos españoles.

Al oírles, exclamó Valero:

—¿Qué? ¿No estoy yo aquí? ¿No me habéis llevado anoche en triunfo? Pues entonces, ¿podéis negarme que os he traído y habéis acogido con entusiasmo el arte dramático español?



JOSÉ VALERO

Un «¡Viva España!» fué la respuesta; un «¡Viva España!» que sonaba por vez primera en Chile, después de la batalla del Callao.

En seguida se colocó en sitio preferente nuestra bandera. Lo que la diplomacia no había conseguido desde la guerra entre España y Chile y el Perú, lo logró Valero. Siempre llevó la patria en el corazón.

Cierra el ciclo de sus viajes por América el tercero, efectuado á los setenta y nueve años. Su presencia en el Uruguay y la Argentina, en edad tan avanzada, aún esclavizó el aplauso, pero no logró el provecho. Los compatriotas allí residentes, que consideraban á Valero como la encarnación de una gloria española, iban á acudir en su ayuda, cuando se anticipó uno de ellos, D. Luis Castells, banquero catalán, con un rasgo de esplendor digno de ser referido:

El ministro español en la Argentina dió un banquete en honor del venerado artista; de sobremesa el homenajeado refirió vicisitudes de su existencia, y el Sr. Castells le preguntó inesperadamente:

—Valero: ¿cuánto necesitaría usted para volver á España y acabar tranquilamente sus días en una torrecita de los alrededores de Barcelona?

Valero, mudo de sorpresa, no se atrevió á dar respuesta. Lo hizo por él su hijo D. Ricardo, afirmando que 10.000 pesos bastarían á su padre para el reposo en sus días postreros. El Sr. Castells extendió en seguida un cheque por dicha cantidad y se lo entregó al insigne anciano.

Pero el generoso donativo no bastó para el noble fin; los 10.000 pesos papel, al desembarcar en España, quedaron convertidos en 17.000 pesetas, y aunque el gran actor, para no volver al teatro, solicitó con insistencia de varios Gobiernos que se le reconociese una pensión que el presidido por el conde de San Luis le otorgara cincuenta años antes, nada pudo conseguir.

Aún, pues, pisó la escena tres años con vigores esplendentes que causaban admiración, y á los ochenta y tres años, el artista, nombrado por Fernando VII caballero de Carlos III, por Isabel II cruzado con la Orden de Beneficencia y por Amadeo I investido comendador de Isabel la Católica, lleno de honores y laureles por Gobiernos y públicos de varios países, murió en la más estrecha pobreza.

El Gobierno quiso enterrarlo oficialmente, pero su hijo negóse recibiese muerto una honra de quienes vivo le habían negado todo auxilio, y entregó el cadáver á la ciudad de Barcelona, que le dispuso un grandioso homenaje de duelo presidido por el Ayuntamiento.

Sus restos reposan en el cementerio de Montjuich en un modesto nicho, cuya lápida costearon los eximios artistas doña María Guerrero y D. Fernando Díaz de Mendoza.

De justicia es la demanda de D. Emilio Valero; pero ¿se dejará Barcelona arrebatar este muerto? ¿Por qué, para impedirlo, no le da tumba más de acuerdo con los méritos que en vida logró?

Así lo propuso, cinco años ha, á aquel Ayuntamiento el que estas líneas escribe.

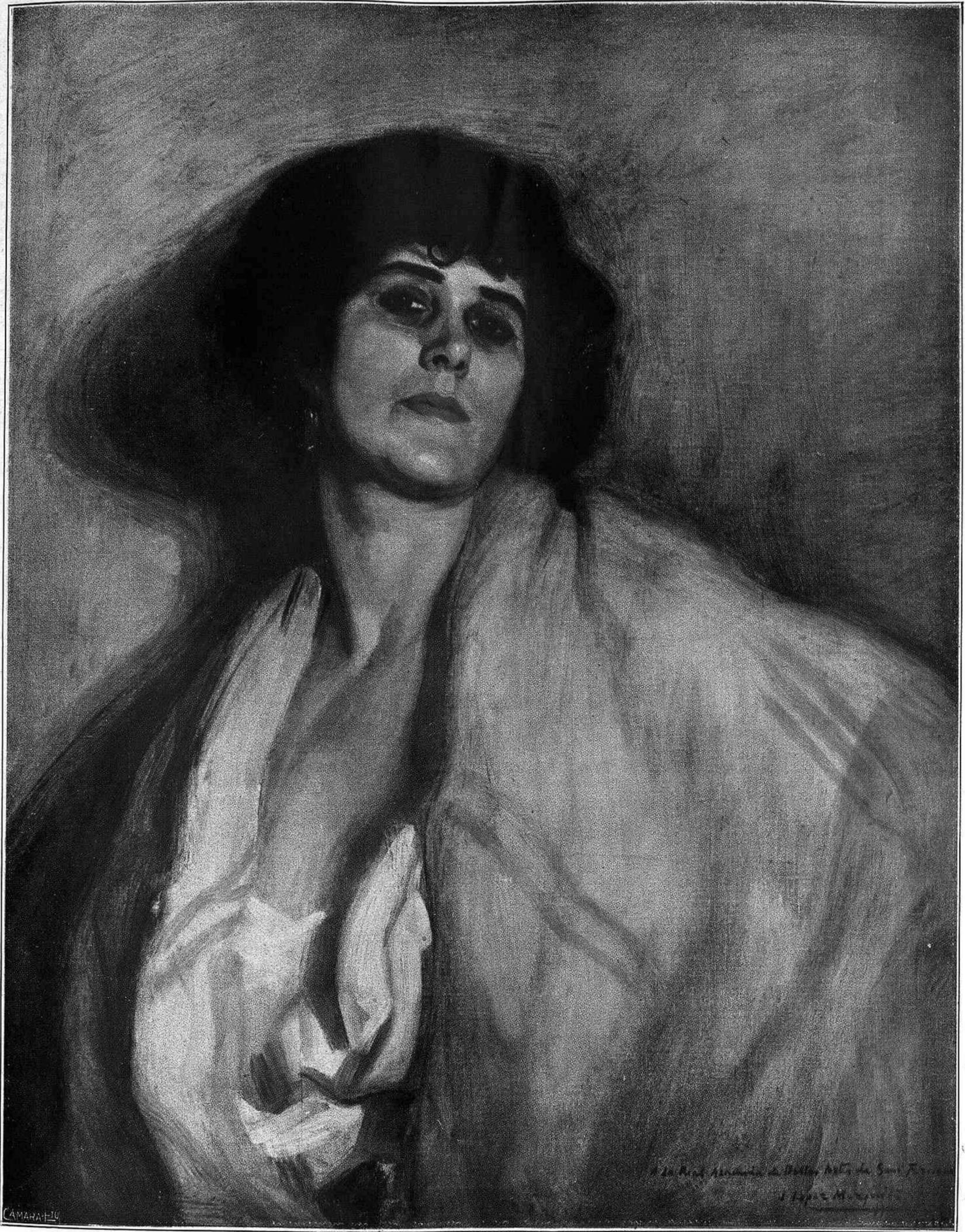
J. JORGE VINAIXA



JOSÉ VALERO

En el drama bíblico "Baltasar, Rey de Babilonia", de D. Gertrudis Gómez de Avellaneda

LA MODERNA PINTURA ESPAÑOLA

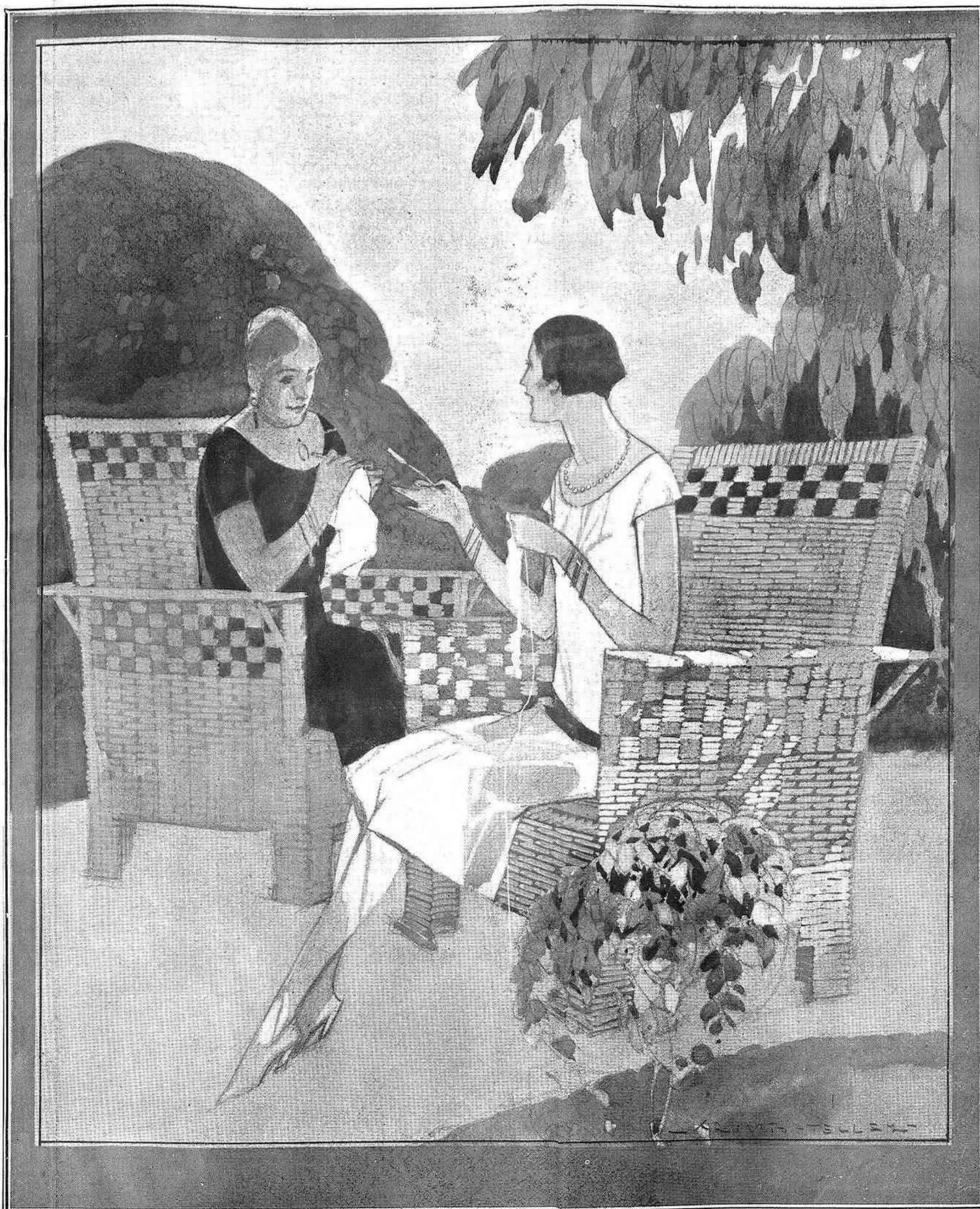


"Busto de mujer", cuadro original de José María López Mezquita

Al ingresar en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, José María López Mezquita cumple el precepto reglamentario de donar una obra suya á la docta Corporación. Es este admirable lienzo *Busto de mujer* donde el arte españolísimo del gran pintor se manifiesta en plena madurez, dentro de la gama de grises predilecta á su más reciente manera. En él se aprecia una genial simplicidad que realza la belleza del modelo y demuestra hasta qué punto López Mezquita es uno de los maestros del retrato en nuestra patria.



PENALTY DE AMOR



Te has olvidado de mí, mala—reprendió con dulce acrimonia—. ¿Ya no quieres á tu tía?

—¿Que no te quiero?... Verás tú. Dime luego qué no te quiero.

Y la colmó de besos, hasta dañarla, sincerísima, la caricia.

Tía Lola y su marido habían sido para Herenia los padres que perdiera cuando muy niña. Reciente la desgracia vino á vivir en el magnífico hotel que poseían sus tíos en la calle de Fortuny. Estos celebraban todas las travesuras de la chiquilla.

Un día se presentó avanzada la hora del almuerzo, llena de polvo, con las manos renegridas, deladoras de rudos menesteres...

—No enfadaros, titos. Os explicaré. Vosotros ya sabéis lo atrevidas que son Angelina y Nita. ¡Dos chicotes con faldas!... Pues la explicación: Estaba yo profanando ante el piano la sonatina en *do*, de Steibelt, cuando llegaron esos demonios... Me embaucaron. «Que nadie se apercibiría de la escapada; que... últimamente vosotros érais muy buenos

y no tendríais cara para reprenderme»... Resultado: que os robamos el coche grande, y á volar por esos caminos... ¡Y qué susto, titos! El coche que se para sin saber cómo. A mí me da por llorar y hurgar en todos los tornillos, sin duda para hacer la *panne* incorregible, y á ellas por reír y encontrar el percance deliciosísimo... Y Dios sabe hasta qué hora hubiésemos estado allí, de no pasar con su *auto* (aquí tienes la tarjeta: Augusto Martínez Guevara, arquitecto) un señor simpático, con dos hijos de tal astilla..., dicho sea sin malicia de ningún género. El que guiaba, Gabriel de nombre, para más detalles, nos puso el coche en condiciones... Y aquí me tenéis, arrepentida del todo. Pero... no me beséis, que pringo.

No fué óbice la advertencia para que los tíos se la comiesen á besos.

Se habían precipitado los acontecimientos. En el jardín del hotel.

—¿Y conduciendo tú?

—Me pongo atrás, si usted quiere. Con tal de que nos acompañe soy capaz de tirar del coche.

Herenia no decía nada. Sin saber por qué estaba triste. Ella no se lo explicaba. De algunos días atrás se había metido dentro de su ser aquella melancolía que no podía desear. ¿No era feliz, plenamente feliz, todo lo feliz que se puede ser á los veinte años? ¿No estaba acordada la boda para un mes después? ¿Entonces...?

Pero imposible ahuyentar aquella murria, que trataba de ocultar poniendo en sus actos tan falsa como ruidosa alegría. ¿El corazón?... Le había auscultado muchas veces y no decía nada... ¡Al viento con tantas preocupaciones! Fué súbito su gozo, sano, sin engaño.

—¡Que nos acompañes te mando! ¡Eh! ¡Te lo mando yo!

Era así una orden de la tirana, y no hubo otro remedio que ser con los excursionistas.

Tía y sobrina.

Herenia, impugnadora:

—Es guapo, rico, de muy buena familia, con una carrera terminada—abogado—, por si no tiene suficiente con ser el mejor futbolista del mundo. (Sin pasión, tía Lola.) Nos queremos. ¿Hace falta algo más?

—¿Pero si eres una mocosa!...

—De veinte años. ¿Son pocos? Y él tiene veintisiete.

—Otro mocoso. Mira: yo me casé cerca de los treinta, á pesar de las prisas que tenía tu tío, y yo, sin embargo, me creía una niña.

Herenia tuvo un gesto que llenó de gravedad su semblante.

—Tía Lola: mírame á la cara... ¿Me ves? Bueno; pues... ¡llámame mocosa; sigue sin reconocer mis veinte añazos! ¡Átrévete!

Dulcificó el tono de su voz:

—¿Me das tu promesa de ayudarme? Tío Daniel hace lo que tú quieras, y tú... ¡qué vas á negarme tú! ¿Verdad?

Se abalanzó sobre la tía.

—Loca, loca... Que me haces daño.

—¿Me prometes eso?

—Escucha, Herenia...

—¿Me prometes...? O te doy uno tan fuerte que te mato.

—Prometido.

•••••

Días después en la puerta del hotel, dispuestos á dar un paseo en automóvil.

Tío Daniel se resistía á prestarles su compañía.

—Anímate—le dijo su mujer—; deja una tarde el casinote.

—Imposible. No puedo. Precisamente esta tarde...

—No hace falta que inventes nada. Estoy acostumbrada á creer tus ineludibles compromisos.

Terció Gabriel, sentado al lado del chófer y cogido al volante.

—Sea usted condescendiente, don Daniel; ven á con nosotros.

Ya en marcha
—¿guaba Gabriel
—Herenia le dijo
casi á voces:

—Corre mu-
cho, mucho, co-
mo nunca... Si
me haces caso
soy capaz de dar-
te un beso delan-
te de los tíos.

Rieronle las
atrevidas pala-
bras.

Gabriel obedeció. El automóvil adquiría por segundos más rápida velocidad. Pronto se hallaron muy lejos de Madrid. La ancha cinta de la carretera se extendía á la vista de Gabriel como una senda tentadora... El cerebro se obturaba á todas las ideas que no significasen acortamiento de distancias. Correr, correr... Se olvidaba de todo, de sí mismo; la carretera, con sus ondulaciones y serpenteos, ofrecía un continuado estímulo para su vértigo, lleno de audacias. Tan pronto era alcanzar un alto mientras contaba mentalmente hasta veinte, como bajar á toda marcha un trozo de carretera en declive, que se ofrecía como un precipicio. Le divertía «lamer la cuneta» á toda velocidad; darse la sensación de ir á chocar contra un árbol y evadir el peligro con un habilísimo viraje; tomar las curvas muy abiertas; «afeitar» las ruedas con las de un coche de otros velomotores que hallaba al paso...

De pronto...

Sólo Gabriel vió el peligro, demasiado tarde ya.

•••••

Herenia se incorporó trabajosamente. Como si buceara en la obscuridad, se fué tateando todo el cuerpo, la cara, los ojos, que se abrían como á la luz de un nuevo día. Se miró las manos y quedó sorprendida de que no delatasen un rastro de sangre. Echó un mirada en torno suyo. En aquel instante se acercaba á ella tío Daniel.

Se abrazaron.

—¿Y tía Lola?...

—Nada... Tampoco tiene nada. El susto, claro es. Pero afortunadamente ni un rasguño.

—¿Y Gabriel?...

El silencio y el gesto delator del tío llevaron un presagio horroroso á su corazón.

•••••

Era una escena conmovedora. Herenia, arrod-



llada junto al cadáver de Gabriel, lloraba desconsoladamente.

Tía Lola, abrazada á su marido, lloraba también en un silencio hondo, trágico, rayado por los gritos de Herenia, sucedidos á besos apasionados.

Su delirio le hacía concebir una vaga esperanza.

—Mírame, Gabriel... Habla, resucita... Hazlo por mí, por tu Herenia, por nuestro amor..., ¡por nuestro hijo!

Y arropábase el vientre con las manos, como si quisiera defender de la orfandad al hijo de sus entrañas.

Tía Lola corrió á consolarla:

—¡Pobre!...—pudo al fin balbucir—. Tu pecado no ha querido Dios perdonarle.

Herenia llevó sus ojos á lo alto. Un silencio de angustia.

Al cabo suspiró:

—Mi amor. Ese fué mi delito... Mi amor... tan grande como el castigo que me imponen...

No sabía quién. Puso la mirada en el suelo. De arriba no podía partir tan inmenso castigo...

LORENZO RODERO

DIBUJOS DE ARISTO TÉLLEZ

EVOCAACIONES MADRILEÑAS



R. Marín

EL ENCIERRO, dibujo de Ricardo Marín

MIRANDO AL PASADO

EL PALACIO DE D. PEDRO DE ÁVILA EN LAS NAVAS DEL MARQUÉS

EN campos benditos de Castilla la Vieja hay un pueblo vetusto que se llama Las Navas del Marqués. En este pueblo, á más de 1.300 metros de altura y en un ambiente purísimo cargado de la esencia que despiden tres ó cuatro leguas cuajadas de pinos, hállase todavía en pie el alcázar del marqués de las Navas. Este marqués no era otro sino D. Pedro de Avila, íntimo amigo de don Felipe de Córdoba—después cuñado suyo—. De este marqués de Las Navas se cuenta un caso estupendo y digno de saberse. He aquí que, encontrándose preso por mandato del Rey en el monasterio de San Martín, de Madrid, una noche, entre otras, dióles gana de irse á pasear al marqués y á D. Felipe; marcharon hacia el barrio de Lavapiés, y estando departiendo por una ventana, dijo D. Pedro: «Esperadme aquí, que voy á aquella callejuela á cierta necesidad natural.» En la esquina tropezó con dos hombres que no le dejaron pasar. El marqués dijo: «Vuestas mercedes sepan que voy cor esta necesidad.» Dióle uno de ellos una estocada, y el marqués se defendió dando otra á su adversario y una cuchillada al que le acompañaba. El de la estocada quedó muerto. Don Pedro y D. Felipe regresaron al monasterio. Allí, el primero contó lo ocurrido. Pasaron cinco ó seis días; estando el marqués acostado, llegó una sombra y le hurtó la ropa. El marqués dijo: «Quitaos allá, don Enrique»; pues creía que éste era, ya que él y D. Felipe dormían en otra cama del mismo aposento. «No es don Enrique», respondió la sombra. El marqués desenvainó la espada y comenzó á dar estocadas. Don Felipe preguntó: «¿Qué es esto?» Y contestó D. Enrique: «Es mi hermano que anda á cuchilladas con un muerto.»

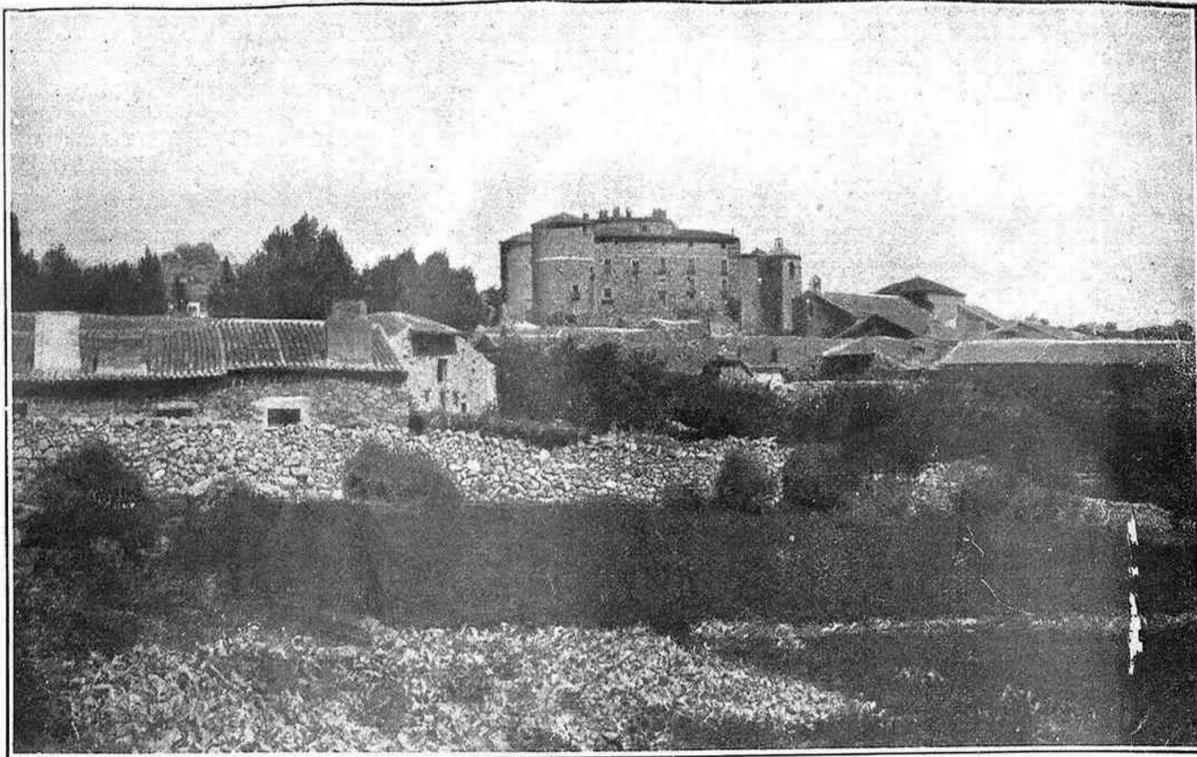
Esta y otras historias de más de cuatro siglos sabe el palacio derruido, desde los primitivos Bernaldo de Quirós hasta la egregia duquesa madrileña que una tarde improvisaba versos en el patio del castillo.

He aquí un embalsamado retiro de reyes y magnates, que es como un castellano Trianón, sobre todo en aquella parte donde todavía se ve el mirador maravilloso construido por la duquesa de Denia. Allí mismo, el palacete de D. Enrique de Guzmán, marqués de Pobar y gentilhombre de cámara de Felipe III.

Contigua, la confortable y añeja biblioteca del convento de dominicos, puesto en el altozano del risco de Santa Ana, y cuyos muros ruinosos quedan todavía en pie, tras los cuales duermen en el presbiterio los restos de D. Pedro de Avila, juntamente con los de su esposa.

Esta posesión, con su huerta y parroquia aneja, es la más rara y valiosa de esta comarca.

Todo viajero que pisa la pintoresca plazoleta de la finca comenta á su antojo la historia de sus dueños, viviendo con la fantasía una época guerrera, de misterio y de leyenda. Yo he escuchado varias



Vista general del palacio, iglesia parroquial y risco de Santa Ana

opiniones, todas respetables; pero harto desacertadas, debido á que no se ha estudiado seriamente el pasado de Las Navas del Marqués.

Nada de encantamientos, y señalemos que la tal mole de piedra no es castillo ni alcázar, sino un casón magno, palacio de potentados. No precisa remontarse á los tiempos de los Reyes Católicos para buscar el historial que, en realidad, no tiene. Pedro de Avila, fundador de la casa, era un señor feudal que todo lo quería para sí. Ni su avaricia ni la época inquisitorial prestan nada halagüeño para mencionarse. Datos más sabrosos ofrece la residencia en el referido palacio de D.^a María Josefa del Rincón y Aranda, quien llevó á las habitaciones severidad, grandeza y buen gusto, hasta el extremo de que más de tres veces pernoctaron allí las personas reales y algunas señoras de ministros.

Al final de la escalera principal hay fabricado un banco colosal, de piedra y de una sola pieza, de la mayor longitud que hasta hoy se conoce, siendo así que los que por su tamaño se admiran en El Escorial son más pequeños.

El tiempo y la ignorancia han envuelto la leyenda en el misterio. Espíritus románticos pretenden atribuir la construcción de esta fortaleza al Rey Alfonso VI. Los que saben la conseja de la peña ensangrentada que mira al río creen que vivió acá el sabio moro Saïd Ben Zulema, aplicado estudiante en Toledo. Yo puedo afirmar cómo habitaron aquí los judíos expulsados del Lavapiés, al finar el siglo xv.

Por indicación de D. Pedro Laso de la Vega, los Reyes Católicos pernoctaron en el palacio.

En la época de Carlos V aposentáronse D. Pedro de Avila y D.^a María Córdoba, primeros marqueses de Las Navas.

Del reinado sombrío de Felipe II también exis-

te una leyenda cruel, que es aneja al alcázar. Y hay datos reveladores de que aquí dejaron huellas los diminutos pies de la cuarta esposa del supradicho Felipe: aquella festejada dama que se llamó Ana de Austria. Posteriormente, la finca perteneció á los duques de Medinaceli y Santisteban, que hicieron mucho y muy bueno en estos alrededores.

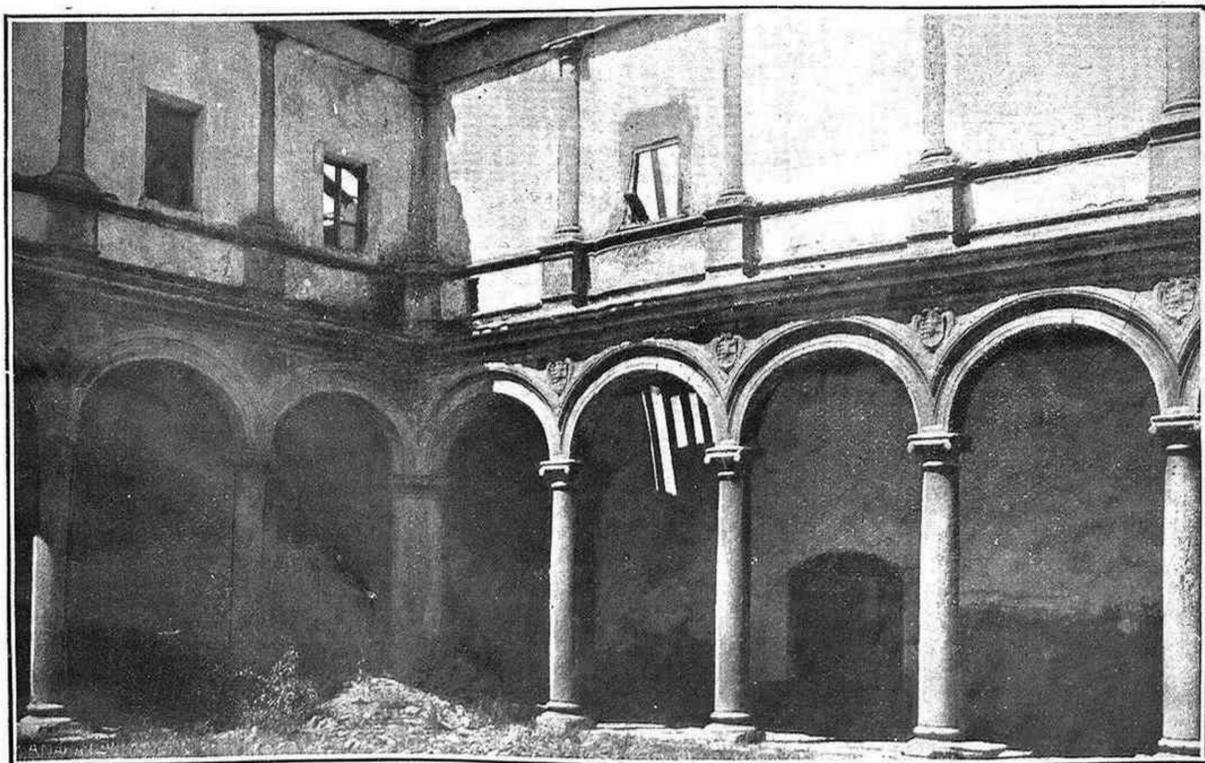
Desde los famosos y revueltos tiempos de Fernando VII, el castillo está cerrado y abandonado, por lo que poco á poco ha ido desmoronándose, hasta el extremo de que en la actualidad es peligrosísimo cruzar sus patios.

En la alta biblioteca, todos los papeles y demás documentos del duque de Medinaceli estuvieron celosamente guardados hasta el año 1809, en cuyos primeros días todo cuanto pertenecía á dicho prócer fué presa del robo y de las llamas, en el furioso saqueo ordenado por el general Lefebre. El administrador, nombrado Santiago de Agüer, á su destierro suplicó al duque influencia para reunirse con él. Y en vista de que el duque dió la callada por respuesta, Agüer tuvo que trasladarse á Madrid, luego á Valencia y después á Francia, dejando la citada administración al cuidado del escribiente Santos Muñoz. A su paso por estos andurriales, cierto abogado de la casa, que apellidábase Montes, ó cosa parecida, hízose dueño de papeles y otros efectos, entre ellos una calesa, que pertenecía al administrador. A no ser por la compasión de un buen amigo, Santiago, su mujer y su hija fueran víctimas del hambre y de la desnudez. Tan santo varón, á pesar de sus muchas necesidades, les sustentaba, vestía y tenía en su casa.

En el correr de los años se han sentado á la sombra de este palacio unas figuras que yo me honro en evocar: artistas y hombres eminentes que buscaban los pinares de Las Navas para restaurar las energías perdidas en las grandes batallas por la gloria, planeando nuevos trabajos para continuar la lucha. En el risco de los Dineros argumentaba Sinesio Delgado sus obras teatrales. Por el paseo de las Damas lloraba López Silva la muerte de su hijo. En la corraliza del Cristo corregía Asensio Mas *La tragedia de Pierrot*. Junto á la fuente se sentaba todas las mañanas el maestro Torregrosa, con su perrita sobre las piernas y en las manos un libro de Maupassant. A la vera de los álamos partía piñas la graciosa tiple Julia Mesa. El notable escultor Marinas buscaba sitio adecuado para la construcción de su hotel. Junto á los muros del palacio sentábase Gumersindo Azcárate. El bondadoso D. Alfonso González no se cansaba de contemplar el balcón del homenaje. Llenando la carretera, el porte distinguido y simpático de Berenguer. En la salida de misa, haciendo corro, Sanz Escartín. Propagandista entusiasta de estas alturas, Ortega Morejón. Amigo de todos, afable y caritativo, Victoriano Suárez. Laborando por la prosperidad del pueblo, Delgado Barreto. Modesto y comunicativo con todo el mundo, el obispo de Sión. Haríase imposible recordar á tantos.

Cosas que fueron, épocas lejanas, horas felices, recuerdos de la España de otros días. Un bello rincón de la serranía castellana. Un pueblo humilde y sencillo, inolvidable por el buen acogimiento que dispensa al viajero.

¡Navas del Marqués! Dios te bendiga y á todos tus hijos les dé paz en sus hogares.



Patio central del palacio

ANTONIO VELASCO ZAZO

SEPULCRO DEL CARDENAL D. FERNANDO DE VALDÉS

Aquí, en la paz de esta iglesita de Salas, yace el gran inquisidor. Vivía en Sevilla por el año de 1560. En los primeros días del reinado de Felipe II fué el inquisidor general. Vedle tal como le perpetuó el blando cincel italiano de Leone Leoni. Vedle luego tal como aparece en una de las páginas más hermosas que ha escrito el genio eslavo, acertando—esta vez—á ser universal. Es en el diálogo inolvidable de *los hermanos Karamazov*. Jesús ha vuelto. Ha querido, en su misericordia infinita, volver entre los hombres y pisar la tierra de España, las calles de Sevilla, por donde el día antes había desfilado el cortejo de un auto de fe. A su paso todos le reconocen. El milagro florece. ¡Es él!

«En aquel instante pasa el cardenal, gran inquisidor. Es un anciano casi nonagenario, de alta estatura, rostro macerado, ojos hundidos, en cuyo fondo lucen todavía dos centellas. No lleva el traje ostentoso de ayer, mientras ardían los enemigos de la Iglesia Romana, sino humilde sayal de estameña. Sus sombríos auxiliares y la guardia del Santo Oficio le siguen á respetuosa distancia. Detiéndose ante la muchedumbre y observa desde lejos. Todo lo ha visto: el féretro depositado ante El, la resurrección de la niña. Su rostro ha tomado una expresión más grave. Frunce sus cejas y en la mirada brilla un resplandor. La señala con el dedo y manda á su guardia que le prenda. Tan grande es su poder y tan habitado está el pueblo á sometérsele que la muchedumbre se separa en el acto ante los esbirros y en medio de un silencio de muerte éstos le prenden. Como un solo hombre, el pueblo se inclina hacia tierra ante el viejo inquisidor, que le bendice sin decir palabra y sigue su camino.» ¡Recordáis la terrible página? ¡Recordáis el asombroso monólogo de aquella noche de Sevilla cálida y sofocante; el aire perfumado de laurel y azahar, hasta la misma puerta del calabozo del Santo Oficio? En la parábola ó poema de Ivan—el hermano rebelde—sólo habla el gran inquisidor. Jesús, sentenciado, se aproxima en silencio al nonagenario y besa los labios exangües que le condenan. «Es toda su respuesta». El Anciano abre las puertas al Prisionero, porque su beso le ha encendido el corazón.

No es ese implacable dialéctico el que vemos arrojado en el sepulcro de Leone Leoni. Las líneas suaves, hasta la actitud místicamente ingenua, más próximas á los santos de Murillo que á los de Zurbarán, prestan á la estatua del gran inquisidor dulce y amable resignación. En el fondo, Jesús, alzándose de su tumba, emprende la divina ascensión. Rueda la fuerza de sus guardianes por el suelo. Es como una respuesta á Ivan Karamazov, el blasfemo.

Si el gran inquisidor del sepulcro de Salas, en su estatua orante, no se parece al inquisidor de Dostoyewski, ¿se parecerá al de los documentos históricos?

Era en 1559 inquisidor general D. Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla. Carlos V, retirado ya en Yuste, escribía á su hijo el Rey Don Felipe y al Consejo de la Inquisición «cartas que rebotando en ira, les exhortaban á no tener piedad ni conmiseración con los herejes y á castigarlos con toda la dureza y el rigor posibles, sin consideración ni excepción de personas». Pero ni el Rey Felipe ni el Consejo necesitaban excitaciones. El Tribunal de la Inquisición funcionaba en toda su plenitud cortando el paso á la propaganda luterana. Una bula del Pontífice Paulo IV facultaba al inquisidor general para que con los del Consejo de la Suprema pudiera relegar al brazo secular á los dogmatizantes, aunque no fuesen relapsos, y á todos los herejes que merecieran pena de muerte y abjuraran de la herejía, no de ánimo y pura conciencia, sino por temor á la muerte ó por librarse de las cárceles. «La muralla que había de alzarse en los Pirineos para impedir el paso á la Reforma era infranqueable. Por mucho que fuese el espíritu de sacrificio de los reformadores había de verse contenido por las rigurosas medidas adoptadas desde el primer momento. El Santo Oficio procesó á personajes ilustres por sus altos cargos, por su ciencia ó por su cuna, arzobispos y obispos, abades, sacerdotes, frailes, monjas, marqueses y grandes señores, magistrados, profesores, altos funcionarios del Estado, junto á menestrales, artesanos, sirvientes y gente del pueblo.» De vivir Carlos V hubiera visto sujetos á un proceso inquisitorial á los arzobispos de Granada y Santiago; á los obispos de Lugo, de León, de Almería; á teólogos insignes de los que habían dado lustre á España y á la Iglesia Católica en el Concilio de Trento. Y hubiera visto denunciado y procesado por sospechoso de luteranismo al mismo



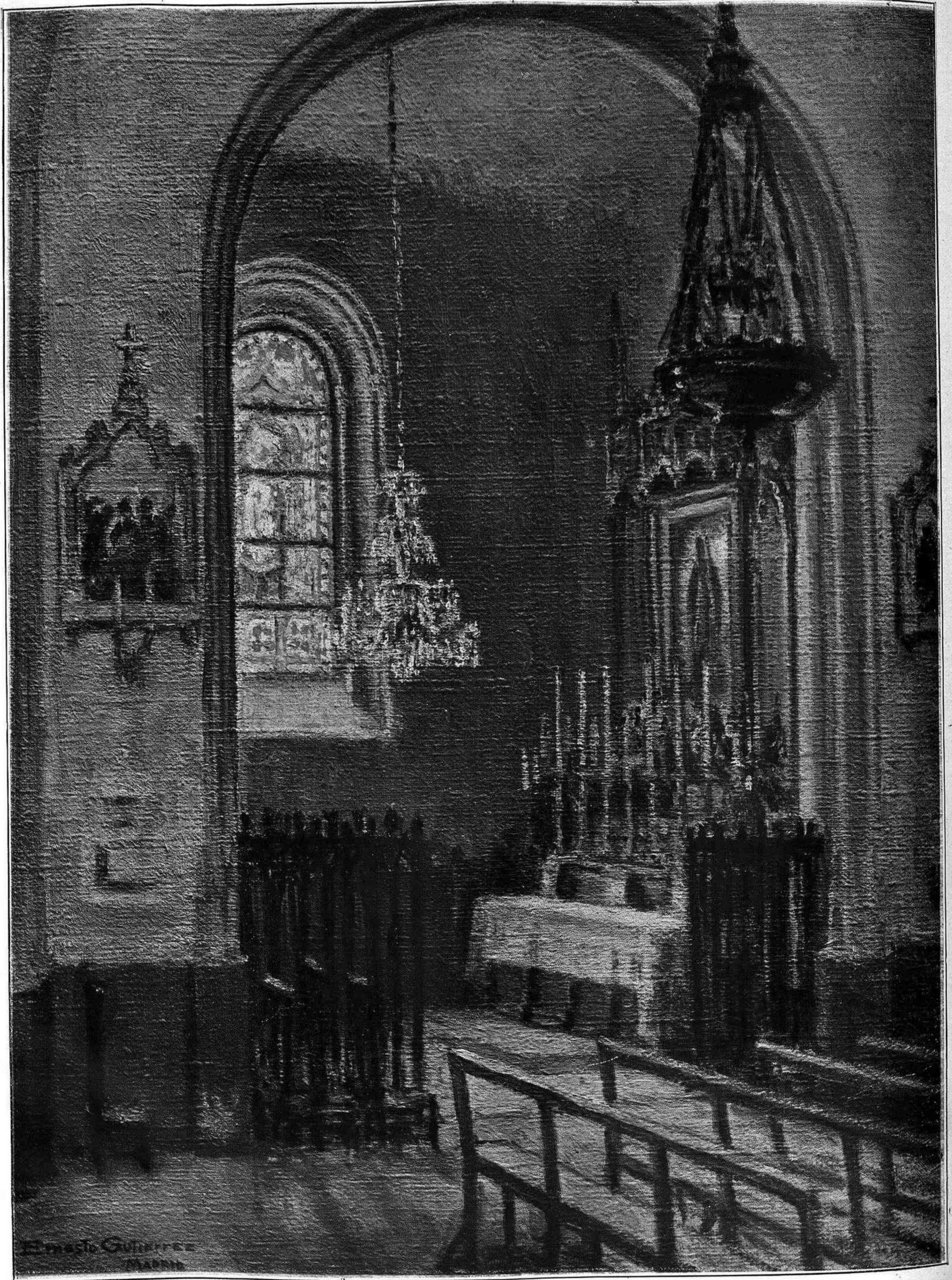
Estatua orante del sepulcro del cardenal D. Fernando de Valdés, en Salas (Oviedo). Las esculturas son de Pompeo Leoni

primado de la iglesia española, al arzobispo de Toledo Dr. Fr. Bartolomé de Carranza, confesor de su hijo Felipe II, y el mismo que había prestado los auxilios de la religión al Emperador Carlos V en los últimos momentos de su vida en Yuste; y hubiera visto procesados con él á todos los prelados y teólogos que habían aprobado sus «Comentarios al Catecismo de la Doctrina Cristiana». En la historia más elemental de España aparece la lista de las personas ejecutadas en el primero y segundo Autos de Fe de Valladolid en el año 1559, así como la relación de la cristiana muerte del doctor Cazalla, dada por su mismo confesor Fr. Antonio de la Carrera al inquisidor general, el arzobispo de Sevilla. Todo está presidido por el espíritu de ese hombre que con las manos juntas, las rodillas en tierra, ora eternamente por nuestros pecados en la capillita de la iglesia de Salas.

«Falló D. Fernando de Valdés, pasados ya los noventa años, escribe Gil González Dávila. Dejó

una gran suma de dinero para que se distribuyese á los pobres. Erigió en Salamanca un colegio para los asturianos; en Oviedo una Universidad; y en Salas, donde había nacido, mandó edificar esa iglesia en la que quiso ser enterrado, dotándola con seis capellanes, para que perpetuamente hiciesen suffragios por su alma. El duque de Alba encargó la estatua orante del inquisidor Valdés á Pompeo Leoni. Consta en los libros de la casa que en 3 de Marzo de 1582 se hizo contrato entre Julio Soriano y dos carreteros para llevar á Salas la tumba del arzobispo Valdés, estatua y piedras de alabastro, en 40 á 50 carros, con peso de 35 á 40 arrobas cada uno, con remuneración de 77 reales por carro, desde Alears á León, y un ducado más por cada dos carros desde esa ciudad á Salas. En Mayo se habían pagado 1.500 ducados, y en Agosto del citado año otros 400 por los transportes.»

IGLESIAS MADRILEÑAS



CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE EN SAN JERÓNIMO EL REAL, cuadro de Ernesto Gutiérrez

EN LA IGLESIA DE SANTA CRUZ

SANTA Cruz, el panteón florentino, «poblado de ilustres sombras»—Miguel Angel, Maquiavelo, Galileo, Dante—, es todo silencio, serenidad, eternidad... Sobre el fúnebre-urna que guarda el cráneo de Maquiavelo:—*Tanto nomini nullum par elogium*—, el Spinazzi, buen escultor sin genio, ha sentado una Justicia demasiado niña, la balanza en una mano, y en la otra, como llevando un cántaro á la cadenera, un escudo con el retrato en relieve. El retrato más muerto de Nicolaus Machiavelli. To lo es silencio, eternidad, inmutabilidad... Un triunfo grande de los hombres es el silencio en torno de sus tumbas, y la apariencia—ilusoria, vana, claro está—de haber logrado para los grandes muertos la quietud, la paz definitiva.

Pero Florencia cambia, y el mundo que acude á evocar en la iglesia de la Santa Cruz el pasado mortal de los que allí descansan va teniendo de ellos una idea cambiante. El espíritu sigue inquieto, mutable. El Maquiavelo nuestro no es el de César Borgia, ni tampoco el de los pobres príncipes de Parma. Descansa lo que no tuvo nunca vida, es decir, lo inerte: el mármol y la imbecilidad. Maquiavelo tiene todavía una larga vida de lucha, fuera de su sepulcro.

Florencia le dió un alma destinada, como obra de arte, á perdurar en constante mutación. No fué Florencia cruel con Maquiavelo, sino la supervivencia aldeana y montañesa, lo que en ella queda todavía de Fiésola, «el pueblo ingrato y envidioso»—de Brunetto, en los versos del Dante—que conserva la aspereza de sus rocas. Pueblo ciego; raza avara, ansiosa y vanidosa. Maquiavelo le conocía bien, y por eso pudo escribir la *Historia de Florencia* sin prescindir de la historia de Fiésola.

Si recordamos inoportunamente aquí esta duplicidad de almas dentro de un mismo pueblo y hablamos de la Fiésola lugareña dentro del corazón de Florencia, la dominadora de Italia—«por su lengua, sus costumbres, sus obras y su fisonomía, y, sobre todo, por su instinto poético y artístico, el florentino ha dominado á los demás pueblos de Italia», escribe el barón Sigalás en su estudio del Dante—, es porque el propio Maquiavelo no pudo librarse de los dos influjos y porque su gloria ha sufrido también las dos interpretaciones. Una toda comprensión y agudeza de espíritu, otra toda animosidad, cerrazón y mala saña. La Justicia del Spinazzi ha debido dejar á un lado su balanza y aceptar á Maquiavelo como es, siempre con el vago temor de que el astuto florentino sepa mucho más que ella. La última alusión—que nosotros hemos visto—

al espíritu de Maquiavelo es la de Wells, en su fantasía novelesca del *Nuevo Maquiavelo*, cuya traducción española acaba de publicarse. El héroe de ese libro intenta una frívola y laboriosa imitación de *El Príncipe*; luego la quema para volverla á empezar, y por fin se limita á contar su propia historia. Simpatiza con Maquiavelo, «no sólo á causa del sueño que persiguió y del carácter humano de su política, sino por razón de su naturaleza complicada, vicios inclusive, tan esenciales al asunto». Le interesa á Wells «su ideal de la creación del Estado». Y el «Nuevo Maquiavelo» inglés se complacía en recordar la silueta del florentino, «retirado á sus tierras de San Casiano, después de la caída de

la República, doloridos todavía sus miembros, quizá á consecuencia de la tortura que le castigó como conjurado», pero animoso aún para escribir, para pensar y para soñar.

Wells, que ha escrito su *Utopía*, prefiere, á otros utopistas más lejanos—Platón ó Confucio—, á Maquiavelo, porque conoce de él hasta sus vicios. Sus rarezas, su relajamiento, su vida sórdida, son

LA CARTA MÁS FAMOSA DE MAQUIAVELO

«... Me levanto con el día, visito mis gallinas, y después me marcho con mis libros bajo el brazo, semejando á Geta cuando vuelve con los libros de Anfitrión. Me voy á un bosque que he comprado, y paso las horas con los trabajadores, que siempre tienen pendiente alguna disputa, bien entre ellos, bien con los vecinos. Mucho podría decir sobre este bosque, pues me han sucedido sobre él mil cosas con Frorino de Panzano y con otros que lo querían... Mientras soplaban esta tramontana, Bautista Guicciardini, Felipe Ginori, Tomás del Bere y otros me han pedido también su parte, de modo que llegaré día en que tenga que decir: *Ya no tengo bosque*. Cuando salgo de él, me dirijo á la fuente con el libro que llevo, que suele ser el Dante, Petrarca ó alguno de los más célebres poetas; leo sus amores y sus apasionadas ternuras, recuerdo los míos, y me complazco algún tiempo con los pensamientos que me sugieren. Vuelvo en seguida al pueblo, y me voy á la posada, donde hablo con todos, y les pido noticias de su país; oigo diferentes cosas, y encuentro diferentes gustos y diversas imaginaciones. Cuando llega la hora de comer, lo hago con mi brigada, según mi pobre campo y mi escaso patrimonio me lo permiten. Después de haber comido, vuelvo á la posada, donde encuentro al mesonero, al buhonero, un molinero y dos albañiles, con los cuales me *encanallo* jugando á la *cricca* y al *trictac*, de donde nacen mil disputas y quimeras, acompañadas de palabras injuriosas, cuyo asunto suele ser un ochavo, y por el cual nos oye gritar todo San Casiano. Metido en tal villanía, impido á mi cerebro que se envanezca y excito la malignidad de la fortuna, satisfecho de que me haya colocado tan abajo para si se avergonzara de verme así. Llegada la noche, me vuelvo á mi casa y entro en mi gabinete; á la puerta me despijo de este vestido de paisano, lleno de barro ó de polvo, y equipado con traje impio y de etiqueta, me acerco á los círculos de hombres antiguos. Acogido por ellos con amor, me lleno de este alimento, el único que me conviene y para el que he nacido; no temo conversar con ellos y pedirles razón de sus acciones, y ellos, llenos de humanidad, me contestan. Durante cuatro horas no siento, olvido todas las penas, me separo de la pobreza, y ni aun me espanta la muerte...»

EL SENTIDO DE MAQUIAVELO

Pero ¿es que no se ha comprendido aún el fondo de rebeldía que hay en todo Maquiavelo y especialmente en *El Príncipe*? En el libro de Wells el nuevo Maquiavelo, desterrado también, fuera de la política y de los cargos oficiales, es joven y conserva la ambición de amar. Para él la mujer tiene una importancia prodigiosa que se impone á la conciencia de nuestro mundo moderno. El Maquiavelo de la carta á Vettori y de la *Política del Príncipe* no espera nada de la mujer ni de la vida, si no es vivir.

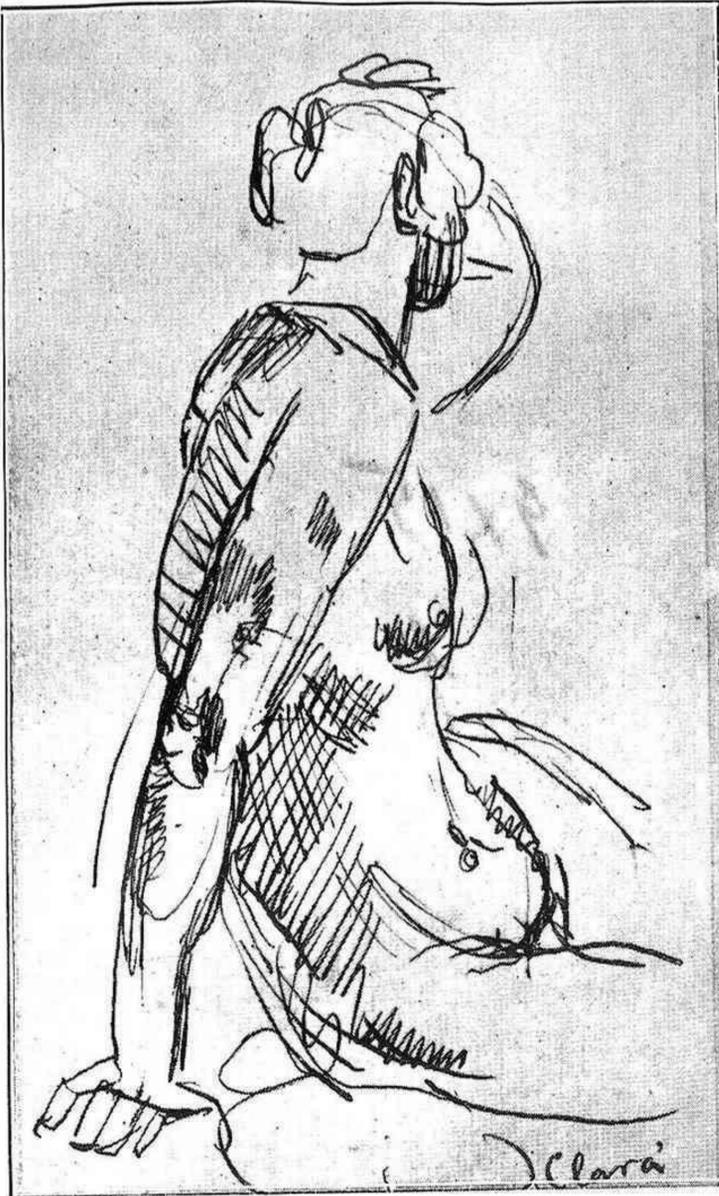
Quizá también pensar, soñar... Pero sobre todo dar armas al pueblo contra el Príncipe, descubrirle, revelar el secreto. Ahí está el sentido de Maquiavelo.

LUIS BELLIC



para él «manchas que completan el carácter». Maquiavelo, más reciente y menos popular, pertenece aún á la tierra y á la humanidad, y es también el escritor del «noble traje y de los nobles sueños, al entrar en su cuarto de trabajos». Guardo desde niño una vieja traducción de la *Política de Maquiavelo*, ó *tratado del Príncipe*, con el *Anti-Maquiavelo* que escribió—en correspondencia con Voltaire—Federico el Grande, rey de Prusia. Edición popular, del 54, época tan modesta como laboriosa, en que los traductores solían ser escritores y los editores tenían un concepto social y cultural de su misión. Busco en las viejas páginas la carta á Francisco Vettori, á que alude Wells.

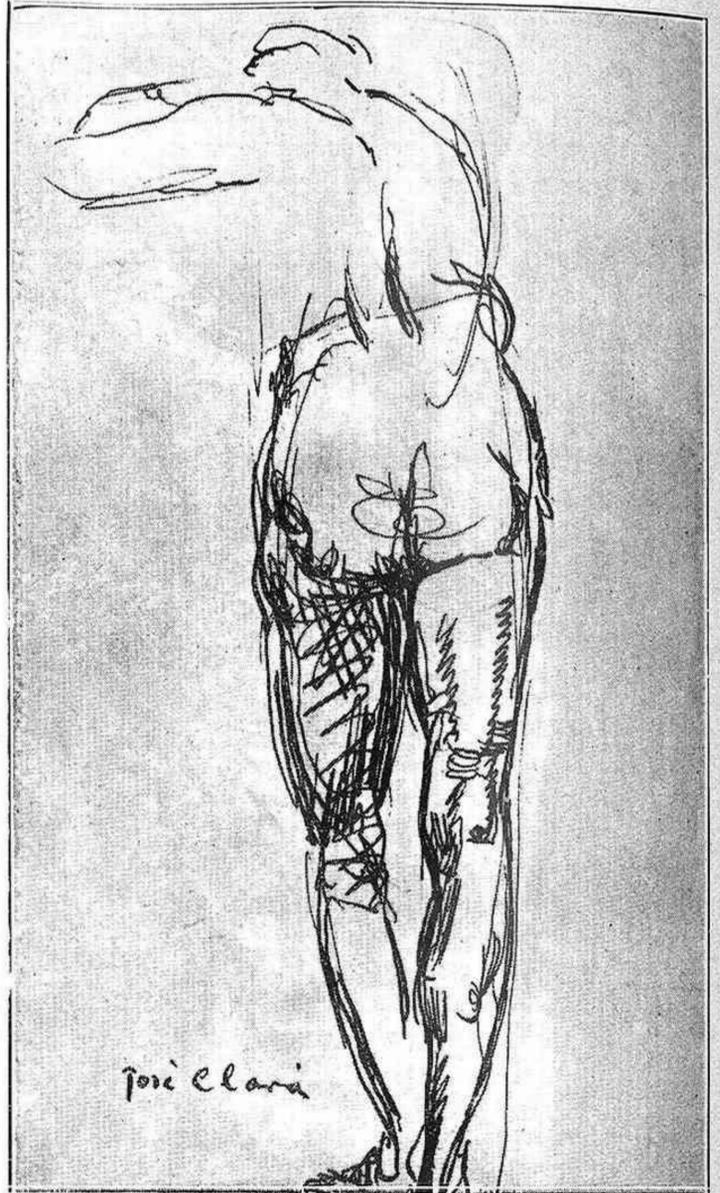
UNOS DIBUJOS DE CLARÁ



Dibujo á pluma



"Cabeza", dibujo á pluma y lápiz



Dibujo á pluma

ellos son los que pueden ir más lejos. Mis dibujos deben anunciar la obra de mañana. Son un encauzamiento; pero además de esto procuro hacer lo que dice Goethe en sus conversaciones: «No basta hacer cosa que un día han de conducirnos al buen resultado final; cada paso, por sí solo, al mismo tiempo que nos lleve adelante, ha de ser un término; cada momento, cada segundo, es de un valor infinito, porque es representante de una eternidad entera.» Estas palabras abren la llaga de mi angustia. Cuento los minutos de mi vida; siempre me parece que no podré realizar bastante para dejar obra de ejemplo. El amor que contiene el corazón del hombre es digno de Dios; pero la fuerza mezquina del corazón humano es miserable para proyectar y materializar este amor.»

¿Se comprende, pues, hasta qué punto inquieta á José Clará la misma sagrada ansia

I

Si unas esculturas de José Clará son formas que se mueven graciosamente, con suave seguridad de lograr en la actitud viva la estética armonía, otras tienen latente en su reposo la móvil euritmia, el afán inquieto de los ademanes bellos.

Y una misma condición verdaderamente estatuaria dicen sus dibujos, que sin perder la frescura inicial de prolongar en unos trazos de la mano la idea ó la visión—y también el feliz contacto de ambas causas—, nacen ya en una genial síntesis plástica de la forma humana.

Mientras Clará dibuja se comprende que no realiza tantos ensayos de mano, y anota actitudes, como *crea*, desde luego, con una enérgica virtualidad de obra en sí y por sí misma.

No son la fantasía en libertad de líneas, ni tampoco el raciocinio frío que completa lo que los ademanes furtivos insinúan. Surgen insospechadamente conclusos, pero sin abdicar de la pristina frescura de tales croquis. De aquí el encanto peculiar que tienen estos dibujos, no fantasmales, torturados ó desvaídos; no yertos por sobaduras del ansia de perfección.

«Considero mis dibujos—dice Clará— como documentos que han de servir para mí mismo, y procuro registrar todo lo que puedo, para aplicarlo después á mis esculturas... Si miramos las obras de los grandes genios que han quedado en la Historia, vemos tienen todas un fondo sólido basado religiosamente en la Naturaleza. Sin ese fundamento ya no hubieran resistido á las generaciones, aconsejándolas.

Por esto hemos de ser fuertes y dirigir la mirada hacia los hombres que, por su fuerza, han prevalecido, y, lejos de exigir de nuestros artistas impresiones insólitas, enfermizas y estrambóticas, sólo por huir de la tradición del arte, animemos á los que con buena intención busquen el camino de las artes sanas, porque

creatriz cuando traza líneas que cuando modela formas? Es ese convencimiento de las etapas sucesivas, que cada una empieza y concluye en sí misma, lo que hace tan interesante una escultura como un dibujo suyo; el apunte, el boceto ó la obra ya terminada plenariamente á través de las diferentes manipulaciones con tratados con igual amor é igual esfuerzo de considerar el arte en su cabal eficacia.

Llamaríamos decoro, dignidad profesionales esta vigilancia constante que el artista ejerce sobre la triple fusión del pensamiento, la mirada y la mano. Pero significa algo más: el don afirmativo de *no poder ser de otra manera*, que señala á los verdaderos creadores. Todo en ellos tiene calidad y esencia de obra perdurable. Nada de lo nacido de su arte ó de su ciencia nos deja indiferentes. Aun los

que excitan sentimientos adversos acusan de tal modo su personal existencia.

II

José Clará dibuja constantemente. Crecen en su estudio las hojas grandes de papel donde aguardan femeninas formas el momento de pasar á la escultura. Se superponen á centenares los álbumes de diversos tamaños. Clará sabe bien la importancia que tiene este ejercicio, no demorado nunca, de retener actitudes y ritmos humanos. Hojear en ese archivo de la forma que José Clará aumenta cada día significa placentera enseñanza. Absorto en la contemplación de las infinitas, de las innumerables actitudes que puede tomar el cuerpo humano con instintiva ejemplaridad de belleza, hemos recordado una vez más lo que los dibujos de los grandes maestros—los

escultores principalmente—deberían significar en una cierta didascalia estética para la mujer. Deberían mostrarse y exaltarse ante las mujeres modernas esos dibujos que significan el hallazgo súbito, la sorpresa repentina de un furtivo ademán, de una espontánea gracia corporal que, ó se había perdido, ó que se parodiaba torpemente.

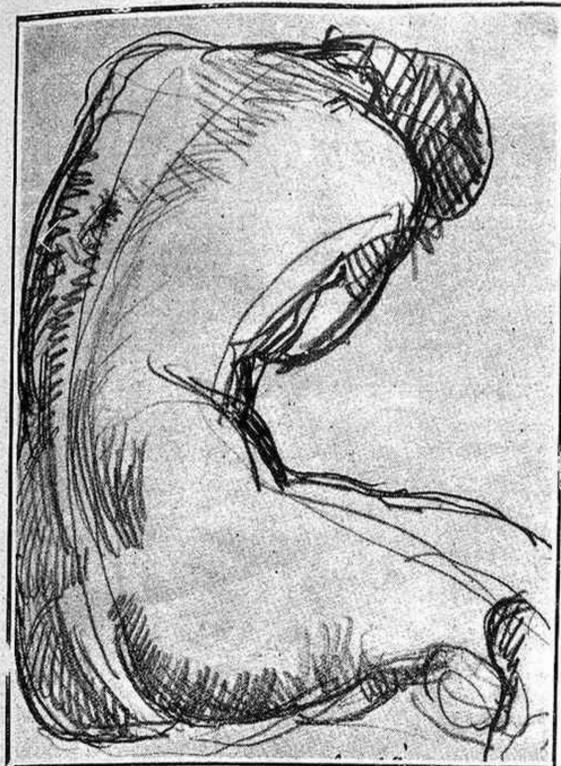
On s'extasie—dice Rodin en el libro de sus confidencias á Paul Gsell—*sur des poses qu'on ne remarque dans la nature et qu'on juge artistiques parce qu'elles rappellent ces déhanchements auxquels se livrent les modèles italiens quand ils sollicitent des seances.*

¡Ay! Esos *déhanchements*, entre obscenos y estúpidos, son los que ahora dan á las mujeres una sucia torpeza de odaliscas que van rectificando la estabilidad del torso sobre una y otra pierna á cada paso. O la afectación de los maniqués en las salas de exhibición de los modistos dan á las falsas elegantes la norma de indolencias profundamente ridículas.

En cambio, los dibujos de los maestros, esas bellas revelaciones de los secretos rítmicos que atesora el cuerpo humano moviéndose libremente ser-



"Mujer muerta", apunte



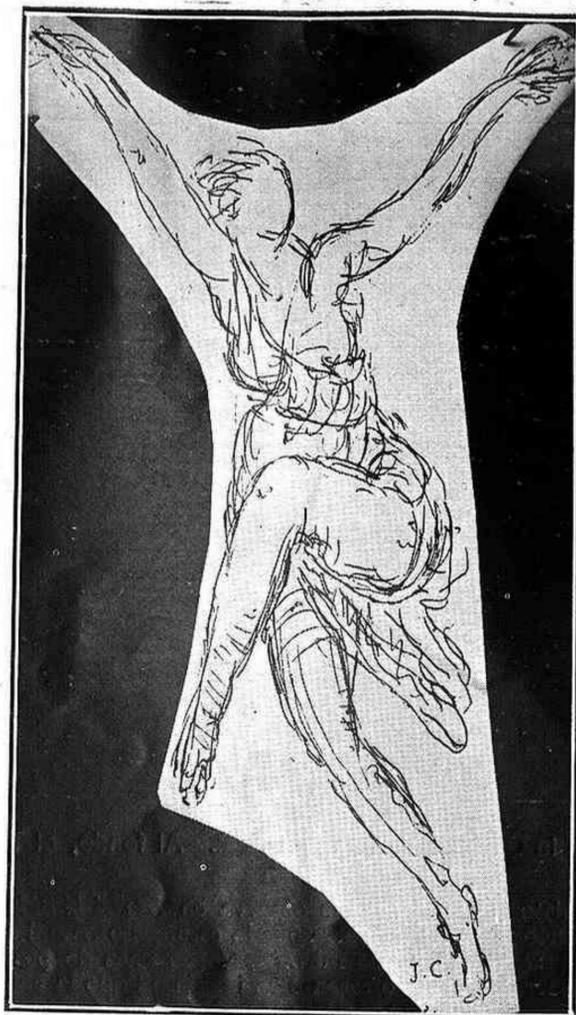
Dibujo á tinta y lápiz

virían para educar esos movimientos, haciéndoles conscientes sin preocupación ni gregaria monotonía, en un retorno á normas clásicas, en lo cual la escultura es el arte que con más limpidez y pureza transmite á las miradas modernas.

Clásico y coetáneo es Clará. La sensibilidad actual animando cánones antiguos. Las figuras de danzarinas, las estatuas de diosas, la paganía fragante de los desnudos castos ó sensuales que José Clará va incorporando á la escultura española con un valor de universalidad están concebidas y ejecutadas ante la mujer de su tiempo que conserva la eternidad rítmica transmitida por las mujeres de los buenos siglos arcaicos.

III

Entresacamos de los álbumes—sin elegir, porque toda selección no significaría sino preferencia personal, ya que cualesquiera de estos dibujos contie-



«Isadora Duncan», apunte

ne valor cualitativo—unas cuantas evocaciones femeninas: nobles ímpetus de danza, deserezos voluptuosos de torsos palpitantes, testas de serena majestuosidad, dorsos de moliciosas y felinas reminiscencias, matroniles gallardías ó pubescentes gracilidades.

Todo Clará está en uno solo de estos dibujos. Su maestría técnica, su depurado intelectualismo, «su angustia reabier.» por el deseo de no desapro-



Dibujo á pluma

vechar en lo transitorio la posible permanencia.

Resumen, además, las series de motivos homogéneos: las danzas de Isadora Duncan y de Aurea, verbigracia, que el artista supo «absorber» con la pluma y el lápiz hasta lo más profundo y lo más ligero. Los regazos de amable concavidad, al descansar sobre las piernas dobladas y entre los brazos que buscan la cabeza inclinada sobre una fontana, un espejo ó simplemente la tierra matriz de la carne viva; miembros expresivos en su función animadora del torso; el otorgamiento al cuerpo del lenguaje de las pasiones y de los sentimientos que se consideran sometidos nada más que al rostro, «espejo del alma».

La vida, en fin, resuelta con unos cuantos trazos singulares de pluma ó de lápiz que sintetizan bellezas externas y emoción íntima: fórmula única del arte.

José FRANCES

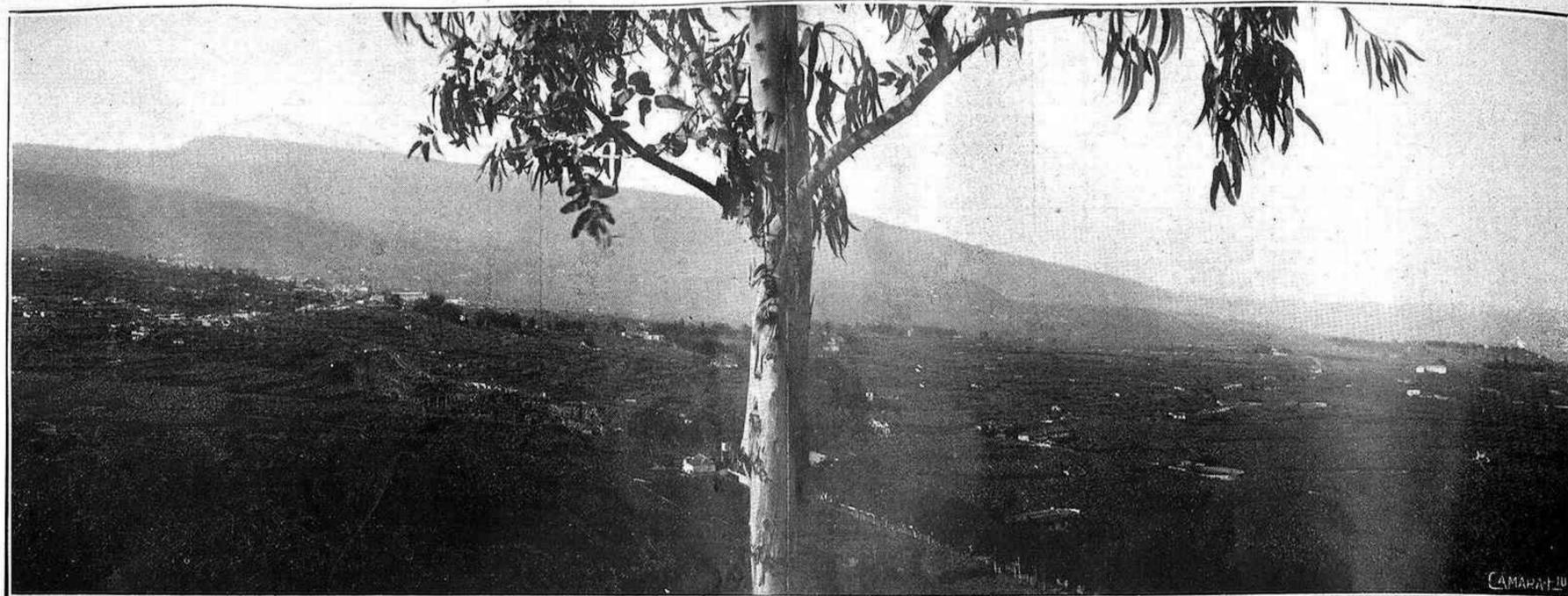


«Estudio», dibujo á pluma y lápiz



«Maternidad», dibujo á pluma

LA ATLÁNTIDA Y LAS AFORTUNADAS



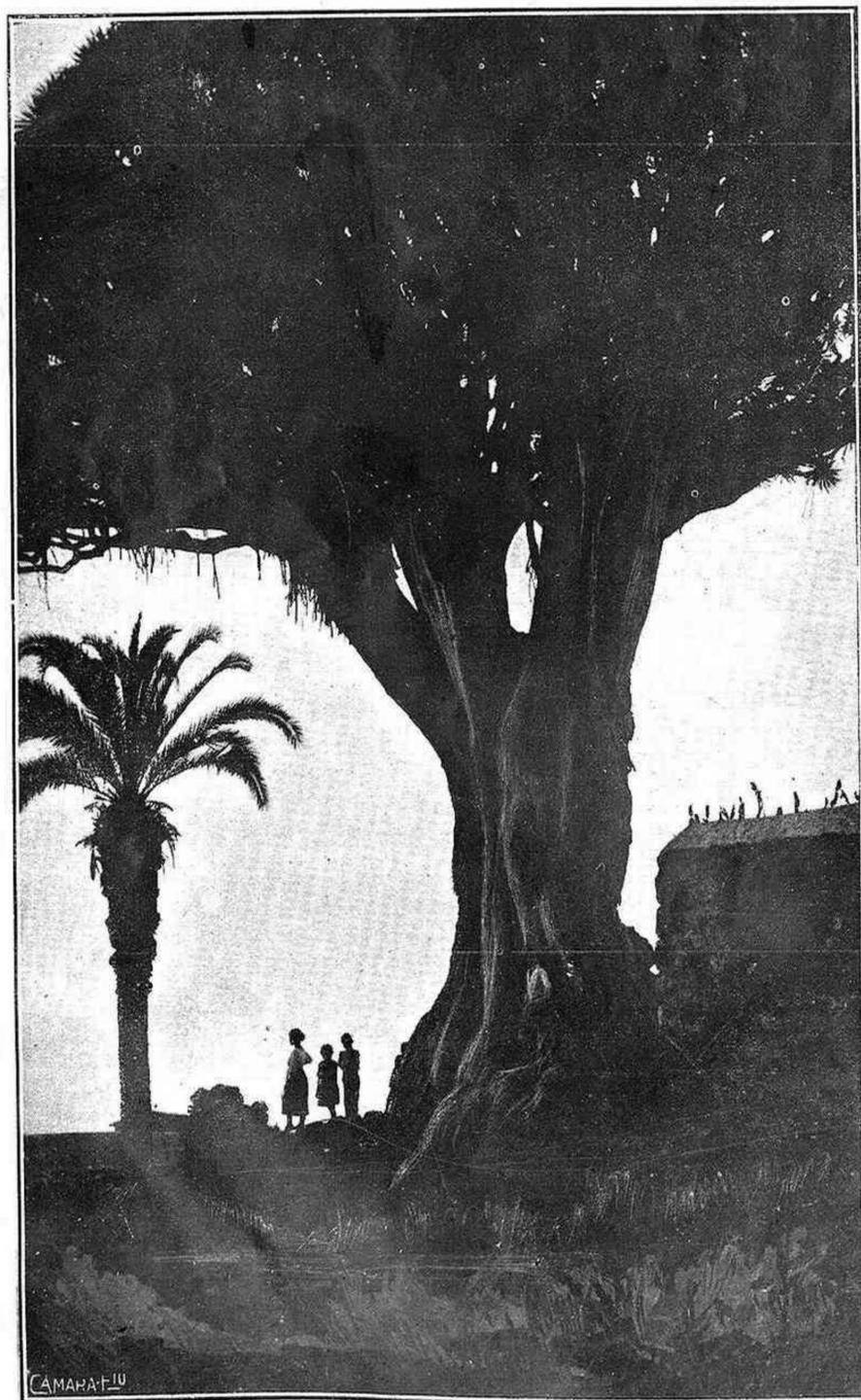
El valle de la Orotava, de fama mundial.—Al fondo, el Teide nevado

SE acusa ahora un luminoso movimiento de curiosidad hacia las más remotas civilizaciones. Los recientes descubrimientos arqueológicos y los hallazgos de manuscritos que nos hablan de edades muertas han sido parte á combatir el escepticismo que envolvía á estas sugerencias de la Pre-

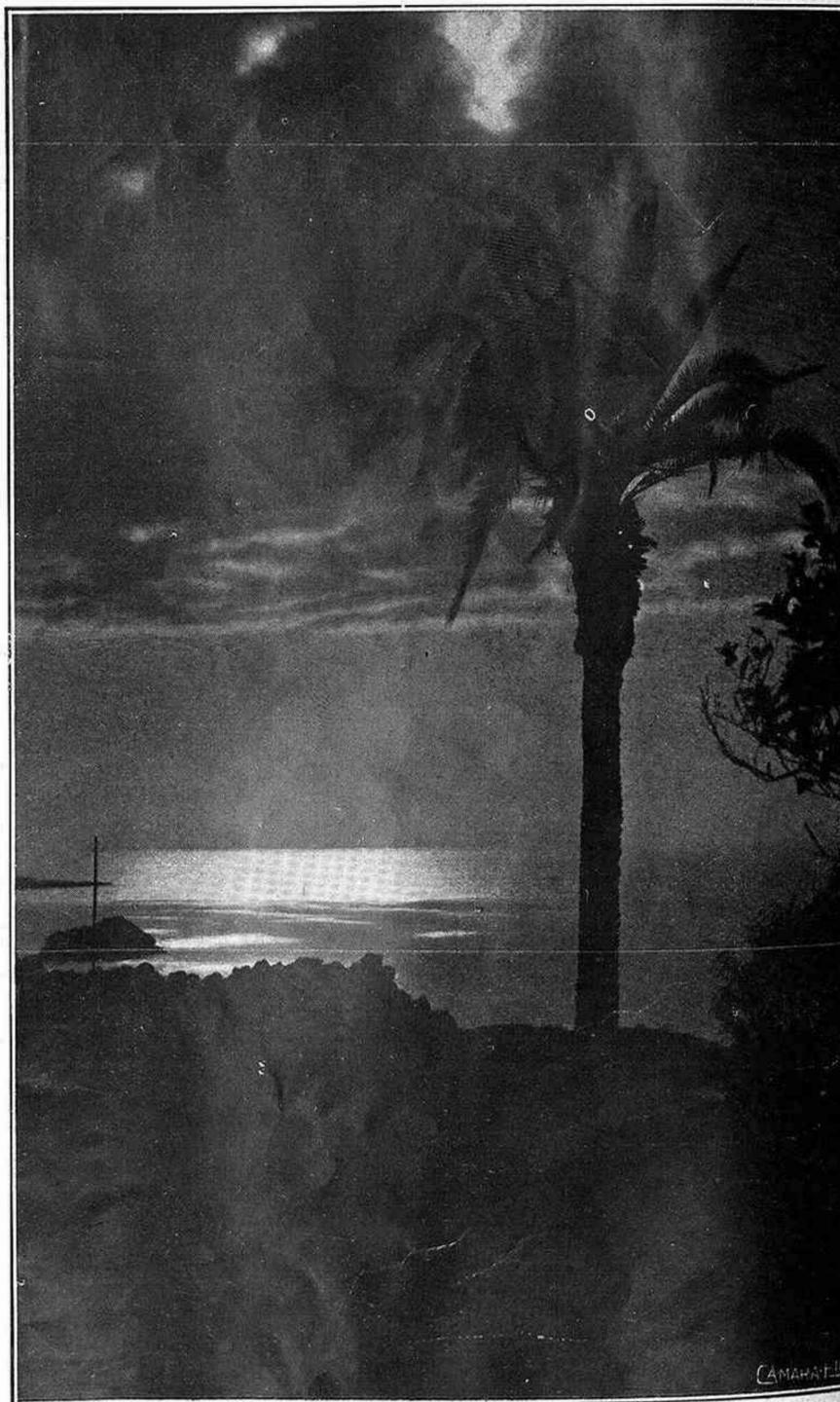
historia. Acaso, como observa en *Las Atlántidas* Ortega y Gasset, corresponda este gesto actual al desdén con que se miran los problemas de post-guerra, que no ofrecen otra inquietud que la enojosa y árida que sugieren los temas políticos y económicos.

Sea cual fuere la razón, que no es descubrirla nuestro intento, es consolador señalar esta movilización de actividades alrededor de problemas que hasta ahora sufrieron la intercepción nebulosa de la leyenda, el misterio y el silencio.

En cierto modo, esta desviación hacia otras cul-



Tenerife.—El dragón Milenario



Paisaje tinerfeño. Puesta de sol

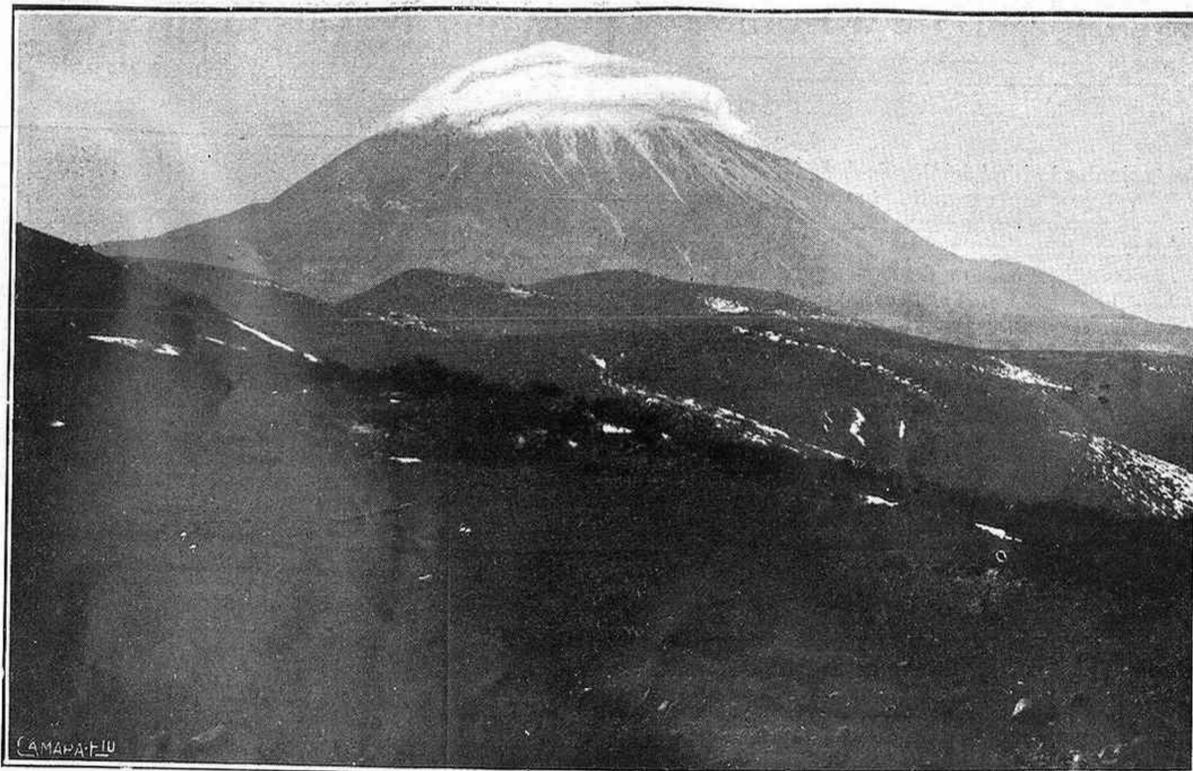
turas de nuestra atención tiene un filial parentesco con las modernas concepciones revolucionarias de Wegener, Freud y Einstein (La deriva de los continentes, El Psicoanálisis y La Relatividad). Muévase esta curiosidad—y seguimos oyendo la autorizada voz de Gasset—en direcciones distintas, pero de una homogénea intención. La Prehistoria, El descubrimiento de las civilizaciones del Extremo Oriente, La etnografía de los pueblos salvajes y La solución del problema de las Atlántidas. Es tal vez La Atlántida del relato de Platón el más sugestivo de los problemas planteados. Poetas y filósofos, desde Homero á Verdaguer, se han inspirado en el mito platónico. Menguada solución sería la de su inexistencia, pues en cuanto se alzara una concepción científica de una Atlántida de fundamento exacto, distinta de la platónica—atendiendo á Wegener—, perdería la Humanidad la más bella de sus leyendas y un poco del derecho á soñar.

Demandan nuestra atención tres diversas facetas en el problema de la Atlántida. Una, la existencia en épocas prehistóricas de una disposición continental distinta de la actual; otra, la posibilidad de ajustar aquella constitución de la tierra al mito platónico; y, finalmente, la de que el archipiélago canario sea resto de esa Atlántida. La primera está suficientemente probada. Nos lo asegura Fernández-Navarro recordando á Termier, Bertrand, Unger y otros. Por otra parte, las noticias que de los persas y egipcios se poseen, la narración de Moisés y la Leyenda platónica, coinciden en señalar un cataclismo que conmovió profundamente toda la tierra.

En el examen de los otros dos extremos vemos cómo la generalidad de los escritores grecolatinos confirman la existencia de la Atlántida á tiempo que consideran á las Islas Afortunadas como restos de aquélla.

En sus diálogos de *El Timeo*, Platón, refiriéndose á una época en que el mundo no había sufrido «las grandes destrucciones del fuego y de las aguas», se podía atravesar el mar Atlántico, porque se hallaba en él una isla frente á la apertura que se llama «Las Columnas de Hércules», cuya isla era más grande que la Libia y el Asia juntas». Luego, en *El Critias*, hace la descripción de la isla, pintándola como un delicioso vergel.

Homero pronosticaba á Menelao que «los dioses le enviarían á los Campos Eliseos, que están en lo último de la Tierra, donde pasan los hombres una vida tranquila y dulce, sin experimentar nieves, inviernos rígidos ni lluvia, sino un perenne aire fresco, nacido de las respiraciones de los céfiros que el Océano exhala». Recordando que las «Columnas de Hércules» se consideraban el final de la Tierra, se advertirá la semejanza de este paraíso que pinta Homero con la descripción también paradisiaca que cuatro ó cinco siglos después hace Platón de su Atlántida; y la identidad en situación, clima y belleza con las Islas Afortunadas que han descrito todos los viajeros de la Edad Media y el mismo geógrafo árabe El-Edrisi que las tituló Al-Kaledat (felices). A la vez que Homero, relata Hesiodo que se hallaban los Gorgadas ó Gorgonas (las Afortunadas) «en la parte de allá del Océano, en las extremidades del mundo y cerca de la morada de la noche». Y Herodoto en sus *Viajes*, nombra á las Gorgades como restos de la Atlántida, en ocasión de referirse á los exploradores fenicios que



El Teide, coronado por las nubes

fueron enviados á aquellas islas por Nicho, rey de Egipto.

Aristóteles, y más tarde Diodoro Sículo, apoyan la teoría platónica describiendo las Islas Afortunadas como herederas de la antigua Atlántida, con motivo de una expedición cartaginesa. Declara Plauto á su vez que «el destino de los buenos se halla en las Islas Afortunadas».

Horacio escribe: «El Océano que rodea los Campos bienaventurados es lo único que aún nos resta.» Recuérdese que las Afortunadas denominábanse también «Bienaventuradas» ó «Felices». Asimismo Virgilio habla de las Afortunadas como paraíso atlántico cuando en la *Eneida* induce á Mercurio á que prosiga el viaje que para Italia tiene emprendido.

Plinio el Joven, en sus *Viajes*, afirma que las Afortunadas son las auténticas Gorgonas, hijas de la milenaria Atlántida, cuya existencia asegura. Del mismo modo Plutarco y Ptolomeo confirman la existencia de la Atlántida en el mismo lugar en que se hallan las Afortunadas. Y, en fin, participando de la misma opinión, podemos citar á Estrabón, Marcello, Praelo, Ptolinio, Josefo, Eustaquio, Lucio Floro, Pomponio Mela, Solino y Marciano Capela, entre otros muchos escritores griegos y latinos.

Y llegamos á la época en que el descubrimiento de un nuevo continente modifica concepciones arbitrarias de la cosmografía comunicando calor de realidad á mitos y leyendas. Fray Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias*, refiriéndose á la Atlántida, dice que es posible sea la América parte de ella; y en cuanto á las Afortunadas, agrega: «No contradice esto estar las Canarias, que los

antiguos llamaban «Fortunadas», en el camino porque podrá también haber sido que las Islas Canarias fueran parte de la misma Atlántida, y aun de allí les hubiese venido el nombre «Fortunadas» por la felicidad de la tierra.»

A partir del siglo xv, en que las Islas Canarias fueron agregadas á la Corona de Castilla, las facilidades de comunicación entre este archipiélago y Europa determinaron un estudio detenido de su suelo por todos los sabios que han acometido el estudio de la Atlántida, pudiendo asegurarse que hasta finalizado el siglo xix las conclusiones no pudieron ser más favorables para la causa de las Afortunadas, quedando hasta entonces en el usufructo de la herencia platónica.

El geólogo danés Federico Kle, en su original teoría de *Cambio de polos*, justifica la existencia y desaparición de la Atlántida, señalando á las Canarias como resto de aquélla. Prosperó esta teoría, defendiéndola sabios tan eminentes como Oersted y Bacherpon.

Buch y Humboldt estudian á las Canarias en relación á la teoría de ambos «los cráteres de levantamiento». Humboldt, ante el majestuoso Teide tiernerfeño y teniendo á sus pies el famoso valle de la Orotava, asegura hallarse frente al más bello paisaje y en el mejor clima del planeta, declarando que sus convicciones científicas se fortifican en estas islas, único paraje en que la leyenda cobra prestigio y realidad.

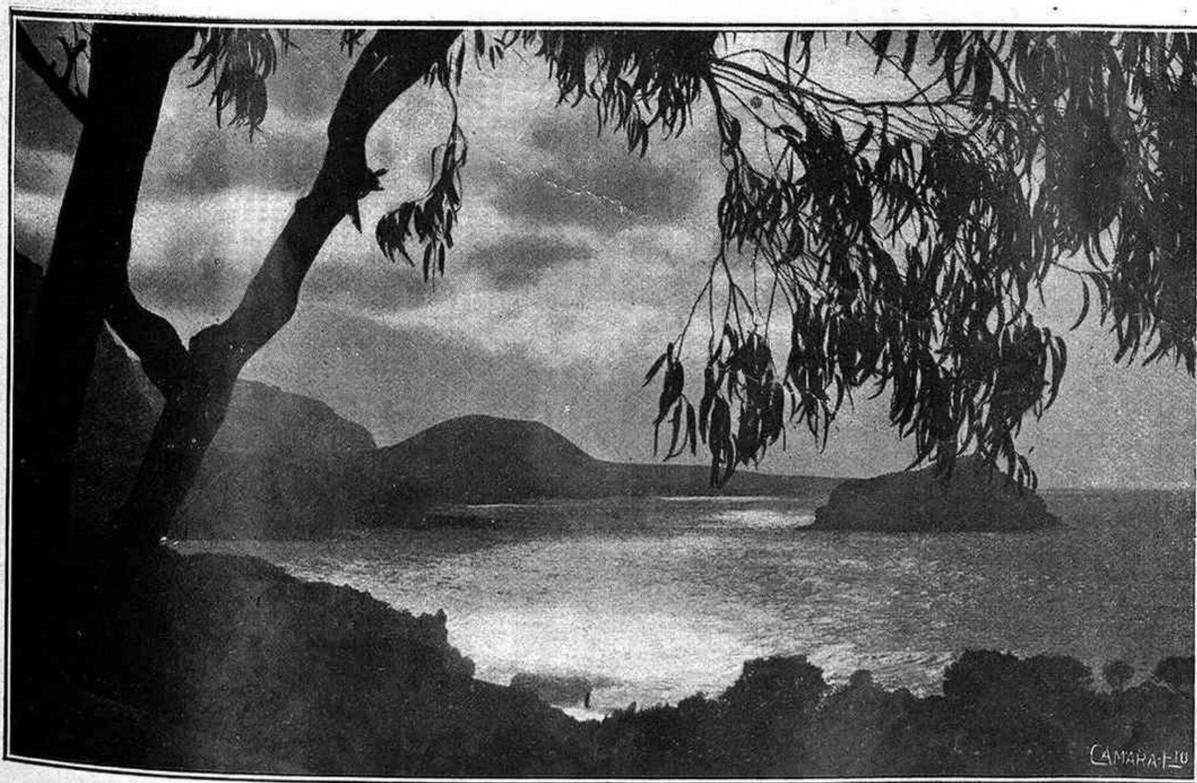
Viera y Clavijo, Verneau, Cordier, Barker Webb, Berthelot, Calderón, y, en fin, cuantos afrontaron el estudio del problema en sus diversos aspectos, han desfilado por las Canarias hallando cada cual nuevos rayos de luz que han ido aclarando esta nebulosa cuestión atlántida.

Hasta que un incansable y sabio geólogo español, recientemente ingresado en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, D. Lucas Fernández Navarro, dedícase casi exclusivamente al estudio de las Islas Canarias, agrupa en más de veinte obras la más completa historia geológica del archipiélago y destruye la poética leyenda de Platón. Mal enemigo—por su autoridad—hemos hallado los creyentes; pero cabe el consuelo de oírle á él mismo, en su disertación, estableciendo las modificaciones que la teoría de Wegener introduce en el problema de la «Atlantis Platónica» y en la Historia geológica del archipiélago canario, declarar que únicamente cree hallar una posible nueva explicación del mito (rayo de luz acaso en las tinieblas seculares del problema) aportada por la reciente teoría de Wegener sobre «la deriva de los Continentes».

Además, tan inconsistente es todavía la base para la investigación de este problema y tan diversas las opiniones de los geólogos contemporáneos, que no es fácil vaticinar la solución del litigio. Anúnciase para este año la celebración en Madrid de un Congreso internacional de Geología, y en su programa aparece, apuntado con preferencia, este tema. Realizarán los congresistas una excursión á las Islas Canarias, y de sus conclusiones quizá se deduzca un nuevo cauce del proceso.

Entretanto, tal nuestra intención única, felicitémonos del prestigio que recobra la cuestión de la Atlántida, tan sugerente y rica en matices.

ALONSO HERNANDEZ



Puesta de sol

LA CATEDRAL DE LEÓN

AL ir desde Madrid llegáis á León en la noche, y no podéis ver, por la sombra de la noche, el magnífico golpe de vista que ofrece la ciudad dominada por la Catedral esbeltísima.

De la aglomeración de casas surgen triunfadoras las torres esbeltas del templo. Si el sol cae sobre aquel suelo castellano, veréis la Catedral como incendiada, como aurificada por las llamas del astro. El templo brilla como una joya á los besos de la luz.

Pero si bella es la Catedral leonesa, vista desde fuera, lo es aún mucho más en su interior. El arte ojival alcanza aquí su máxima belleza y su más airosa elegancia. El arte de los siglos medios, tan espiritualista, parece sobrepasar su utilización en el templo leonés, que es una de las más valiosas reliquias en la gloriosa arquitectura castellana.

•••••

Podrán aventajar algunas catedrales á ésta de León en su aspecto exterior; pero en el interior el templo es un verdadero prodigio de elegancia y de gracia que difícilmente pueden encontrar comparación.

La nave central, el crucero y la girola, ceñidos por el resplandeciente cinturón del triforio, y coronados por el mar de luz y la magnífica policromía que desbordan de los ventanales y los rosetones, ofrecen un golpe de vista realmente incomparable. La luz ofrece prodigiosos cambiantes y maravillosos tonos al llegar desde lo alto á la Catedral, y resbalar por las paredes y besar el suelo y posarse en los altares.

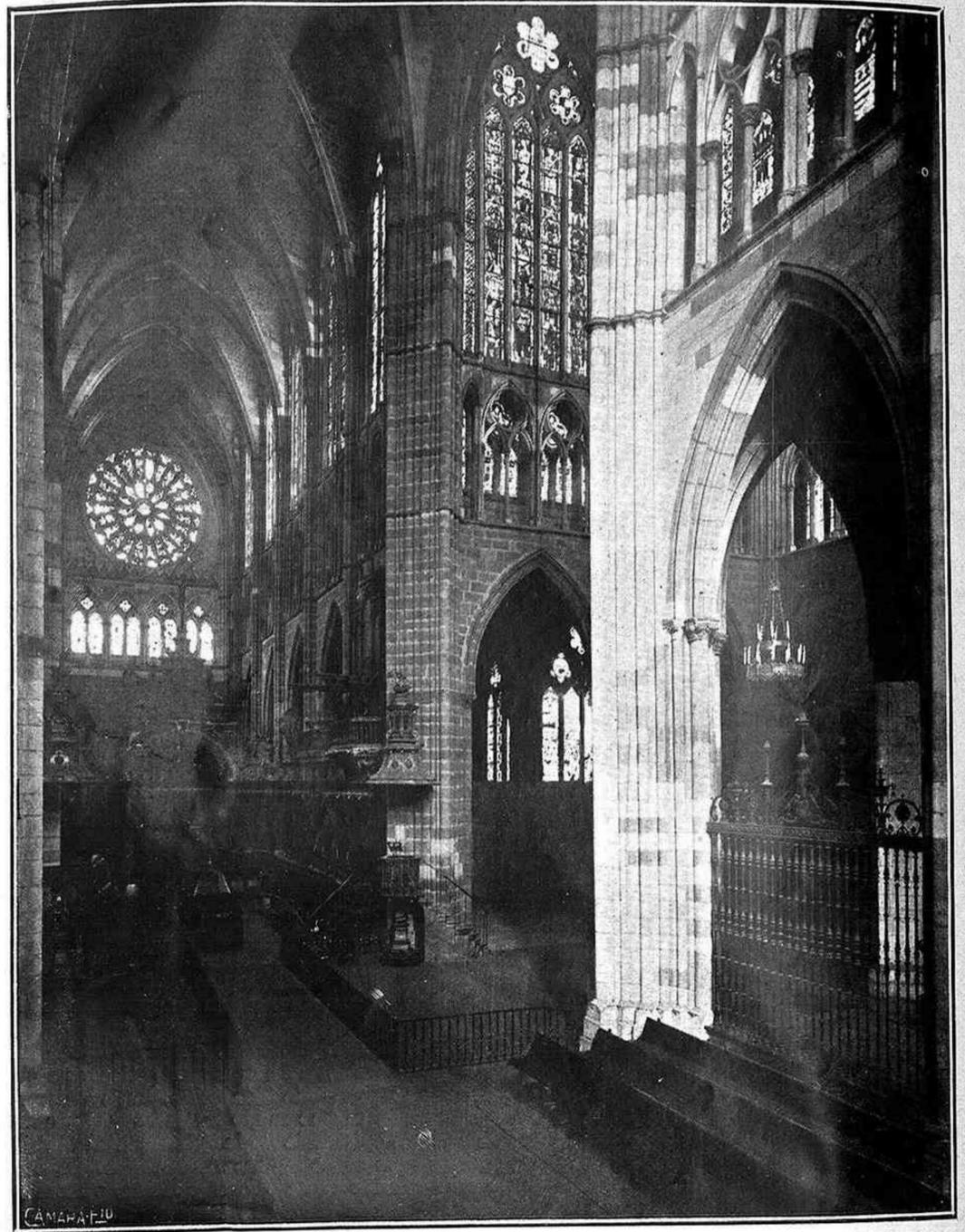
El templo es, á la vez, un modelo y una síntesis del arte gótico en su momento de más esbelta elegancia. Y hay que tener en cuenta, para dar la debida importancia al edificio, que éste ha padecido, desde larga fecha, grandes restauraciones y ha atravesado innumerables vicisitudes y crisis artísticas que han puesto en peligro gravísimo su existencia é integridad, estimándose casi milagroso que tan múltiples reformas, adobos, reparos, cortes y añadidos no hayan terminado por desnaturalizarla totalmente.

•••••

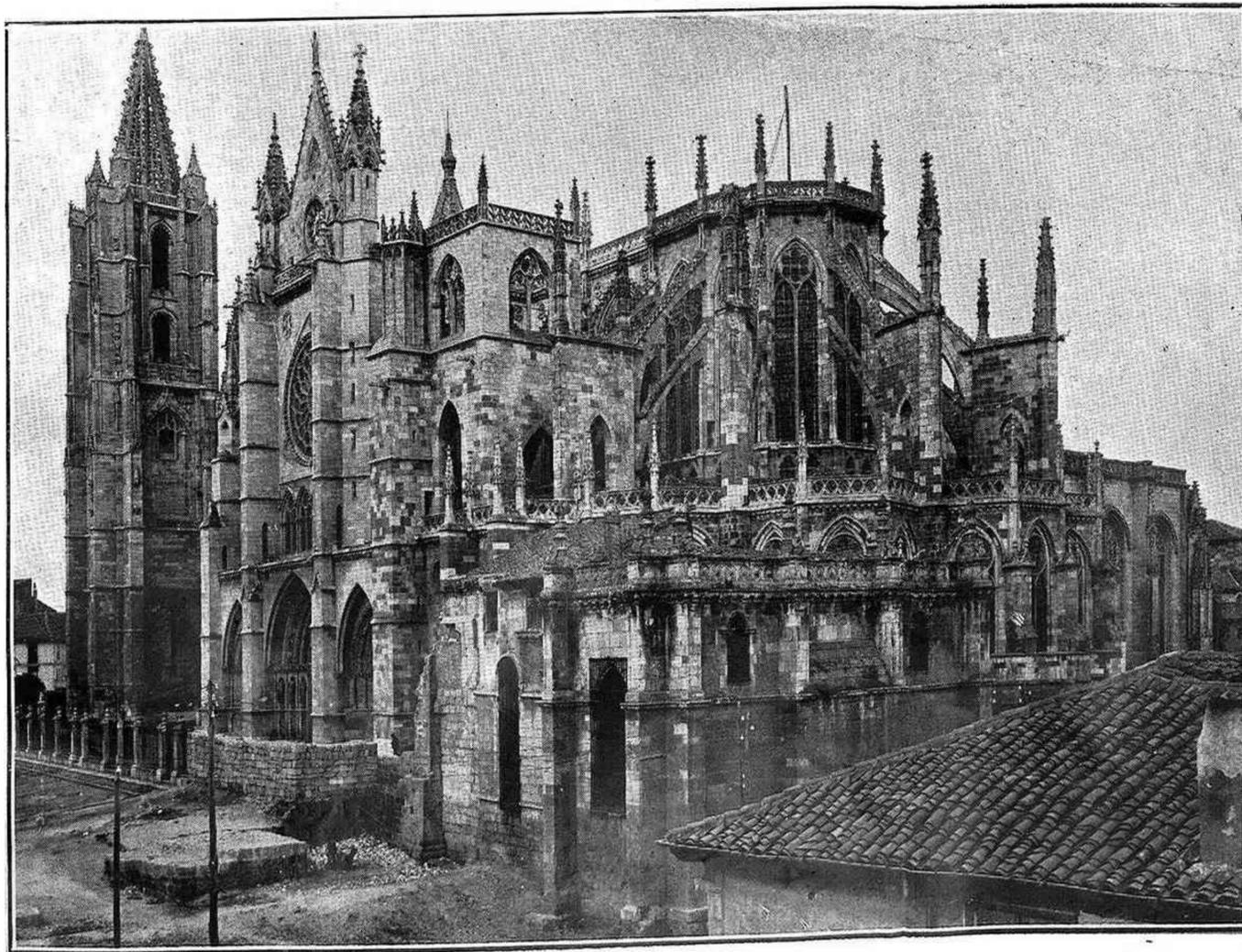
La planta de la Catedral es de cruz latina, con tres naves, gran crucero, ábside circular y girola con nueve capillas. Tiene, á lo largo, noventa metros, y á lo ancho veintinueve.

Las naves laterales miden 35,50 de largo por 5,20 de ancho y 12,40 de alto. La gran nave central tiene 75 metros de largo por 10,50 de ancho y 30 de altura á la bóveda de crucería, sostenida por doce esbeltos y finos pilares. Entre éstos se abren los ventanales, haciendo las pilas el efecto de bastidores de las vidrieras que rodean todo el templo, de arriba á abajo.

El verdadero prodigio de la Catedral es este de las vidrieras, que son ascuas maravillosas de luz y de color. No tienen más muro ni más piedra que los delgados intercolumnios y maineles que sirven de marco á los bellos vidrios policromos. El estilo gótico llega aquí al límite en su tendencia hacia la



Nave central de la Catedral de León



Angulo Sudeste de la Catedral de León

delgadez, la finura y la espiritualización. Todas las masas están suprimidas y todo es de una admirable transparencia.

Hay tres zonas de ventanales, y en ellas va ascendiendo progresivamente la tonalidad. Obedece, innegablemente, á un fino sentido artístico, pero también, muy posiblemente, á un afán espiritualista y simbólico.

En las naves laterales, la zona inferior, la más oscura, ofrece en sus paneles la Naturaleza, la vida pobre, los dolores humanos, las pasiones terrenas. Después, en el triforio, brillan el honor, el heroísmo, las grandes acciones que justifican todos los blasones heráldicos.

Pero más arriba, en la zona alta, en el cielo, brillan la santidad, la virtud y la gloria en las palmas de los mártires, en las filigranas de los profetas, en los nimbos de los ángeles, todo ello centrado y presidido por los grandes rosetones, que evocan la bienaventuranza celeste.

Unas horas en el templo leonés equivalen á sentir una emoción honda; una que empieza por las pupilas, deslumbradas ante aquel derroche de luz y de color; que sigue por la boca, muda ante tanta majestuosa elegancia, y que llega al espíritu, absorto ante aquella belleza y aquella espiritualidad que surgen de todos los rincones de la gloriosa Catedral leonesa.

JAIME MARTIN VILLAR

EL NOBLE E INGENUO CAMILO DESMOULINS

TENÍA una nariz sobrado larga, que iba ensanchándose hacia la punta; boca grande, labios gruesos, barbilla puntiaguda, ojos que parecían abrirse con esmero bajo unas enormes cejas, y una frente alta, como un torreón, sobre la que caían los retorcidos bucles de su romántica melena.

Llegó a París el 85 con un título de abogado bajo el brazo, unos versos muy malos en los bolsillos y toda la ilusión de que es capaz un muchacho de diez y nueve años. La capital no le recibió con benevolencia; sus pobres versos no hallaron acogida cordial por parte de ningún editor, y su voz vacilante de tartamudo no era la más a propósito para obtener notoriedad en el foro. Su vida estudiantil había sido brillante, y el señor de Viefville des Essarts debió felicitarle más de una vez por haber gestionado la admisión en las aulas de *Luis el Grande* de aquel alumno tan aprovechado. Desenvuelto, cariñoso, incluso turbulento, su alada ligereza contrastaba singularmente con el ceño adusto y el gesto retraído de su amigo y condiscípulo Maximiliano Robespierre.

Su estancia en París se le hacía más dura de día en día; vegetaba el desgraciado joven, desorientado e inquieto, resolviendo á duras penas el presente y lleno de crueles dudas respecto al porvenir.

Camilo, en su bohemia, había identificado su alma con la del pueblo. Cuatro años de pisar el fango de la villa y de recibir en el rostro las basuras despedidas por las carrozas, de sentir el agobio de una vida sin porvenir, entristecen el alma e inclinan á la meditación. La insolencia aristocrática y las miserias del pueblo le sublevar. La capital es un centro de corrupción, en el que la monarquía, enemiga por naturaleza de las costumbres, sólo procura depravar á los ciudadanos, enervar el sentimiento nacional, bastardearlo multiplicando en torno á la juventud las emboscadas de la seducción, las facilidades del desenfreno, sitiándolos de prostitutas.

Esta reacción contra el ambiente le identifica más con los humildes. La tiranía de Luis XVI no era feroz, sino deletérea. Era la tiranía de la limosna, de la real sonrisa apacible, de la sencillez democrática que hacía confundirse al buen monarca con su pueblo adorado. Era la arbitrariedad en el gobierno, el dominio de las camarillas, el desenfreno en la administración, el abuso insostenible del señorío, el duro y concienzudo esquilmo del país productor.

La Hacienda en crisis, completamente arruinada, no tenía más solución para aquellos favoritos de la Reina que aumentar los tributos, recargar las abrumadas espaldas del pueblo con nuevas gabelas, hacer que el trabajador cayese maldiciendo la vida.

En las primeras horas de la tarde del 12 de Julio de 1789 más de diez mil parisienses, consternados los unos, enfurecidos todos, discutían apasionadamente en los jardines del Palacio Real. La camarilla había obtenido una nueva victoria, y Necker, el ministro popular, había sido expulsado. Los amigos de María Antonieta, aturridos un momento por los primeros actos de la Asamblea Constituyente, alzábanse orgullosos y retaban con absurda insolencia al país y á los que deliberaban en Versalles.

Hervían aquellas almas ante el fracaso de las reformas anunciadas. Iba y venía la multitud con la impaciente cólera de un león enjaulado. Algo ha-



CAMILO DESMOULINS

bría que hacer; pero ¿qué? De pronto un joven sube resueltamente á una mesa, habla con voz arrebatadora, recoge la protesta latente y la da forma; pide á cuantos le escuchan que se armen para defender el derecho del pueblo, y uniendo á la palabra un gesto, que á fuerza de ser ingenuo es sublime, traza un programa y consagra una bandera.

Dos días después la epopeya revolucionaria daba principio con la toma de la Bastilla.

El tribuno que electrizó á las masas congregadas en los jardines del Palacio Real era el ex alumno de *Luis el Grande*, abogado sin pleitos, orador tartamudo y poeta rampolón.

Era Camilo Desmoulins.

Feo, conquistó el amor de una hermosa mujer; pobre, obtuvo el beneplácito de un suegro rico; anticlerical y «descamisado», encontró el apoyo de un abate; torpe en la exposición hablada de sus teorías, alcanzó siempre en la tribuna la atención del auditorio; impropio para la lisonja y propicio para renegar de los falsos ídolos, sus ataques violentos no evitaron que Mirabeau, Orleans, Danton, Robespierre buscasen su amistad...

Es que Camilo era la persona más encantadora de la época. En aquel revuelto período que dió á luz individualidades tan gigantescas era él una feliz amalgama de espontaneidad, de simpatía, de misticismo, de fervor igualitario. Candoroso como un niño, sufría arrebatos de pasión que le hacían admirable y temible. A veces tenía la crueldad de los ingenuos, esa crueldad de que ellos mismos se horripilan cuando recuerdan sus actos de embriaguez pasional. Y es que «cuando se quiere hacer á lo: hombres buenos y discretos, libres, moderados—

dice el agudo *Jerónimo Coignard*—, se ve uno impelido fatalmente á quererlos matar á todos».

Camilo no era un agitador vulgar. Hombre de esmerada cultura, en la antigüedad clásica buscaba el tronco de las ideas modernas, y en el estudio de Tácito y de Cicerón apacentábase su espíritu, el cual á veces se escapaba de la realidad para buscar en el ensueño de una República ateniense un régimen sin odios, con mucho amor y con un pórtico de rosas de embriagable fragancia.

No le asustaba la novedad; antes bien, la buscaba con amorosa inquietud. Cuando los que habían de ser, pasado el tiempo, furibundos convencionales vacilaban ante el dilema de las formas de gobierno, declarábase Camilo republicano. Bajo una versatilidad aparente, su consecuencia política parecía cimentada en dura roca. Efusivo, franco, ingenuo, la vivacidad de su carácter le hizo incurrir en no pocos errores. Su ágil pluma de polemista defendía ó atacaba á un mismo hombre, según el aspecto bajo el que se le aparecían sus actos. «No cambia la veleta, sino el viento»—decía á los que criticaban estos cambios de ideas.

Su error máximo fué el panfleto contra Brissot. Pena da que un corazón tan puro como el de Desmoulins durmiese en tanto que el cerebro del polemista redactaba tan feroz é injusta acusación. No se dió exacta cuenta de lo que había hecho hasta tocar sus consecuencias. Vió cómo los jacobinos esgrimieron sagazmente contra la Gironda su argumentación capciosa del libelista; vió que por su culpa aquellos espíritus generosos acababan en el cadalso...

La encantadora criatura sintió horror de sí mismo.

Desde entonces todo su esfuerzo se endereza á acabar con el terror.

Con la pluma elocuente y con la palabra torpe combate sin cesar la locura sangrienta. El furioso Hébert, el frío Robespierre, el iluminado Saint-Just, observan intranquilos el cambio de Camilo.

La muerte le accecha, pronta á devorarlo si persiste en su ideal humanitario. Tiembla Lucila, su esposa; tiemblan sus amigos. Camilo mismo sabe cuánto expone en el juego. Pero los números del *Vieux Cordelier* siguen su ofensiva audaz, temeraria, contra el despotismo robespierrista, sin perdonar acto del temido Comité de Salud Pública, sin omitir nombre ni calificativo, irritando la vanidad del *Incorruptible*, derramando prodigios de ironía sobre los actos de los *integros*.

Camilo no era ambicioso y disfrutaba de la mayor felicidad que corresponde al miserable humano. En su hogar no había penuria económica y so- braba amor. Lucila le adoraba, y en Horacio, su hijo, cifraban los esposos sus más caras ilusiones. Mas el sentimiento del deber ahogó en Camilo el instinto de conservación.

El rayo desatado por las furias hirió mortalmente al primer republicano de su tiempo. La fría guillotina debió sobrecogerse al desprender la cabeza del noble mozo. Dicen que Robespierre, al decretar su muerte, sintió que se le contraían los músculos y que no pudo ocultar su dolor.

Con él se iban las más excelsas cualidades de la Revolución. Al desaparecer él se desencadenó la orgía sangrienta que había de acabar con la República.

Parecía que Camilo se había llevado á la tumba la sonrisa de Francia.

HERMÓGENES CENAMOR

VESTIGIOS DEL SIGLO XIII

Los restos del arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada yacen en el monasterio de Santa María de Huerta. Sus libros, manuscritos, en la Biblioteca Nacional, en la de El Escorial, en la de la Universidad, donde se guardan los preciosos códices que son maravillosas joyas. En cuanto a su obra, está en la historia. El arzobispo D. Rodrigo es el genio político que ganó la batalla de las Navas. De pocos hombres queda tanto como de este magnate, que

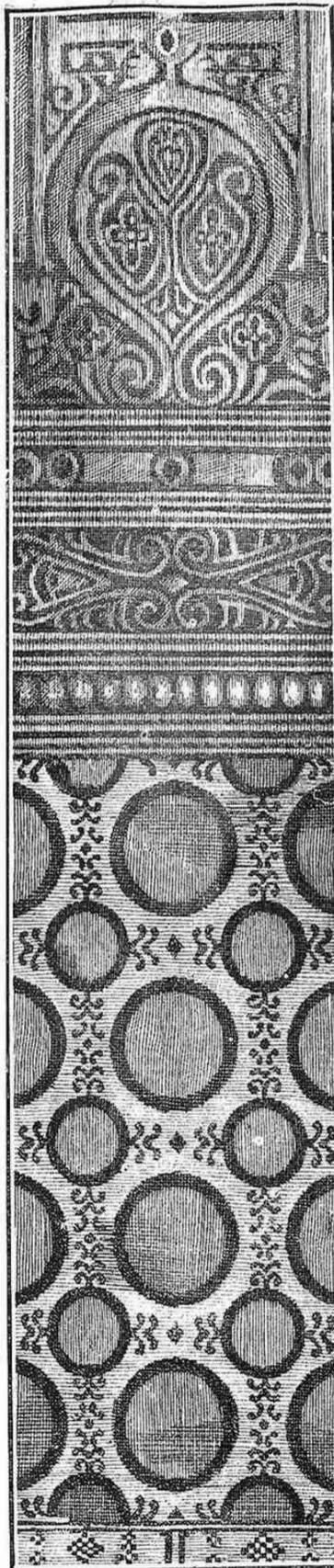


La tumba del arzobispo D. Rodrigo, como se vió en el mes de Septiembre de 1907

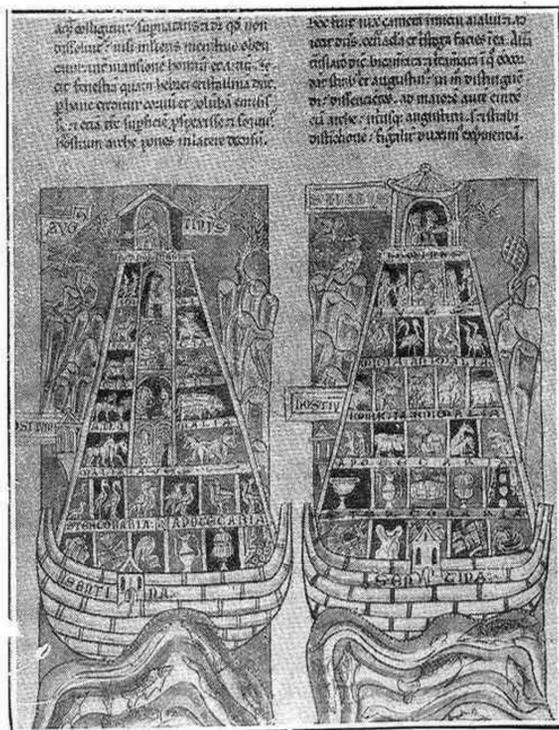
floració por los años de 1200, hace más de siete siglos. Quedan hasta las ropas que vestía, hasta la túnica árabe que llevó al sepulcro, y ésta, así como el conjunto de sus ricas vestiduras, han servido de estudio, como documento histórico y artístico de gran valía. Esa túnica iba debajo de un manto de sirgo, amplio, que antes fué blanco y los siglos han hecho de un amarillo de pétalo de rosa seca, brocado de seda, con dibujos árabes, geométricos, y contorneado con un ancho galón verdeazulado que remata en una línea, también de dibujo árabe, bordada en plata y seda negra. El manto va guarnecido por dentro con una ancha banda de zarzahn rojo. Una caída ó cingulo de seda blanca, lisa, con ligera cenefa completa la ornamentación.

Pero lo más admirable es la túnica, que también fué blanca, con dibujo de relieve y una ancha fimbria, en mosaico, calcado de rojo, verde, azul, negro y blanco, con fondos, perfiles y lacería de oro. El libro del marqués de Cerralbo sobre el monasterio de Huerta—que utilizo para estas breves líneas de divulgación—describe minuciosamente la traza de esta maravillosa vestidura, cuyo adorno comprende reales metálicos, en oro de Samos.

Acaso no hay en el mundo otro traje completo del siglo XIII como este del arzobispo D. Rodrigo. Se ha conservado maravillosamente, á pesar de diversas exhumaciones, así como el mismo cadáver se ha librado de descomposición. Por esto, y también por las favorables condiciones del emplazamiento del sepulcro, los siglos han respetado las vestiduras, que, sin duda alguna, son las más suntuosas que se conocen, más que la del Infante don Felipe, quinto hijo de San Fernando, que también son muy ricas. El marqués de Cerralbo advierte, sin embargo, que hay otras telas, de épocas anteriores, de más mérito y valor arqueológico y artístico que éstas; pero no en su época. Sólo ha de dejarse, por excepción, la maravillosa de la batalla de las Navas, que se admira en las Huelgas de Burgos. De tiempos más antiguos no podría competir con la innovadora original y riquísima capa de Carlomagno, tesoro de la Catedral de Metz, recamada de oro y de bordados». La seda es española, tal vez granadina ó almeriense, tejida en estos telares ó en otros que los imitaron. Supone Ce-



Dibujo de la túnica del arzobispo don Rodrigo Ximénez de Rada



Miniatura del Códice "Breviarium Historiæ Ecclesiæ Catholice", escrito por el arzobispo D. Rodrigo en el siglo XIII, y que se conserva en la Biblioteca de la Universidad Central

UN ARZOBISPO DE NUESTRA EDAD MEDIA

ralbo que debía de ser granadina, porque entonces el rey de Granada era feudatario del de Castilla. En estas vestiduras exteriores no hay nada personal ni cristiano. Pero están el palio metropolitico, tejido en lana blanca de corderos, según la liturgia, con la tosca cruz negra, sobrepuesta; la mitra, de lino blanco; los guantes de grueso punto de aguja en seda azul, y las sandalias, de fino cordobán, con adornos bordados en perlitas de buen oriente y suela de corcho, ó



Parte inferior de la túnica del arzobispo D. Rodrigo, y con la que fué amortajado

fulmenta contorneada de galón azulado de seda y plata. Supone Cerralbo que todas estas espléndidas y valiosas prendas no eran de su uso, pues el arzobispo D. Rodrigo desdeñaba el lujo y la ostentación. Apuntaremos un detalle curioso: «Como ropas interiores se ven unas bandas de fina seda roja, que se arrollan á las piernas desde los tobillos y se sujetan con cintas en espiral, de la misma seda y color; unos singulares calzones de fuerte paño obscuro suben desde debajo de las calzas de seda y parece que no llegan aquéllos sino hasta la mitad de los muslos, sujetándose á la cintura por gruesos cordones, pendiendo después sus puntas por los lados.» Así lo especifica D. Vicente de la Fuente, que examinó el sepulcro en anterior exhumación y no vió allí ni «amito, ni roquete, ni alba, ni camisa». El marqués de Cerralbo no se atrevió á tanto: «Pero no me extraña—agrega—careciese de alguna de esas prendas, pues, según Federico Hottendh, la camisa no se generalizó en Europa hasta el siglo XVIII, añadiendo que la aparatosa y opulenta reina Isabel de Inglaterra, en el inventario hecho á su muerte, consta no tenia sino seis camisas, y Enrique IV de Francia apenas si le aventajaba en alguna; así como el que estando vestido tan de sedas el arzobispo no calzase medias de seda, cuando Jacquemin asegura que Enrique II de Francia fué el primero que las llevó para la boda de su hermana Margarita con Emmanuel Filiberto de Saboya.»

De pocos hombres ilustres quedan tantos vestigios como del arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada, según acabamos de ver. Pero queda, además, la obra, y entre ella la Historia de la Iglesia y la Historia Gótica. Del famoso códice guardado en la biblioteca de la Universidad Central va aquí reproducida una página con la curiosa miniatura del Arca de Noé. Semejante al códice de El Escorial—que no vino á la última exposición—, ésta es una de las mejores del siglo XIII. La *Estoria de los godos* la acabó el arzobispo el jueves 31 de Marzo de 1243, después de conquistada Córdoba, á los veintiséis años de reinar San Fernando y los treinta y tres de su prelaía. Se han hecho de ella varias ediciones.

MARTÍN BAYLE

LA MEMORIA DE COSTA

UN grupo de españoles residentes en la República Argentina han manifestado su desagrado hacia ciertos detalles que habrán de integrar el proyectado monumento á Costa, encomendado á un escultor ilustre. Esa voz de protesta, justa ó injusta bajo el aspecto estético ó sociológico, que es en el que más reparan nuestros compatriotas beneméritos, constituye de todas suertes una lección por demás elocuente para los indiferentes y para los desmemorados. Si hay un nombre español merecedor de verdadero culto entre cuantos sobresalieron en los treinta últimos años de la Historia Patria, ese nombre es don Joaquín Costa. Nadie como él experimentó los dolores de la Patria; nadie tampoco supo comunicárselos á los demás con la intensidad que los sintiera mediante la pluma ó la palabra. Fué un estadista tan eximio como los que ilustraron á la nación en el reinado de Carlos III, de feliz memoria. Su obra es tan grande que no ha sido todavía estudiada con el detenimiento que merece, y, lo que es más lamentable, tampoco ha sido aplicada ni aprovechada. Los grandes problemas nacionales encontraron natural albergue en su cerebro clarividente y poderoso. Nadie alcanzó á penetrar como Costa la psicología de nuestro pueblo; nadie tampoco estudió ni conoció con profundidad mayor la vida nacional desde las épocas más remotas. La colección completa de sus obras es un manantial inagotable de enseñanzas que en ningún otro tratadista español puede hallarse. Su laboriosa vida es el mejor ejemplo que puede ofrecerse á quien se sienta con las fuerzas y el temple de alma necesarios para influir en los destinos de la Patria.

En su postrer residencia en Madrid, Costa trabajaba en el Ateneo hasta doce horas consecutivas. No estaban habitados aquellos pupitres, ya casi históricos, á soportar labor tan ardua ni consecutiva por parte de los señores socios desde los tiempos del laborioso Moreno Nieto, ni tampoco á obreros intelectuales de tan eximia categoría. Aparte de los probos opositores que se desviven por dar satisfacción cumplida á los complicados cuestionarios que constituyen el nervio de la liza, menudean en la vieja Corporación los lectores superficiales de literatura amena, y asimismo los que amon-

tonan fichas y notas para trabajos complicados que nunca llegan á utilizarse. Oculta la enérgica cabeza entre dos ó tres informes pilares de libros, Costa ocupaba su sitio, que siempre era el mismo, porque lo respetaban todos los concurrentes á la Biblioteca, momentos después de mediodía para no abandonarlo hasta las once de la noche. No tomaba ningún alimento en tan dilatadas horas. Tan sólo se veían á su derecha dos copas, una de agua pura y otra en que diluía un poco de bicarbonato. Diríase que le sustentaba en medio de aquella labor tenaz la llama fecunda de su entendimiento. Costa daba la última mano en aquellas jornadas á

un libro, que no hemos visto entre sus obras publicadas, sobre los últimos años del paganismo en España, y era de ver y sobre todo de admirar el entusiasmo con que se documentaba para evitar el más leve anacronismo. Un día en que el correo trajo un libro que esperaba, Costa lloró de entusiasmo al cogerlo: era uno de los últimos volúmenes de las admirables *Antigüedades Romanas*, de Teodoro Mommsen, con el cual el maestro insigne esperaba aclarar algunos puntos importantes no dilucidados todavía por anteriores tratadistas.

La cultura de Costa en las antigüedades patrias era inmensa é insuperable. Fueron aquéllas la plena preocupación de

su espíritu, y sus obras lo atestiguan con elocuencia. En 1877 había publicado en Huesca una obra sobre la religión de los celtiberos, y en 1881, en Madrid, otra de sus obras capitales: *Poesía popular española y Mitología y literatura celtohispanas*. En su juventud aspiró á la cátedra de Historia crítica de España en la Universidad de Madrid, pero no la obtuvo, gracias al sistema de las ternas, tan injusto como absurdo, que se practicaba en aquellos días, á fin de favorecer á amigos y paniaguados. Se otorgó la cátedra á un caballero elegante en el vestir, cuyo nombre no recordamos, quien, por cierto, perdió el juicio á los pocos meses de alcanzar galardón tan inmerecido. Hablando con un hombre merísimo que formaba parte del Tribunal en aquellas oposiciones, el ilustrado arabista é ingeniero D. Eduardo Saavedra, le oímos enaltecer el saber de Costa y lamentarse hondamente de que no hubiera ingresado en la Universidad Central, donde su acrisolada ciencia y su desinterés á toda prueba le llamaban. Menester es convenir en que la justicia distributiva vive ó vivió bastante alejada entre nosotros de los lugares que debieran ser su natural asiento y aposento.

Fué un espíritu generoso que nació y vivió para aleccionar y encaminar á los demás por la buena senda. Sus contemporáneos le admiraron, y muchos de ellos llegaron también á temerle; pero nadie imitó su ejemplo. La obra que realizó será impercedera para cuantos se esfuerzan en penetrar y comprender los misterios del arte complicado de las ciencias políticas en sus aplicaciones inmediatas para el gobierno de pueblos.

C. R. SALAMERO

MAR LATINO



*Un amargor divino
me ha llenado la boca,
que estoy sobre una roca
y en la ribera azul del mar latino.*

*De nuestro mar fragante
que tiene, bajo un sol de fuego y oro,
el acorde sonoro
de un arpa resonante.*

*Un amargor divino
me ungió la seca boca,
y, bebiendo esta sal del mar latino,
me parece que apuro en la honda copa
de un dios dulce y pagano el loco vino.*

*De Dionysos, amable
dios de las vastas selvas, que en su flauta
pusó con voz afable
la música y la pauta
que es luz de nuestra vida imperdurable.*

*Un amargor divino
me ha llenado la boca,
que estoy sobre una roca
y en la ribera azul del mar latino.*

*Mi carne ya no siente
de su breve vivir las duras penas;
se cree libre, inmortal, y, sin cadenas,
dentro de ella presiente
la fecunda canción de las colmenas.*

*Abejas, sí, de oro
dentro del corazón; miel, sí, bendita,
blanca como el tesoro
de los senos de Venus Afrodita.*

*¡Soy joven; aún soy joven!—grito al viento,
á la mar, al azur, al sol, á todo;
y al gritar ¡aún soy joven!, con mi acento
purifico lo innoble de mi lodo.*

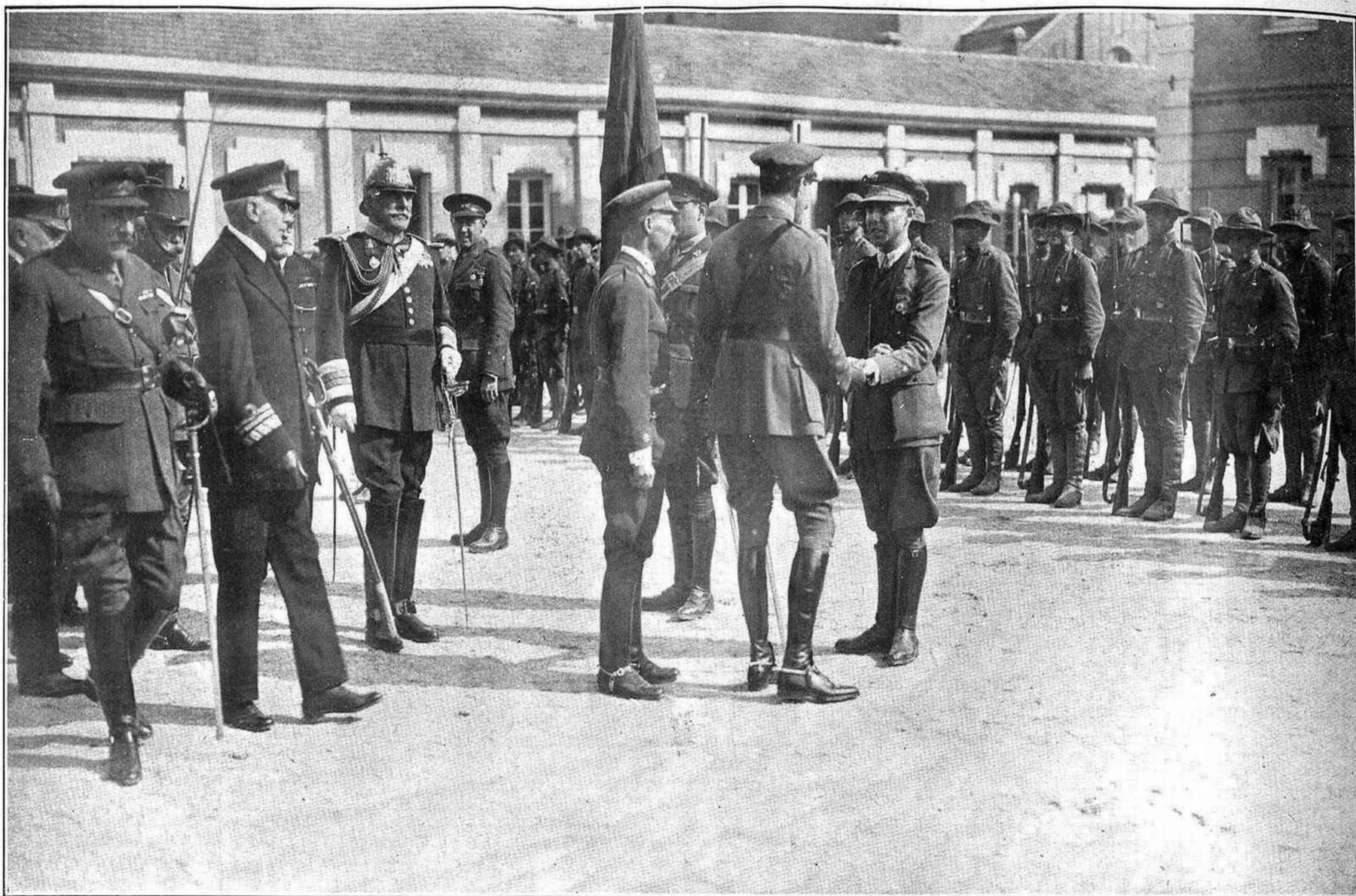
*De mi lodo mortal donde se encierra
una psiquis azul que sólo ansía
hacer de esta mi carne, que es de tierra,
un aroma, una luz, una armonía.*

*¡Aún soy joven; soy joven! El divino
milagro tú lo has hecho,
que por ti hay otra vez, ¡oh mar latino!,
primavera de rosas en mi pecho.*

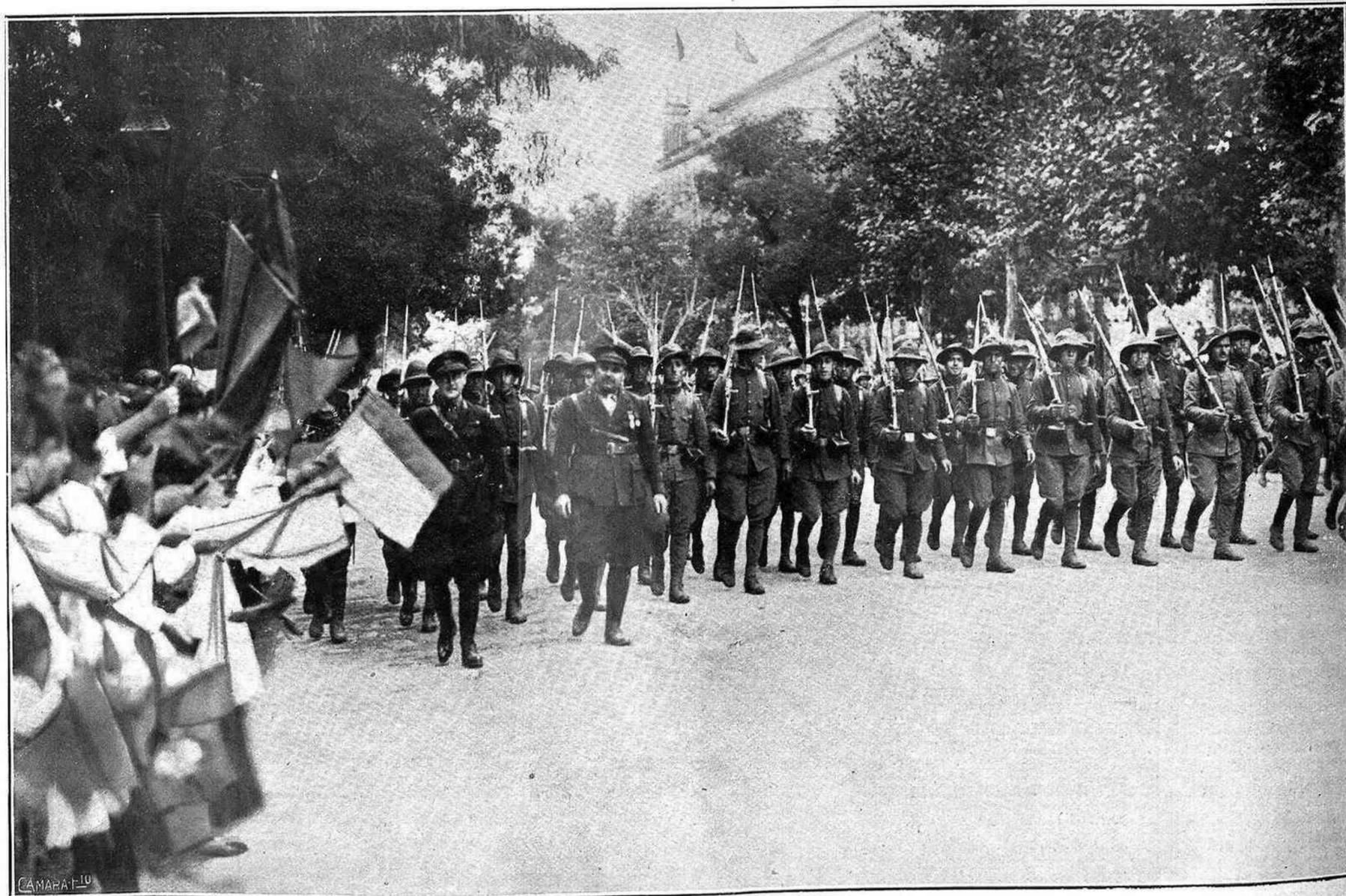
Fernando LOPEZ MARTIN

DIBUJO DE VERUGO LANDI

LA LLEGADA DE LAS HEROICAS TROPAS DE AFRICA



S. M. el Rey felicitando al teniente Ocasar, defensor de la posición de Kudia Tahar con fuerzas del batallón del Infante, á su llegada á Madrid y durante la visita del Monarca al cuartel del Infante D. Juan, donde se alojaban las tropas de Africa



El batallón del Infante aclamado por los niños de las escuelas públicas, al desfilan las tropas de Africa por el Paseo del Prado fots. CAMPÚA

LOS GENIOS DE LA MÚSICA

JOSÉ VERDI

EN la aldea de Roncoli, perteneciente al antiguo ducado de Parma, vió la luz en Octubre de 1814 el que más tarde había de ser una de las glorias musicales más legítimas de Italia.

Hijo de unos humildes hosteleros, no recibió en su niñez una instrucción muy sólida, y llevado de sus aficiones á la música, reveladas con más entusiasmo que su vocación al estudio de ninguna otra índole, recibió las primeras lecciones de solfeo del organista de la localidad, Provesi, que encontró en su discípulo indudable disposición.

Su convecino Barezzi, joven músico, prestóle una eficaz ayuda económica, comprometiéndose á mantenerle y á costearle su educación musical y trasladado á Milán, en cuyo Conservatorio no fué admitido; tuvo por maestro durante tres años al compositor Vicente Lavigna, quien le impuso en el arte de la composición.

Las primeras obras escritas por Verdi en esta época juvenil quedaron inéditas, y su carrera de compositor no dió principio públicamente hasta 1839, en que, venciendo muchos obstáculos, consiguió que se estrenara en el Teatro de la Scala su primera ópera, *Oberto, Conte de San Bmifacio*, que, según el mismo autor, era un tejido de reminiscencias de las obras de Bellini, en particular de *Norma*, lo que no impidió que se apreciaran méritos bastantes en la partitura para que use aplaudida y el director de dicho teatro le confiase tres nuevas óperas.

La muerte de su mujer le sorprendió cuando escribía la primera, *Un giorno in regno*, y la depresión de ánimo que esta desgracia le produjo impidió que aquella partitura tuviera el carácter bufo que la obra requería, determinando su fracaso al ser estrenada en Diciembre de 1840. Este contratiempo trajo como consecuencia la rescisión del contrato con el director de la Scala, y Verdi vióse durante algún tiempo en situación difícil.

El poeta Solera acudió en su auxilio, ofreciéndole el libreto de *Nabucodonosor*, que, estrenada en el mismo teatro en 1842, tuvo un buen éxito, proporcionando á Verdi la popularidad necesaria para que sus obras fuesen acogidas con mayor interés por las Empresas teatrales.

En los cuatro años siguientes produjo siete óperas: *I Lombardi alla prima Crociata*, representada en Milán con éxito aún más favorable que la anterior; *Ernani*, que se estrenó en Venecia en 1844, y es una de las obras que merecieron más efusivos elogios de la crítica; las demás, en número de diez ú once, estrenadas en diferentes teatros de Italia, hasta 1851, no pasaron de una medianía, que restó prestigio al músico, tanto en lo que se refiere á su inspiración cuanto á su técnica.

Rehabilitóse gallardamente con el estreno de *Rigoletto*, efectuado en Venecia en Marzo del citado año, porque el vigor y la energía de la escuela que logra la expresión violenta de las pasiones, propia de su temperamento, causó la impresión que anhelaba el artista, y que antes no pudo ver cristalizada en sus partituras. La popularidad que le proporcionó esta obra fuera de su patria aumentó con el estreno en Roma, dos años después, de *Il Trovatore*, una de sus producciones más inspiradas.

Un año después estrenó *La Traviata*, que si en un principio fué acogida sin entusiasmo, fué posteriormente popularísima en toda Italia y se representó con el mismo éxito que las dos anteriores en todos los teatros extranjeros.

Viviendo en París desde hacía algún tiempo, estrenó en los días de la Exposición Universal de 1855 *Las Vísperas Sicilianas*, libro de Scribe, á las que siguieron cinco más, entre las que destaca

Después compuso *Otelo*, que no obtuvo tan brillante éxito, aunque también fué representada numerosas veces en todos los teatros de Europa, y posteriormente *Falstaff*, estrenada en la Scala de Milán en 1893, á los cincuenta años de haber visto representada en el mismo teatro su *Nabucodonosor*. Su triunfo fué tan grande, que el Gobierno quiso recompensar sus méritos con un título nobiliario.

Al saberlo Verdi, contestó al ministro de Instrucción Pública: «A.V.E., como artista, acudo para que haga todo lo posible por evitarlo.» En 1890 fué cono- cido el *Otelo* por el público de Madrid en el Teatro Real, que lo aplaudió calorosamente. *Falstaff* se cantó en 1894, sin obtener tan brillante éxito.

Al estrenarse el *Otelo* en el Teatro de la Ópera de París en 1894, el Presidente de la República, Casimiro Perier, entregó al gran músico, con unánime aplauso de los espectadores, el gran cordón de la Legión de Honor.

La dilatada labor artística del gran músico, que enriqueció á los editores, produjo también á su autor grandes beneficios. Al retirarse á descansar pacíficamente en sus últimos años, no sufrió la amargura, que á tantos otros grandes artistas acibaró las postreras horas de su existencia, de verse pobres después de haber proporcionado la fortuna á los que explotaron los frutos de su inspiración.

Hombre de grandes energías, supo hacer compatible con sus tareas de compositor el ejercicio de la política. Elegido individuo de la Asamblea Nacional de Parma en 1859, tomó parte activa en los sucesos en que ésta intervino; fué después diputado de la Cámara italiana, y posteriormente Víctor Manuel le nombró miembro del Senado. Su mayor contrariedad fué reconocerse privado en absoluto de condiciones oratorias. Incapaz de urdir un discurso, desesperábase por no acertar á exponer sus ideas en frases galanas y elocuentes.

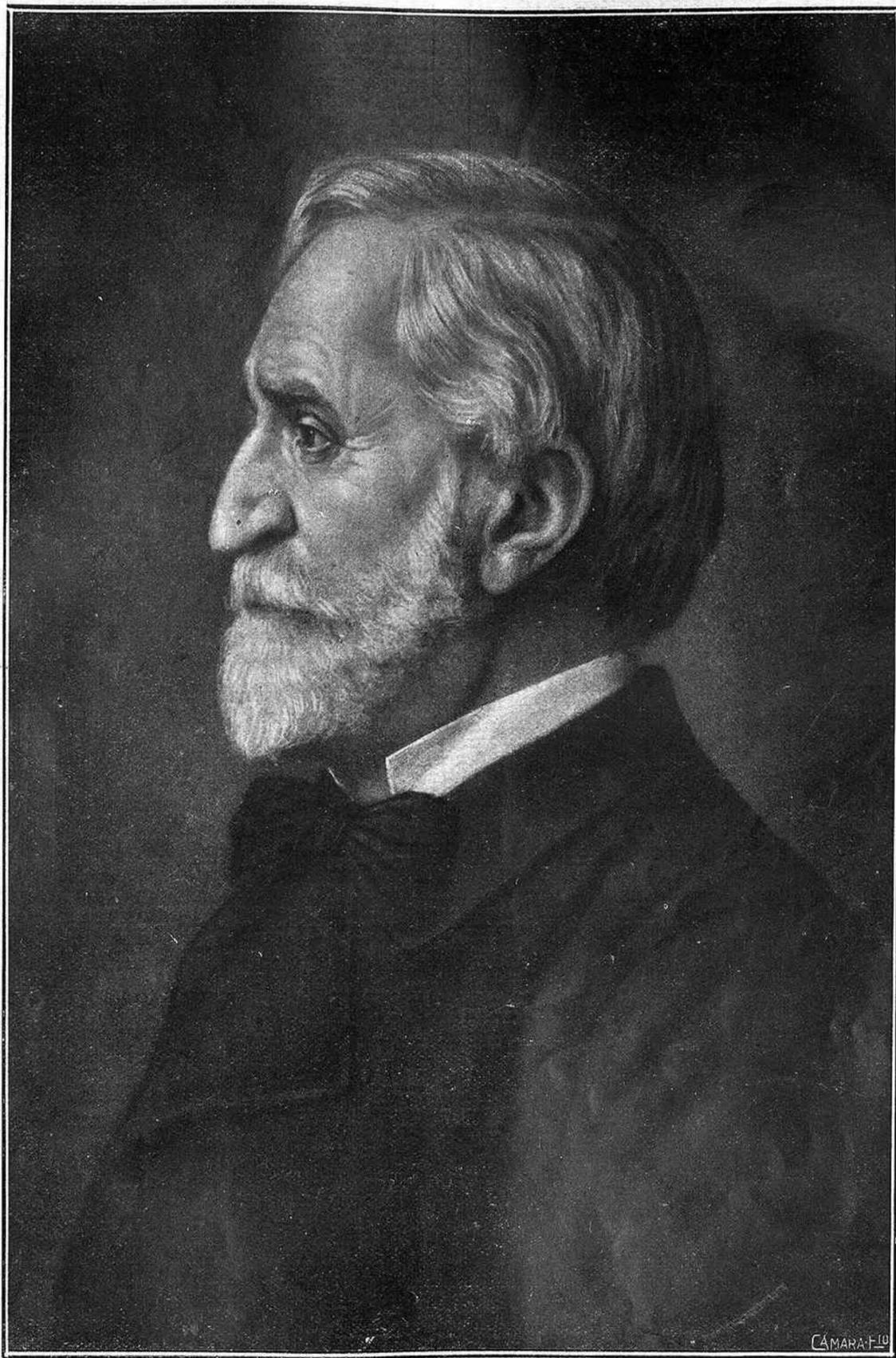
Ya en sus últimos años retiróse á vivir en la hermosa finca que cerca de su pueblo natal había adquirido, y en la que se dedicó al cultivo del campo.

Con tanto gusto y tanto afán consagróse á las tareas agrícolas, que su hermosa propiedad llegó á ser la más productiva de la región, no obstante haber puesto especial cuidado en mejorar la vida material y moral de los campesinos.

En 1896 destinó grande sumas á la edificación en Milán de un asilo para los músicos y autores dramáticos que lleguen á la vejez sin medios de vida. Como al año siguiente circulase por Roma el rumor de que el gran músico se encontraba gravemente enfermo, el ministro de Instrucción Pública telegrafió al alcalde de Buseto preguntando si era cierta la triste noticia. El alcalde contestó que Verdi gozaba de inmejorable salud, y al darse cuenta de ello en la Cámara popular, los diputados, puestos en pie, aplaudieron y vitorearon al músico eminente.

Verdi murió á edad muy avanzada, en Enero de 1901, y ha sido uno de los grandes artistas que pudo gozar plenamente de los dones de la gloria y de la fortuna.

E. CONTRERAS y CAMARGO



JOSE VERDI

Simone Bocanegra, donde al modo italiano ensayó la música del porvenir.

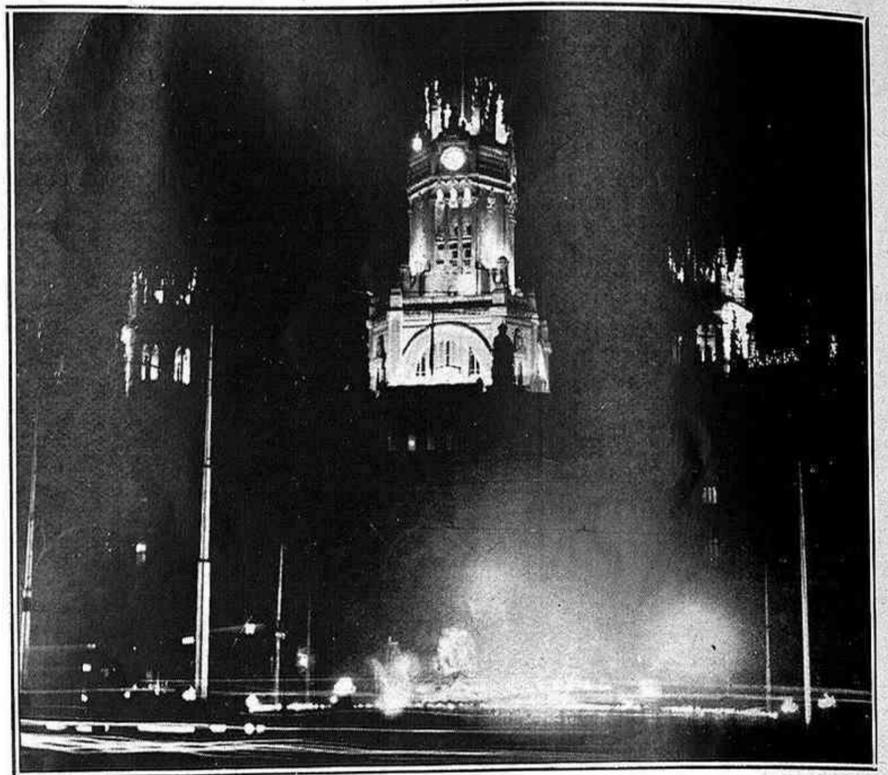
Siguieron á estas obras: *Le Roi Lear*; *Un Ballo in Maschera*, prohibida en Nápoles por la censura en 1858, y representada un año después en Roma y en París; *La forza del Destino*, dada á conocer en San Petersburgo en 1863, y estrenada posteriormente en Madrid con éxito más satisfactorio que el que obtuvo en la capital rusa.

Aida, una de sus más famosas obras, fué compuesta á petición del virrey de Egipto y estrenada en El Cairo en 1872. Esta obra, en la que Verdi mostró espléndidamente su alta inspiración, recorrió el mundo en triunfo, y es una de las que han resistido más gallardamente los envites del tiempo. Sus primeras representaciones en París fueron dirigidas por el maestro.

LA ILUMINACIÓN DE MADRID EN LOS FESTEJOS DE OTOÑO



Magnífico aspecto que presentaba la calle de Alcalá, vista desde la Cibeles



El Palacio de Comunicaciones iluminado en las noches de los festejos

Están celebrándose en Madrid los Festejos de Otoño. Las calles de la capital, sus plazas, sus hoteles, sus cafés, desbordan de la multitud que ha acudido a nuestra capital con motivo de nuestros festejos. El anunciado programa está celebrándose con la más viva animación. A su peculiar alegría de siempre une Madrid en estos días el júbilo de las fiestas. Una de las notas que más ha contribuido al aspecto brillante de nuestra capital en estos días ha sido la iluminación

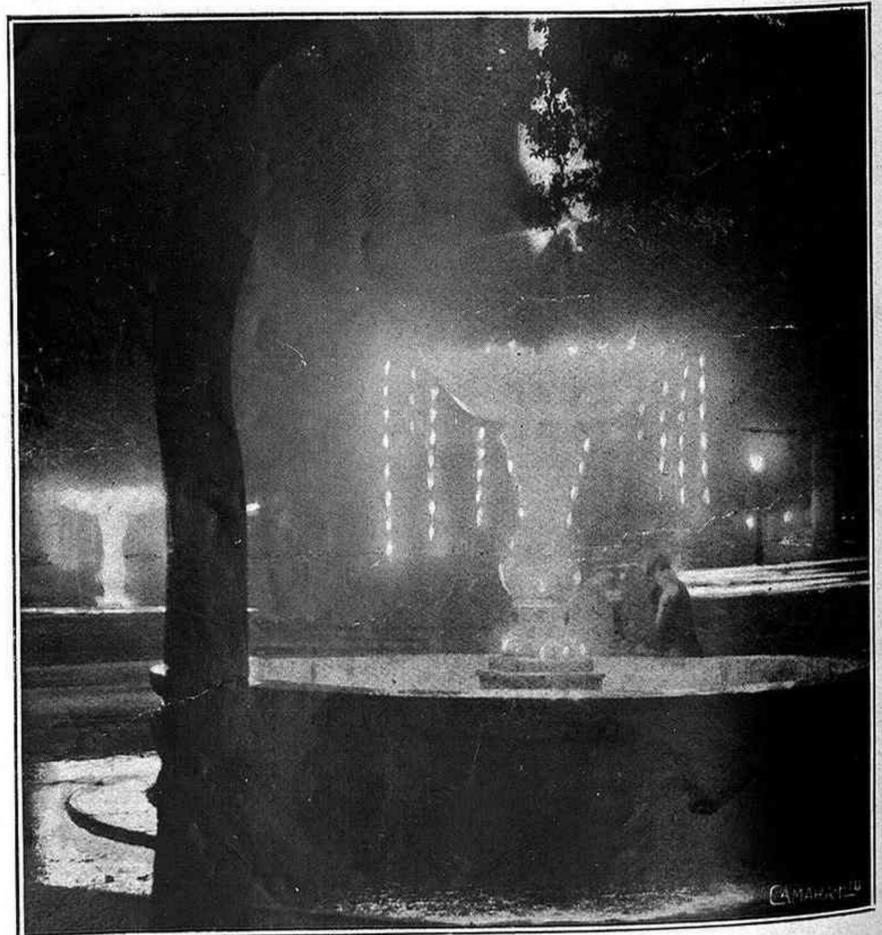


La Puerta de Alcalá

que por las noches ha lucido en los edificios públicos, las calles y los monumentos principales. La calle de Alcalá, sobre todo, presentaba un magnífico golpe de vista, profusamente iluminada en sus grandes edificios, en la Cibeles y en la Puerta de Alcalá. Las estatuas de la Castellana llaman también mucho la atención. Las bellas fotografías obtenidas en las noches de los festejos por nuestro compañero Pepe Campúa reflejan el espléndido aspecto que ofrecía el Madrid nocturno.



El monumento á Isabel la Católica en el Paseo de la Castellana



Una de las fuentes del Prado, iluminada con motivo de los festejos

FOTS. CAMPÚA

Cumbres.

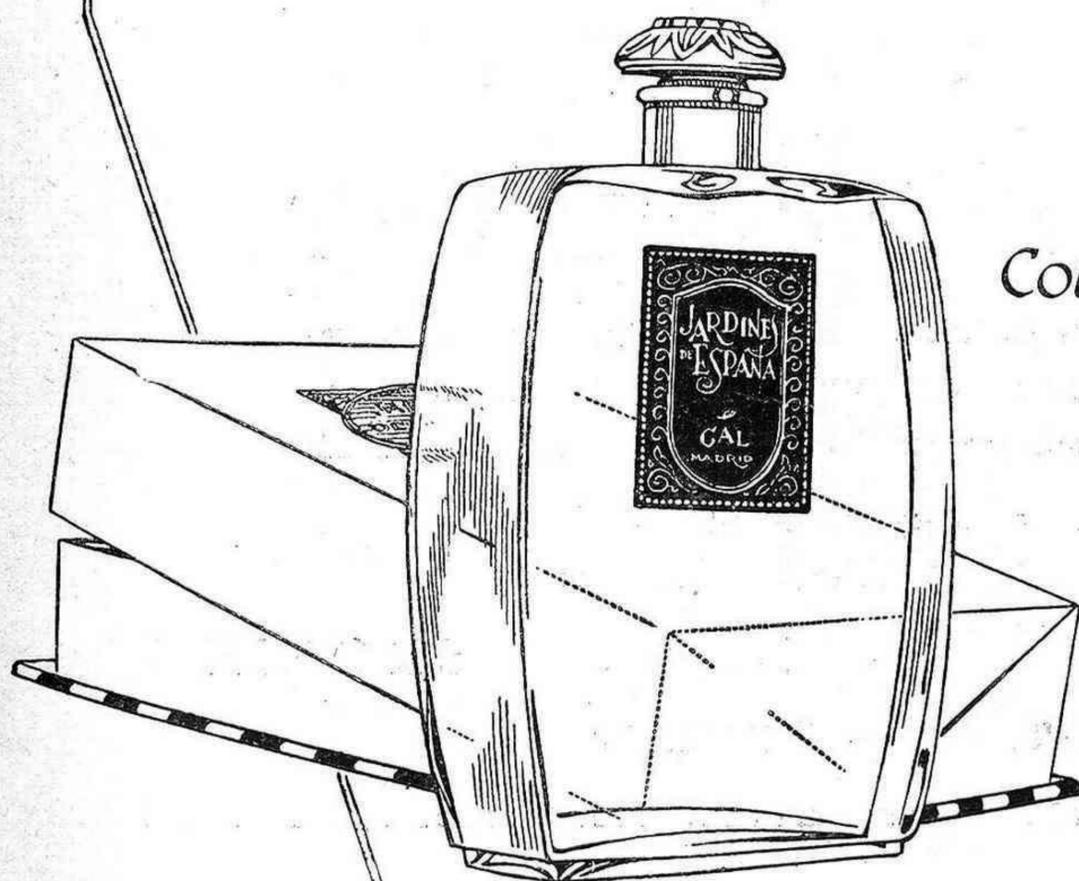
Pensamientos y voluntades vuelan siempre a las alturas; pero las alturas no suelen conquistarse de un vuelo, sin alas poderosas.

Para alcanzar las cumbres del buen tono, la mujer debe apoyarse primeramente en su amor a la higiene, en el acierto al elegir la esencia para perfumar su pañuelo, la loción que ha de dar aroma y flexibilidad a su cabellera.

Use usted la esencia "Jardines de España", cuyo alado perfume, que es el mismo de los demás productos de esta nueva marca, se distingue por su originalidad, concentración y persistencia. Estos artículos, tan solicitados por su pureza y calidad, realzan la distinción de quien los usa. Los

Jardines de España

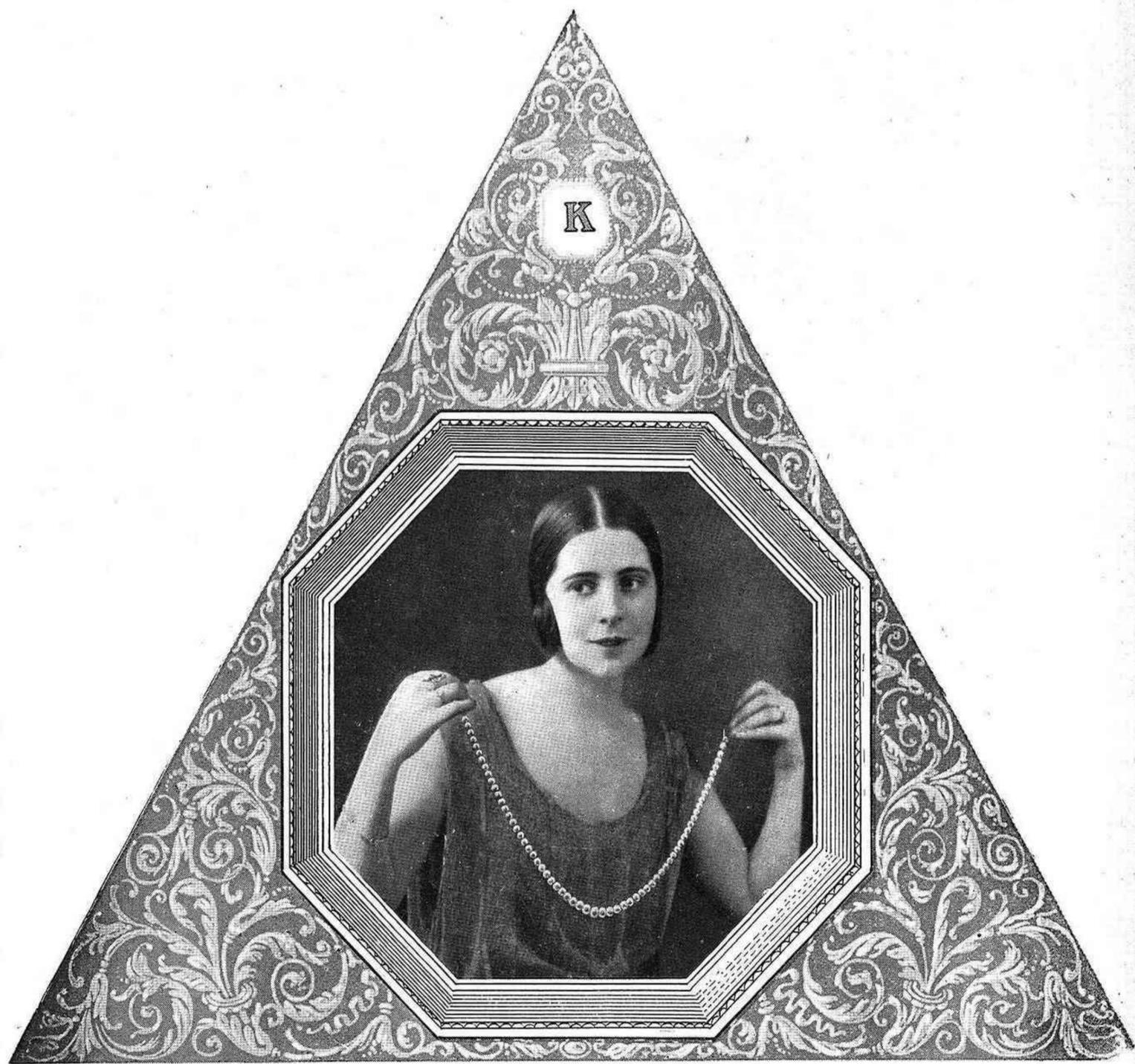
perfuman el mundo.



Colonia.-Extracto, etc.

Perfumería Gal.

Madrid.



CREACIONES "KEPTA"

Las perlas Kepta y las piedras de color reconstituídas están montadas exclusivamente con brillantes verdaderos en artísticas monturas de platino, y han obtenido el primer premio y medalla de oro en París

No tenemos sucursales ni agentes
Nuestra única casa en España está en

MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARÍS: 36, B^r DES ITALIENS

LABORATORIO: Avenue Pierre Blanc. Montmorency (France)